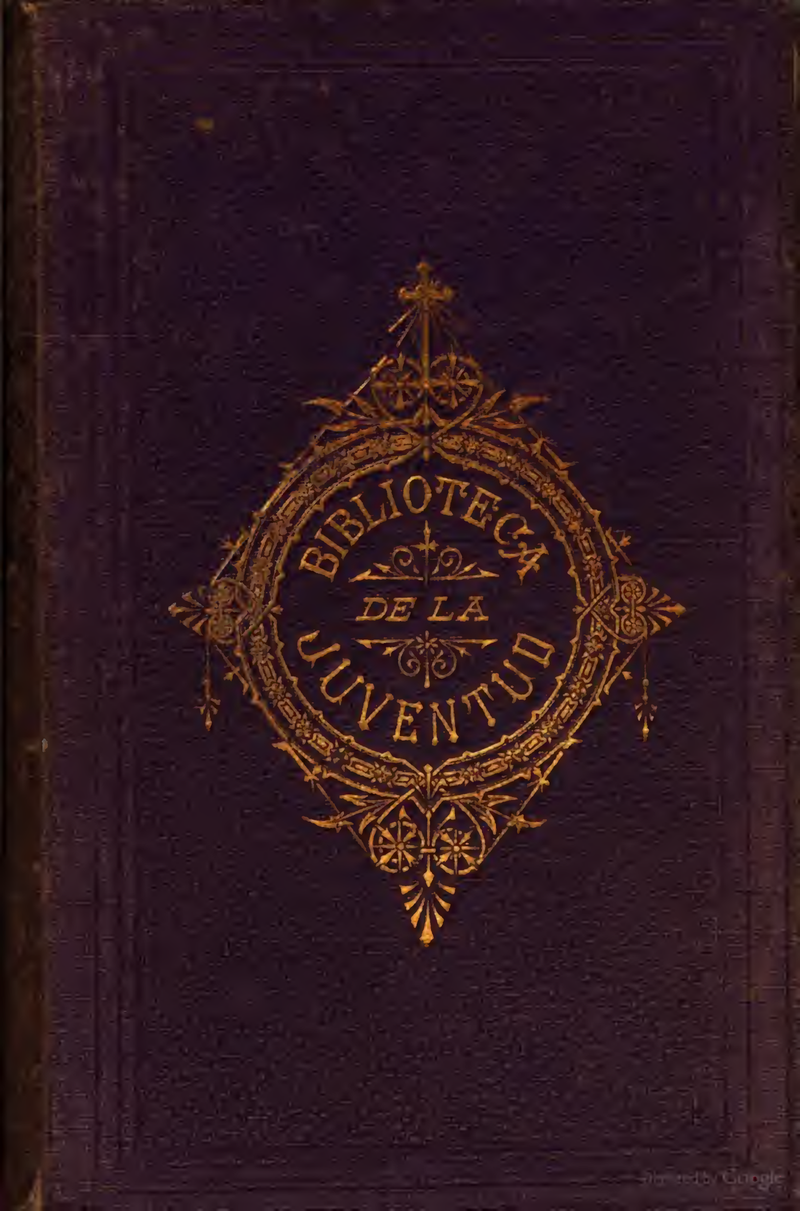
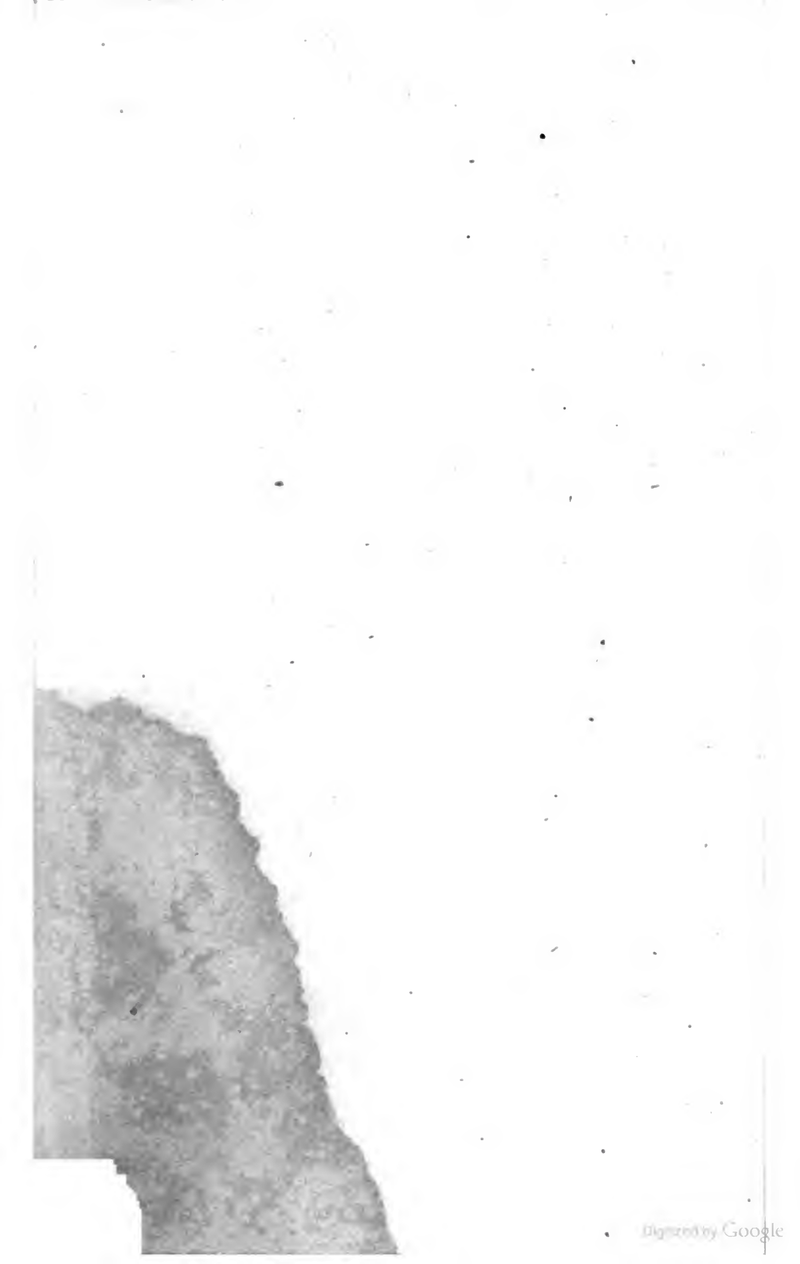

BIBLIOTECA
DE LA
JUVENTUD







BIBLIOTECA ESCOGIDA

DE LA JUVENTUD.

IV.

P. 269.



MUERTE DE ARBACES.



LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA

Imitación de Bulwer

por Adriano Lemercier



P. 75.

La asamblea de los fieles

Barcelona.

J. Subirana Editor.

LOS ULTIMOS DIAS

DE

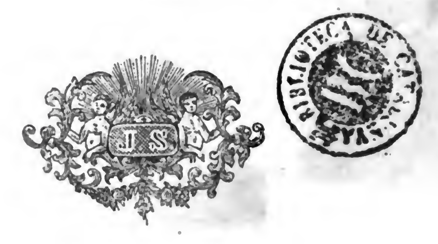
POMPEYA,

IMITACION DE BULWER.

TRADUCIDA DE LA DÉCIMA EDICION FRANCESA,

Por **J. R.**

> Tal es el Vesuvio! y esto sucede todos los años. Mas las erupciones posteriores, nada serian, aun cuando se las pudiese reunir todas, en comparacion de la que vamos á describir... — Dion Cásio, l. xxi.



BARCELONA.

LIBRERIA DE J. SUBIRANA, EDITOR,

Calle de la Puerta Ferrisa, n.º 16.

1861.

(Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.)



Imprenta de Magriñá y Subirana, calle Ferlandina, 47. — 1861.

LOS ÚTIMOS DIAS

DE POMPEYA.

CAPÍTULO PRIMERO.

El templo de Isis y su sacerdote.

«¡Infelices humanos! ora os entregueis á los negocios ó al placer, á la religion ó al comercio, sois siempre igualmente juguetes de vuestras pasiones, á las cuales deberíais mandar. ¡Cuánto os despreciaria sino os aborreciera!... Griegos ó romanos, el fuego que ha inspirado á vuestras almas, que os ha dado vuestra poesía, vuestras artes y vuestras leyes lo debeis á nosotros, al Egipto. Mas ¡qué desgraciada imitacion de tan bello modelo!... Y sin embargo, esos romanos, dignos descendientes de una partida de ladrones, son nuestros dominadores. Las pirámides no brindan ya con su sombra á la raza de los Ramsés; el águila romana se cierne sobre la ser-

piente del Nilo. Mas si sois *nuestros* señores, no lo sois *mios*. Mi alma os domina y os tiene encadenados con lazos invisibles; porque me temeis y venís á mí para conocer la voluntad de los dioses. ¡Oh! sí; mientras que le quede á la religion una caverna desde donde haga oir esos oráculos por los cuales os complaceis en ser engañados, el imperio del mundo será del sabio. Vuestra ambicion y vuestra avaricia solo sirven para escitar mi compasion y mis desdenes. Mi poder se estiende á donde quiera que el hombre tiene una creencia, y mis plantas huellan hasta esos séres á quienes cubre la púrpura. Tebas puede dejar de existir, el Egipto no ser mas que un nombre, pero Arbaces tendrá siempre súbditos.»

Así murmuraba para sus adentros Arbaces, el sacerdote de Isis, en el momento en que parado en el sitio mas concurrido de la bahía de Pompeya, contemplaba con los brazos cruzados y los labios entreabiertos por una amarga sonrisa, la animada escena que presentaban los habitantes de aquella ciudad reunidos en aquel punto.

Era Arbaces un hombre de elevada estatura y de una fuerza prodigiosa, que frisaba apenas en los cuarenta años de su edad. Su tez bronceada revelaba su procedencia del Oriente, por mas que sus facciones tuviesen en su perfil algo de griego. Sus ojos grandes y negros brillaban con un resplandor fijo y siniestro, de suerte que el pueblo creía que poseía

el dón fatal del *aojamiento* (1). Su andar era altivo, y la forma estraña de sus largos vestidos aumentaba el efecto que producia su continente grave y dominante. Dábase por descendiente de los antiguos reyes de Egipto, y pretendia que su familia era la única depositaria de los secretos de la mas remota antigüedad.

Al volver á Pompeya atravesó orgullosamente por entre la multitud que llenaba el Foro, y se dirigió al templo de Isis. Este edificio, pequeño pero de graciosas formas, habia reemplazado al templo antiguo derribado diez y seis años hacia por un terremoto. Los oráculos que pronunciaba en él la diosa gozaban de una nombradía, cual no la tenian los de otras divinidades; puesto que, si no dictados por Isis, eran obra de sacerdotes que poseían un profundo conocimiento del corazon humano y que sabian dar en su consecuencia respuestas mas hábiles y menos ambiguas.

Arbaces llegó en un momento á la balaustrada que separaba el santuario de la parte del templo des-

---

(1) Llámase así la facultad que se atribuye á ciertos hombres y mujeres de aojar, fascinar con la mirada, ó de anunciar con ella alguna desgracia. Esta supersticion, que estuvo muy generalizada en la antigüedad, es todavía harto comun entre el vulgo en los pueblos modernos. Se creía que los tebanos tenian derechos hereditarios á esa facultad, que se revelaba en el que la poseía por dobles pupilas.

tinada á los profanos. Una multitud de adoradores de todas clases, pero en especial de mercaderes, habíase reunido delante de los altares que se elevaban en el pórtico, encima de los cuales veíanse en otros tantos nichos estátuas todas ellas á cual mas grotescas.

Elevábase en el interior del edificio un pedestal oblongo sobre el cual se levantaban Isis y Horus, rodeados de Baco, del buey Apis, de Anubis con cabeza de perro, y de muchos otros ídolos egipcios cuyos nombres no han llegado hasta nosotros.

En las ciudades de la grande Grecia (1) Isis no recibia sin embargo el mismo culto que en Egipto. Los misterios del Nilo habian sido desfigurados por una confusa mezcolanza de todas las creencias de Grecia y de Italia, y el templo de Isis se hallaba servido por sacerdotes tan estraños á las costumbres, como al idioma de los antiguos adoradores de esta diosa.

Alineados á los dos lados de la escalera que conducia al santuario, los sacrificadores vestidos de blanco permanecian inmóviles delante de la multitud apiñada en aquel estrecho pasaje.

(1) Dábase este nombre á la Italia meridional á causa de las numerosas colonias griegas en ella establecidas. Dícese que fué Sila el que llevó á Italia el culto de la Isis egipcia. Este culto estuvo mucho tiempo en boga, sobre todo entre las damas romanas, que respetaban como oráculos las respuestas de sus sacerdotes. Bastará leer esta historia para juzgar de la austeridad que fingian esos sacerdotes, á fin de encubrir mejor sus desórdenes

« ¿A qué pregunta deseais que se os responda? dijo Arbaces á uno de los mercaderes que estaba mas cerca de las gradas.

— Deseamos saber, contestó el mercader, qué suerte aguarda á las naves que deben llegarnos de Alejandría.

Arbaces pareció absorbido en una silenciosa plegaria.

En este momento aparecieron en la gradería tres sacerdotes: el uno, enteramente vestido de blanco, traía la cabeza cubierta con un velo; el otro tenia en sus manos una guirnalda votiva y una varita blanca; el tercero llevaba un largo instrumento de viento, con el cual tocó un aire grave y solemne.

Para completar el cuadro pintoresco de esta ceremonia oriental, un majestuoso ibis, ave consagrada por el culto egipcio, contemplaba silenciosamente desde lo alto del muro lo que pasaba debajo de él, ó se paseaba por el lado del altar.

Arbaces seguia atentamente los movimientos todos de los arúspices, mientras que estos examinaban las entrañas de las víctimas; manifestándose satisfecho al saber que los signos eran favorables, y viendo que una brillante llama empezaba á consumir los manjares sagrados en medio de una espesa nube de humo de mirra y de incienso.

Al murmullo de la multitud sucedió un profundo silencio: lanzóse delante de todos otro sacerdote,

desnudo hasta la cintura, y danzando con gestos salvajes, conjuró á la diosa que contestase.

Dejóse oir un lijero ruído en el interior de la estátua de Isis. Tres veces se la vió menear la cabeza y entreabrir sus labios. Por fin una voz cavernosa pronunció estas palabras.

« El otoño os anuncia innumerables peligros. No «temais empero ver desaparecer vuestras naves en« tre los escollos ocultos en el fondo de los mares. «El reposo os aguarda. Tal es la respuesta de Isis.»

« Para siempre loada sea la diosa! esclamaron los mercaderes mirándose con dulce satisfaccion unos á otros. La prediccion es clara y precisa. Habrá tempestades, como acontecer suele en la entrada del otoño, pero nuestros buques se salvarán.»

Despues de haber de nuevo impuesto silencio, el gran sacerdote hizo sus libaciones, y terminada la ceremonia con una corta plegaria, disolvióse la asamblea.

Un sacerdote de fea y repugnante figura se acercó entónces á Arbaces, que se habia quedado solo cerca de la balaustrada, y le saludó con la mayor familiaridad.

« Está bien, Caleno, dijo el egipcio al sacerdote; has perfeccionado considerablemente la voz de la estátua, y estoy satisfecho de tu profecía. Promete siempre prosperidades toda vez que estas no sean absolutamente inverosímiles.

— Y aun cuando las naves de esos imbéciles mercaderes debiesen perderse, respondió Caleno con maligna sonrisa, ¿no lo habríamos ya vaticinado? Horacio dice que el marino del mar Egeo suspira por el reposo; y ¿qué mas perfecto reposo que el que se encuentra en el fondo de los abismos?

— Quisiera, repuso Arbaces, que mi jóven discípulo Apecides pudiese aprovecharse de las lecciones de tu sabiduría. Mas salgamos, pues tengo que hablarte acerca de esto.»

Así diciendo entraron juntos á un aposento inmediato á la puerta del templo, y sentáronse á una mesa cubierta de carnes frias, huevos y escelentes vinos.

«Ya sabes, dijo el egipcio en voz baja, que he tenido siempre por máxima ganar la juventud. Yo amoldo á mi gusto el espíritu inesperto y dócil de los jóvenes; y así fué como habiendo encontrado en Nápoles á Apecides, hijo de un ateniense establecido en esta ciudad, resolví no perdonar nada para hacer de él un adepto fiel á nuestro culto. Al morir sus padres, que me conocian y estimaban, fuí nombrado tutor suyo y de su hermana Iona. Dócil y de carácter blando el jóven cedió facilmente á las primeras impresiones que recibió de mí, y espero ver coronados con un felíz resultado mis esfuerzos.

— Es verdad, respondió Caleno, que Apecides posee una alma dispuesta al entusiasmo religioso;

pero no lo es menos que está ya disgustado de nuestras piadosas supercherías, de nuestras estátuas parlantes, de nuestras escaleras secretas. Gime, se consume y rehusa tomar parte en nuestras ceremonias; hasta se sospecha que frecuenta la sociedad de esos hombres que reniegan de todos nuestros dioses, y que miran nuestros oráculos como inspirados por ese espíritu del mal de que hablan las tradiciones del oriente. ¡Nuestros oráculos!... bien sabemos nosotros de quién son inspiraciones.

—Es lo que yo temia, replicó Arbaces, despues de lo que últimamente me ha echado en cara. Desde entónces evita mi presencia; mas yo quiero volver á verle é introducirlo en el santuario de la sabiduría; yo quiero enseñarle que hay dos grados para llegar á la santidad, primero la *fe*, despues el *engaño*, aquella para el vulgo, este para el sabio.

—Y ¿qué pretendeis hacer de Iona? Desde que está en Pompeya no se habla de ella mas que como de una nueva Helena.

—Su hermosura en efecto aventaja á todo cuanto de mas perfecto ha producido la Grecia; pero yo admiro sobre todo en ella una alma digna de unirse á la mia. Su genio es superior al de una mujer, y aunque dotada de una imaginacion viva y brillante, su razon sabe siempre moderarla y dirigirla. Ella sabria en un caso dado ser tan animosa como se la ve dulce, y este es el carácter que he buscado has-

ta ahora en una mujer, sin que me haya sido dado encontrarlo. Es preciso que Iona sea mi esposa: ella no me ama aun mas que como un amigo, un tutor, pero yo cuento con mis prestigios. La juventud y la belleza no son las únicas cosas que pueden enamorar á Iona: yo sabré seducir su imaginacion por medios mas poderosos, pues toda la vida de Arbaces no ha sido mas que una cadena de triunfos de este género. Tengo que invitarla pronto á una fiesta en mi casa: quiero sorprenderla, deslumbrarla por todos los artificios que empleaba el Egipto para formar sus jóvenes novicias. Pero conviene empezar por apoderarnos del espíritu del hermano, lo que no será difícil, y para esto deseaba hablarte.»

CAPÍTULO II.

Descripcion de una casa de Pompeya.

—

En el mismo dia en que Arbaces combinaba con su digno cólega Caleno la odiosa trama que ideara para hacer caer en sus redes á Apecides y su hermana, regresaba á Pompeya un jóven ateniense llamado Glauco, de vuelta de un viaje que acababa de hacer á su patria.

Glauco habia recibido del cielo todos los dones que ambicionar pueden los hombres: belleza, salud, fortuna, genio, una ilustre cuna y una alma llena de fuego. Habia bebido á grandes sorbos en la embriagadora copa del placer, y su casa de Roma estaba abierta así á los jóvenes lijeros como á los amantes de las bellas artes. Su corazon sin embargo no estaba corrompido. Tenia pensamientos mas nobles que los que dirigian entónces la sociedad, y su alma necesitaba un objeto mas digno de su ambicion que esos frívolos y criminales placeres que habian convertido en esclavos á los dominadores del mundo.

Habia sabido apreciar el mérito y sobre todo la modestia de Iona, y desde que la hermana de Apecides habitaba en Pompeya, se habia establecido tambien en esta ciudad con la esperanza de agradarle y de casarse con ella.

La casa que ocupaba se hallaba situada en uno de los barrios mas hermosos de la ciudad, y se diferenciaba poco de las de los demás habitantes. Así pues en vez de describirla preferimos dar algunos detalles sobre el plan con que estaban construídas la mayor parte de las casas de Pompeya (1).

(1) Estos detalles, bien así como todas las descripciones topográficas que encierra esta historia, están escritos en los mismos lugares, despues de haber sido descubiertas la mayor parte de las ruínas de aquella ciudad.

Entrábase por lo regular por un estrecho pasaje, llamado *vestíbulum*, en una sala rodeada las mas de las veces de colunas y con la cual comunicaban muchos cuartos de dormir. En medio de la sala habia un depósito cuadrangular destinado á recibir el agua de lluvia que caía en él por una abertura practicada en el techo. Este depósito llamado *impluvium*, y cerca del cual estaban algunas veces las imágenes de los dioses lares, era particularmente sagrado para los antiguos. El hogar hospitalario, tan amenudo mencionado por los poetas latinos, se reducia en Pompeya á un brasero movible. En un rincon apartado se veía una caja de madera rodeada de fajas de hierro ó de bronce, y que sujeta con clavos sobre un zócalo de piedra, parece que servia para el mismo uso que nuestras arcas. En esta sala ó *atrium* era donde se recibian por lo regular los clientes ó las visitas de un rango inferior.

Delante de la entrada y al otro estremo de la sala habia un aposento *(tablinum)*, con el piso por lo comun adornado de ricos mosáicos y las paredes cubiertas de magníficas pinturas, donde se guardaban los archivos de la familia ó los del cargo público que desempeñaba el propietario.

Desde este aposento se pasaba por un lado á un gabinete destinado á los objetos raros y preciosos, y por el otro al comedor *(triclinium)*.

Todas estas piezas tenian salida á una colunata

oblonga, llamada *peristilo*, en que terminaba la casa, cuando era pequeña. En medio de esta colunata habia siempre un jardincito, y á derecha é izquierda se veían muchas puertas que conducian á otros cuartos de dormir, y á un segundo *triclinium*.

En las casas grandes el centro del peristilo estaba ocupado por una fuente ó una pila para peces, y en su estremidad se encontraba á veces un salon de pinturas ó *pinacotheca*, y despues seguia el *viridarium* ó jardin.

El primero y segundo piso, que solo ocupaban parte de la casa, comprendian generalmente las habitaciones de los esclavos.

Las salas bajas eran pequeñas. Por lo comun se recibia á los estranjeros en el peristilo ó en el jardin, y como casi nunca se invitaba á comer á mas de nueve personas á la vez, no habia necesidad de que los comedores fuesen espaciosos.

Las paredes estaban pintadas con lujo aun que con escaso gusto. Los habitantes de Pompeya gustaban sobre todo de colores vivos y de dibujos fantásticos. A menudo embadurnaban la parte inferior de sus colunas de un rojo brillante, dejando el resto sin pintar; y cuando el jardin era pequeño, procuraban hacerlo parecer mas grande representando en las paredes cercas de árboles, templos y otros objetos semejantes.

Reanudemos ya el hilo de nuestra historia.

Despues que Glauco hubo descansado de la fatiga de su viaje, bajó al jardin para respirar en él el aire fresco de la tarde en medio de las magníficas flores qne lo matizaban. Allí encontró á Nydia.

Era esta una jóven que apenas acababa de salir de la infancia y á la cual queria mucho, apesar de ser su esclava. Iba vestida con una túnica blanca que la cubria enteramente. Llevaba debajo del brazo una cesta de flores, y con la otra mano sostenia un jarro de bronce con el cual regaba las plantas. En su fisonomía se veían reflejados los mas dulces sentimientos del alma; mas en el aire de resignacion impreso en sus facciones, en la timidez con que andaba, en los inciertos movimientos de sus ojos era fácil adivinar la enfermedad de que era víctima; la jóven esclava era ciega.

— « ¿ Estabas aquí mi buena Nydia? le dijo Glauco con el acento de un hermano compasivo, y alargándole la mano.

— ¡ Ah! ¡ sois vos, mi señor! respondió Nydia con un vivo movimiento de sorpresa y de alegría: ¿ y cómo os encontrais de vuestro viaje?

— Tan bien como esas flores, que no habia visto nunca tan hermosas.

— ¡ Cuán dichosa me hace el saber que estais satisfecho de mis cuidados! He pasado aquí todo el tiempo que he podido para regar y cuidar este depósito que me habeis confiado.

— Los dioses lares han secundado sin duda tus esfuerzos.

— ¡Los dioses lares!... ¡Ah! no me hableis os lo suplico, de vuestros dioses; porque os escucha un Dios mas poderoso que vuestros ídolos, y ese Dios no quiere que se preste á deidades quiméricas el homenaje que solo á él se debe.

— Sea como tú deseas, hija mia: no quiero contrariarte. Bien sabes que te he dejado siempre en libertad de seguir el culto en que has sido educada, y que no por esto te quiero menos. Tu corazon vale mas que el de muchas personas que yo conozco, y que no cesan de declamar contra los cristianos. Al verte estoy dispuesto á creer que no son mas que calumnias todo cuanto se dice de los discípulos del Nazareno.

— ¡Ah! señor, si los conociérais, como yo, admiraríais su caridad, su paciencia, su desprecio por los bienes del mundo y quizás desearíais...

— ¿Imitarlos?... ¡Tú quisieras sin duda verme en su sociedad!

— ¿Y porqué no? El agradecimiento que os debo por la bondad que habeis tenido por la pobre ciega, no solo me permite, sino que hasta me obliga á desear vuestra felicidad. ¡Y qué dicha mas grande que la de seguir la fe verdadera, y poder esperar la salvacion prometida á los que mueren en esta creencia!

—¿Luego tú no me crees feliz?

—Sé que vuestro corazon no está satisfecho. Muchas veces, desde que estoy con vos, os he oído suspirar. Muchas veces, cuando os hallais entre vuestros amigos, guardais silencio, como si no pudiéseis participar de sus opiniones; y es que en efecto vuestro corazon es demasiado noble, demasiado elevado para tomar parte en esas frivolidades criminales, únicas que pueden divertirles. Por esto ruego á Dios todos los dias que se digne alumbraros con sus luces, á fin de que reconozcais la vanidad de vuestros ídolos, y os convirtais á Aquel que es la verdad y la vida.

—Te doy gracias por estos sentimientos tan dignos de tu pecho, y esperimento mas que nunca la necesidad de probarte cuán gratos me son. No te ofreceré riquezas, pues sé que las desprecias; pero quiero hacerte un dón que sé que no rehusarás, el de la libertad...

—¡O mi amo! dijo la jóven ciega interrumpiendo á Glauco, y un vivo encarnado pintaba sus mejillas naturalmente pálidas; no me arrojeis de vuestra casa; prefiero permanecer á vuestro lado que gozar de una libertad de la cual no sabria qué hacer. Yo soy vuestra esclava y vos me tratais cual si fuese hija vuestra: muy ingrata seria para con vos si consintiese en dejaros, y muy cruel para conmigo misma, porque ¿quién se querria encar-

gar de un sér inútil?... Digo mal: la sociedad de los fieles me recibiria, y yo encontraria aun entre ellos alguna alma caritativa que se apiadaria de mi enfermedad y de mis pocos años. ¡Ah! si mi pobre padre... ¡Cúmplase empero la voluntad de Dios!... Un presentimiento que no puedo definir me retiene á vuestro lado, y me quedaré, á menos que querais echarme.

—¡Líbrenme los dioses de hacerlo, Nydia! Te quedarás en mi casa, pero con la condicion de que olvides que eres mi esclava.»

Despues de un momento de silencio la jóven prosiguió diciendo:

—«Desde que habeis vuelto á Pompeya no me habeis pedido noticias de Iona.

— Queria hablarte de ella, Nydia, antes de ir á su casa. ¿Tienes algo que anunciarme?

—Poco se habla de ella desde que os marchásteis. Vive muy retirada, y no recibe mas visitas que las de su hermano y de Arbaces, el sacerdote de Isis. Este, que antes la veía muy raras veces, no pasa ahora dia sin que la visite. No os fieis de él: lo que he oído decir me hace suponer que tiene otras miras mas que los intereses de su pupila.

— Tambien lo creo así. Arbaces no sabe aun que Iona me ha dado esperanzas de casarse conmigo: sólo Apecides está en el secreto, y este jóven es mas digno, á pesar de su edad, de la confianza de

su hermana, que ese sacerdote orgulloso que pretende que todo debe doblegarse á su voluntad. Hoy no iré á ver á Iona por temor de encontrarle, mas tú irás por mí y le llevarás esta carta con un ramo.

—Ahí teneis estas flores que he cogido para vos, dijo Nydia enseñando á Glauco su cesta, porque os aguardábamos hoy. ¿Queréis que las lleve á Iona?

—Con mucho gusto: no las hubiera escogido yo mejor.»

Nydia tomó la carta de su amo y partió.

CAPÍTULO III.

Tocador de una dama de Pompeya. — Historia de Nydia.

—

Iona estaba sentada en su aposento en medio de sus esclavas. Este aposento era mas grande que el en que acostumbraban pasar la noche los habitantes de Pompeya. La cama entre los antiguos no constituía, como entre los modernos, una parte importante del ajuar. Parecíase mas bien á un estrecho sofá que su mismo dueño podia trasladar, y trasladaba en efecto de un aposento á otro, segun sus ca-

prichos ó sus necesidades (1). Mas sensibles que nosotros á las variaciones del tiempo, los italianos despues de haber ocupado una parte de la casa durante un mes, la dejaban por otra, que abandonaban á su vez. De ahí tambien la oscuridad que reinaba en sus aposentos, que podria tomarse por un defecto de arquitectura, y que no era en realidad mas que el resultado de la repugnancia que tenian al aire y al sol.

Sobre la mesita cabe la cual estaba Iona sentada, se veía un pequeño espejo redondo de acero bruñido, rodeado de cosméticos, de perfumes, de joyas y de todo lo que empleaban entonces las mujeres para dar realce á su belleza. Estendíase á los piés de la jóven ateniense una magnífica alfombra traída del Oriente.

Al lado de esa mesa veíase otra, encima la cual habia una palancana y un jarro, una lámpara del mas esquisito trabajo, y un rollo de papiro que contenia algunos estractos de Platon. Flotaba delante de la puerta una cortina ricamente bordada de flores de oro.

Iba á anochecer, y Iona acababa de despojarse de sus adornos, cuando le anunciaron que una esclava deseaba hablarle de parte de Glauco. Mandó

---

(1) « Levántate, dijo Jesucristo al paralítico, toma tu *cama*, y vete á tu casa. » (MAT. IX.)

que la introdujesen en seguida, y presentóse Nydia conducida por otra esclava de su señor; y mientras que esta se detenia en la puerta, entró aquella lentamente.

« Bien venida seas, Nydia, le dijo Iona. Tiempo hacia que aguardaba que volvieses..... »

Y detúvose no atreviéndose á concluir su frase. Pero despues de haber hecho una seña á sus doncellas para que la dejasen sola, acercó ella misma un asiento para la esclava ciega, y haciéndola sentar, le preguntó el motivo de su visita.

Nydia le presentó la cestita que traia.

« Mi amo, dijo, os envia estas flores para anunciaros su feliz regreso á Pompeya. Ved ahí además una carta que me ha encargado que os entregase.

Iona recibió con mano trémula la carta de Glauco, y leyó de prisa las siguientes líneas:

« Mi querida Iona, dignaos aceptar estas flores como un testimonio de la dicha que siento en poder recordaros vuestras promesas. Los asuntos que exigian mi presencia en Atenas quedan terminados segun mis deseos. Solo falta ahora el que me ha hecho abandonar mi morada de Roma por la de Pompeya. Acércase la época que me señalásteis para darme una respuesta definitiva, y si no voy yo mismo á manifestaros cuan largo se me hace el no recibir esa respuesta de la cual depende mi porvenir, es porque temo encontrar en vuestra morada

un hombre por el cual esperimento una aversion que no puedo dominar. Vuestro tutor, puesto que es preciso nombrarlo, no parece en manera alguna digno de la reputacion que se le ha querido dar. Aunque sacerdote de Isis no tiene esa fisonomía simpática que anuncia la virtud y la lealtad. Pero hablarémos de ello mas adelante cuando me será permitido presentarme en vuestra casa. A Dios. »

Iona se fué y volvió un instante despues con la respuesta que entregó á Nydia, y que contenia estas pocas palabras.

«Iona á Glauco, salud. — He sabido con gusto « el felíz resultado de vuestro último viaje, y os « aguardo pasado mañana para daros el parabien. No « encontraréis en mi casa á aquel cuya presencia « temeis, sino á mi hermano. »

« Querida mia, dijo en seguida á la jóven ciega, muchas veces me he preguntado á mí misma la causa del interés que te manifiesta tu amo. Y sin embargo tú no puedes serle de grande utilidad.

— Yo riego las flores de su jardin, y cojo las que sirven para coronarle en los festines. Me encarga tambien los mensajes que cree no deber confiar á sus demás esclavos, y entónces me da un guia, ó si no es difícil de encontrar el camino, voy sola dirigiéndome á tientas con mi baston.

— ¿Hace mucho tiempo que estás en su casa?

— Entré en ella algunos meses antes de su viaje

á Grecia, en que me compró á un gladiador de esta ciudad que me hacia sufrir los mas crueles tratos.

—¿Y de qué país eres?

—De Tesalia.

—Tú serás mi amiga, Nydia, porque casi eres compatriota mia. Mas dime, ¿quién te trajo á Italia?

—Unos mercaderes de esclavos (1) me arrebataron á mi padre cuando tenia apenas diez años de edad... ¡Pobre padre mio! me amaba tiernamente, porque era su única hija, y habia nacido ciega. Doy sin embargo gracias al cielo por haberme dejado bastante tiempo á su lado para aprender las verdades del Evangelio, y no tener que temer..... Mas perdonadme, señora, olvidaba delante de quien hablo.

—Continúa, amiga mia; no temas ofenderme hablándome de tu Dios: yo no aborrezco á los cristianos, respeto su fe, y si alguna vez fuesen perseguidos, como tan á menudo lo han sido, acuérdate de que encontrarás en mi casa un asilo seguro.

—¡Ah! señora, no temo la muerte; y me tendria por dichosa en derramar mi sangre por Aquel que derramó primero por mí la suya. Así me reuniria mas pronto con mi madre, y acaso con mi padre.»

---

(1) Los mercaderes de esclavos de Tesalia eran famosos por su audacia en robar los niños y personas de elevado rango, sin perdonar á sus propios compatricios.

Al decir esto los ojos de la esclava se llenaron de lágrimas. Para distraerla de los pensamientos dolorosos que habia dispertado en ella el recuerdo de sus padres, Iona se apresuró á cambiar de conversacion, preguntándole como fué el haberla Glauco comprado.

—«Mi ama, la mujer del gladiador de que acabo de hablaros, respondió Nydia, me enviaba á vender flores por las calles; pero muchas veces no traía tanto dinero como ella queria, y me trataba con tanta mas crueldad, cuanto que mi ceguera no me permitia prestarle otros servicios.

Un dia que habia vuelto á casa sin un óbulo, me azotó tan fuertemente con una soga, que no pude menos de dar gritos. En aquel momento entraba Glauco con uno de sus amigos que iba á ajustar gladiadores para el anfiteatro. Reconoció mi voz, porque muchas veces me habia comprado flores, y precipitándose en el aposento donde yo estaba, me vió llena de sangre.

«Furia! esclamó cogiéndome con una mano y rechazando con la otra á la irritada vieja, ¿cómo te atreves á maltratar de esta suerte á una tierna niña, á una persona de tu sexo? Respétala!... ¡Nydia! ¡pobre Nydia!

—¡Ah! sois vos, Glauco, esclamé yo á mi vez: detuviéronse mis lágrimas en mis párpados, y sonriendo á mi libertador besé la orla de su manto.

Sentóme en seguida sobre sus rodillas, enjugó la sangre que corria de mis espaldas, y procuró con sus cuidados calmar mi dolor.»

Preguntó al gladiador si queria venderme.

«No, en verdad, esclamó mi ama con brusco acento. No venderémos jamás á Nydia.»

Yo me cogí de nuevo temblando del vestido de mi protector y volvieron á correr mis lágrimas. Pero como el amigo de Glauco amenazase al gladiador con que le haria perder sus parroquianos, acabó este por ceder, aunque pidiendo doble precio del que decia haberle yo costado, esto es doce grandes sestercios (1).

«Yo os daré veinte, respondió Glauco. Vamos en seguida ante el magistrado, y desde allí á mi casa, donde os entregaré el dinero.»

Así fué, señora, como me libré de la tiranía de los primeros amos á quienes fuí vendida. Yo les perdono su crueldad que me valió la proteccion, y hasta me atreveré á decir la amistad de un hombre generoso. Hoy dia puedo frecuentar la asamblea de los fieles, lo que no me hubieran permitido jamás mis primeros dueños, y soy tan felíz como serlo se puede léjos de su patria, léjos de un padre querido.

---

(1) No debe confundirse el *sestertius* con el *sestertium*, al que llamamos *gran sestercio*. Este era una moneda imaginaria de unos 800 rs. de valor.

—¿Mas no podria Glauco, repuso Iona, encontrar á tu padre?

—Ha escrito á muchos de sus amigos de Grecia, que han tomado informes acerca de mi familia en el valle en que nací, y solo han sabido que mi padre habia abandonado su país, y que se ignoraba á donde se habia retirado.

—Ten paciencia, Nydia; el Dios á quien adoras y cuyo poder reconozco, aun que no siga su culto, te volverá tu padre.

—Os doy gracias por esta prediccion, porque está llena de esperanzas. Pero ¡qué nuevo consuelo para mí cuando tambien vos seais mi señora!... Sois digna de Glauco, y ahora mas que nunca espero que el Señor oirá los votos que hago todos los dias para vuestra felicidad.

—Agradezco tus deseos, mi buena Nydia. Vé ahora, vuelve al lado de Glauco. Debe estar impaciente aguardando mi respuesta.»

Nydia se levantó, y Iona la condujo hasta el vestíbulo donde le aguardaba la esclava que la habia acompañado. La cieguecita saludó de nuevo á su futura ama, y despues de haberle besado respetuasamente la mano, se retiró.

CAPÍTULO IV.

El genio del mal y el del bien.

—

Al dia siguiente paseábase el hermano de Iona por un bosquecillo situado en el interior de la ciudad, cuando le encontró el gran sacerdote de Isis. Quiso alejarse, mas Arbaces le detuvo.

«¿Por qué huyes de mí, hijo mio? dijo el Egipcio.

Apecides no contestó. Sus labios temblaban y su pecho se hallaba violentamente agitado.

«Tú tienes el corazon oprimido, hijo mio, continuó Arbaces: habla, ¿qué tienes que revelarme?

—¡A ti!... nada. Tú eres mi enemigo.

—Vas á decirme porqué. Sentémonos aquí, y conversemos.

Y arrastrando al jóven apesar suyo, le hizo sentar á su lado en un banco de césped.

Apecides se hallaba en la primavera de su edad, y sin embargo parecia ya viejo. Sus facciones delicadas y regulares habian perdido su frescura y su belleza; tenia hundidos los ojos en los cuales se dejaba ver ese brillo que da la calentura, y su talle comenzaba á doblarse. Parecíase á Iona, mas su fi-

sonomía no ofrecia aquella calma majestuosa que tanto realce daba á los encantos de su hermana.

Por el fuego de su mirada, por el temblor de sus labios, por la hinchazon de sus sienes, era fácil reconocer que la parte intelectual de su sér se hallaba dominada por la facultad imaginativa é ideal.

—Dices que soy tu enemigo, prosiguió Arbaces, porque disgustado de las bellaquerías de los sacerdotes de Isis, crees que tambien yo he querido engañarte.

—Pues entónces ¿por qué me las ocultabas? replicó Apecides con viveza. Me habias hablado de hombres consagrados á la ciencia, amigos del género humano, que huían de los placeres de la vida para entregarse al culto sublime de la virtud, y me has dado por compañeros brutos manchados de vicios, y que no conocen mas ciencia que la de engañar á los infelices que acuden á sus oráculos... ¡Oh! ¡qué daño me has hecho! tú me has robado la gloria de la juventud, la conviccion de la virtud, la santificante sed de la sabiduría. Jóven y rico, he hollado sin pesar todo lo que puede hacer la vida agradable por los misterios de la divinidad, por la sociedad de los dioses. Y en la actualidad...

Sollozos convulsivos ahogaron su voz; cubrióse el rostro con ambas manos, y derramó un torrente de lágrimas.

• Te daré cuanto te prometí, dijo Arbaces: hasta

ahora no has hecho mas que pasar por las pruebas del noviciado. Olvida á tus compañeros, á esos viles esclavos á quienes con razon llamas brutos; tú eres digno de entrar en el recinto sagrado, y yo mismo quiero introducirte en él. Escúchame.

Tú sabes que el Egipto poseía antes que todos los demás pueblos las artes de la sabiduría y de la civilizacion, y que cuanto conocen los griegos y romanos de mas sublime en religion del Egipto lo recibieron; pero así como las naciones modernas deben al Egipto su grandeza, así este mismo pueblo debió la suya á sus sacerdotes.

Ávidos de reinar sobre la parte mas noble del hombre, esos antiguos ministros de la religion compusieron una augusta alegoría de todas las revoluciones físicas y morales que nos presentan el cielo y la tierra, y la pusieron al alcance del vulgo ignorante bajo los signos visibles de dioses y de diosas.

Isis es una fábula, ó por mejor decir, no es nada; mas la naturaleza, á la cual representa, es ese sér misterioso, inesplicable, *cuyo velo ningun mortal ha levantado jamás* (1), y á la que llamamos la *madre de todas las cosas*. Ese velo no existe

---

(1) «Yo soy lo que ha sido, lo que es y lo que será. Ningun mortal levantó jamás mi velo.» Así decia una inscripcion que habia en el templo de Isis, donde se adoraba una divinidad misteriosa semejante al *dios desconocido* de los atenienses.

para los sabios; pero á fin de ser útiles á los hombres, los cuales se hallan dispuestos á respetar un oráculo, á la vez que se niegan á dar crédito á una verdad, esos sabios se han visto obligados á engañarles.

Bien así como la majestad que rodea al emperador de Roma hace su fuerza, de la misma manera los oráculos y los ritos son los instrumentos de nuestro poder. De esta suerte los emperadores y nosotros llegamos al mismo objeto, que es la felicidad de los hombres, el órden, la paz y la armonía en la sociedad.»

Apecides guardaba silencio, pero en la espresion de su rostro se veía el efecto que producian sobre él estas palabras, que hacian mas elocuentes el acento y la mirada del que las pronunciaba.

«Ahora bien, continuó Arbaces, mientras que nuestros antepasados se conciliaban de esta suerte el respeto de la multitud, inventaban las leyes y las artes. Pedian fe y daban en cambio civilizacion. ¿Dirás que sus imposturas no eran virtuosas, que no han merecido bien del género humano?

Si yo te hubiese revelado las artimañas de tus compañeros, hubieras rechazado, sin conocerla, la sublime mision á que te llamaban tu energía, tus talentos, tu entusiasmo por la virtud, é Isis hubiera perdido su sacerdote. La prueba por la cual acabas de pasar se impone á todos los que quieren con-

sagrarse al culto de nuestra diosa. Aquellos cuyo genio limitado toma por verdades las imposturas de que se contenta el vulgo, no suben jamás á un grado superior; mas á aquellos que, como tú, son capaces de alcanzar un objeto mas elevado, la religion les revela sus profundos misterios.

Me alegro de haber encontrado en tí, Apecides, el carácter que deseaba. Has pronunciado los votos, y no puedes ya retroceder. Avanza pues con valor: yo seré tu guia.

—¿Y qué puedes enseñarme, hombre misterioso y terrible? preguntó Apecides.

—Yo te he sumergido en el abismo de la incredulidad; quiero ahora conducirte á las alturas de la fe. Despues de haber visto los tipos groseros, conocerás las sublimes realidades que representan. Vé esta noche á mi casa.»

Seducido, arrastrado por las palabras del Egipcio, Apecides le tendió la mano, y el maestro y el discípulo se separaron.

Mientras que Apecides proseguia su paseo solitario, con la cabeza baja y los brazos cruzados bajo su manto, acercóse á él un hombre y le tocó por la espalda.

—¡Apecides! dijo haciendo un signo con la mano. Era el signo de la cruz, y un sacerdote cristiano el que lo hacia.

—¡Y bien! ¿qué quieres nazareno? pregun-



tó el jóven sacerdote de Isis poniéndose pálido.

—No quiero interrumpir tus meditaciones; pero me parece que la última vez que nos encontramos no te fuí tan importuno.

—Tú no eres importuno, Olinto; solo que estoy triste, fatigado y me es imposible discutir esta tarde contigo acerca las materias que te son mas agradables.

—¡O corazon débil! Estás triste y fatigado, y te alejas de la única fuente que puede refrescarte y sanarte.

—¡O tierra! esclamó el jóven sacerdote golpeándose el pecho con una especie de desesperacion, ¿cómo reconocerán mis ojos el verdadero Olimpo, el que habitan realmente los dioses? ¿Debo escuchar á ese cristiano y creer que mis padres no han adorado por espacio de tantos siglos mas que quimeras? ó bien escuchar á Arbaces y pensar... ¿qué?

Calló, y alejóse rápidamente como un desgraciado que procura huir de sí mismo.

Olinto empero era de esos hombres que, siguiendo las huellas de los apóstoles, no se dejaban acobardar por ningun obstáculo, cuando se trataba de ganar una alma para Jesucristo; tan ardiente era la fe que les inspiraba. No quiso que Apecides se le escapase tan fácilmente; corrió tras él, y habiéndole alcanzado, le dijo:

«No me estraña, amigo mio, el que trastorne todas las facultades de tu espíritu, y el que te encuentres perdido en la duda y las tinieblas, á la manera de un náufrago en medio de un mar sin playas. Nó, no me estraña, pero no pierdas el valor: *vela y ruega:* desvaneceránse las tinieblas, la tempestad se apaciguará, y como los apóstoles vieron en otro tiempo al Señor andando sobre el mar de Samaria, tú le verás venir en tu ausilio para salvar tu alma. Nuestra religion es exigente, es verdad: ella impone deberes difíciles de cumplir á nuestra naturaleza corrompida; pero al propio tiempo, ¡cuán pródiga es en sus dónes! Ella nos importuna por espacio de una hora, pero nos indemniza con una eterna felicidad.

—En todos tiempos, repuso Apecides con acento triste, se ha engañado á los hombres con promesas de esta naturaleza. ¡Ah! ¡cuán magníficas eran las que me condujeron al templo de Isis! y sin embargo...

—Pero pregunta á la razon, amigo mio. ¿Puede ser verdadera una religion que ultraja la moral? ¿Qué son todos esos dioses á quienes adorais? ¿Cuáles son sus actos, los atributos de su divinidad? ¿No os los representan como los mayores criminales? Y sin embargo se os exige que los adoreis como á las mas santas divinidades.

Júpiter es parricida y adúltero, y los dioses infe-

riores no son mas que imitadores de sus vicios. Se os dice que no asesineis, y se os manda adorar asesinos: se os prohibe el adulterio, y dirigís vuestros ruegos á un adúltero. ¡ Qué horrible escarnio de lo que tiene de mas santo el hombre, la *fe!*

«Vuelve ahora tus miradas hácia Dios, el Dios único y verdadero á cuyo altar quisiera conducirte. Si este Dios te parece demasiado sublime para esta union misteriosa del Criador con la criatura, contémplale en su Hijo, revestido de nuestra carne, pero no como vuestras deidades, de nuestros vicios. En él se unen las mas austeras costumbres con los afectos mas dulces. De él habla Platon, cuando despues de haber dicho: «Que venga ese divino le-
«gislador á imprimir con caractéres de fuego en el
«mármol y el bronce la antigua ley que han bor-
«rado del corazon del hombre las pasiones y las
«preocupaciones,» añade: «Si la austeridad de la
«ley desalienta, si asusta nuestra debilidad, que en-
«vie además un hombre justo cuyas virtudes sirvan
«de estímulo y de modelo. Es preciso que ese hom-
«bre no tenga siquiera la gloria de parecer justo,
«para que no se crea de él que lo es por vanidad; es
«preciso que se le despoje de todo, escepto de su
«virtud; es preciso que, sin haber ofendido á nadie,
«sea tratado no obstante como el mas malvado de to-
«dos; es preciso que persevere en la justicia hasta el
«fin, que sea azotado, cargado de hierros; que se le

«clave en la cruz; que se le haga perecer en me-«dio de los mas crueles suplicios.»

«Honrais á Sócrates, el cual tiene su secta, sus discípulos, sus escuelas. Mas ¿qué son las virtudes dudosas del filósofo ateniense, comparadas con la santidad incontestable, activa y llena de amor de Jesucristo? ¿Quién sino el Hombre-Dios pudo jamás decir: *Cuál de vosotros me argüirá de pecado?*

«Él vino al mundo como el modelo de los siglos futuros, para manifestarnos esa virtud que Platon anhelaba ver unida á un cuerpo, y murió para reconciliarnos con su Padre, para hacernos *santos, puros é irreprensibles delante de él.* Hé aquí el sacrificio que hizo para el hombre; y la aureola de gloria que rodeó su resurreccion, no solamente alumbró la tierra, sino que nos dejó ver la perspectiva del cielo!...

«Tú estás conmovido, Apecides: Dios obra sobre tu corazon. Ven; no resistas por mas tiempo á este santo impulso; ven sin vacilar mas. Algunos de nuestros hermanos se hallan en este momento reunidos para la oracion; permíteme que te presente á ellos. Estás triste y fatigado, dices; pues bien! el Señor te llama: «*Venid á mí*, estas son sus palabras, *los que sufrís y estais cargados*, *y yo os aliviaré.*»

— No puedo ahora, replicó Apecides; será otra vez.



—Ahora es cuando debes ir, continuó Olinto procurando retener al jóven. Mira, observa y teme.»

Y le señaló el Vesuvio sobre el cual veíase como suspendida una nube negra y amenazadora.

Mas no habia llegado aun para Apecides la hora de la gracia. Encadenado por las promesas que le hiciera el Egipcio, desprendióse de las manos de Olinto, y sintiendo que necesitaba hacer un esfuerzo para vencer la irresolucion que habia empezado á hacer nacer en su alma conmovida y turbada la elocuencia del sacerdote cristiano, huyó con una velocidad ¡que hacia inútil todo deseo de alcanzarle.

Olinto le siguió algun tiempo con la vista, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Retiróse detrás de una maleza, y postrándose, oró por la salvacion de aquel cuya resistencia no habia podido vencer por entónces.

Fatigado y sin aliento Apecides llegó por fin á la habitacion del Egipcio: mas acordándose que no debia ir á su casa hasta la noche, alejóse de nuevo, y saliendo de la ciudad para distraerse menos de su ensimismamiento, se dirigió por el lado del volcan, cuyo aspecto se hacia de cada vez mas sombrío y espantoso.

CAPÍTULO V.

Iona confia sus esperanzas á Arbaces.

—

Despues de haber dejado á su discípulo el gran sacerdote de Isis encontró á Caleno, que le buscaba, y que le dijo con aire misterioso:

«Ya no deben ser para vos infundados los rumores que circulan hace tiempo en la ciudad acerca de las promesas hechas á Glauco por la hermana de Apecides. Un hombre empleado en el servicio del edil de Pompeya me ha asegurado haber oído hablar á su amo del matrimonio de Iona como de una cosa hecha.»

Las facciones de Arbaces se contrajeron.

«Es imposible, dijo: Iona no puede haber prometido de esa suerte su mano sin haber consultado cuando menos á aquel á quien confió su padre su tutela.

—Dícese que Apecides veria con gusto á su hermana unida á la noble familia de los Glauco.

—Bien está: yo sabré desbaratar todos esos planes formados sin mi consentimiento. Apecides será mio esta noche. Mañana le llegará su vez á su hermana.

Y sin dar tiempo á Caleno para que contestase,

le dejó dirigiéndose á pasos precipitados á casa de Iona. Cuando entró en el peristilo esforzóse en recobrar su serenidad habitual, y se acercó tan calladamente á su pupila, que no le oyeron ni ésta ni las esclavas que, vueltas de cara á su ama, escuchaban sus cantos.

— «Estais muy agradablemente ocupada, hermosa Iona, dijo el Egipcio.

Iona se estremeció al ver detrás de su asiento el semblante frio y burlon de Arbaces.

— «Llegais muy de sorpresa, respondió despues de haberse repuesto algun tanto, y con una sonrisa forzada.

— Así es como obran los que saben que serán bien recibidos, replicó Arbaces tomando un asiento y colocándose al lado de su pupila. Venia á felicitaros por la acertada eleccion que habeis hecho.

— ¿Por qué eleccion? No os comprendo.

— Sin embargo no se habla en la ciudad mas que de vuestro próximo enlace.

— Mal hacen en ocuparse de esta suerte de mí, y me estraña que deis crédito á esos frívolos rumores, cuando mi posicion para con vos me hace un deber de instruíros, primero que á nadie, de los proyectos de esta clase que pudiese formar.

— ¿Y vuestro corazon no os acusa de haber faltado á lo que vos misma no teneis reparo en llamar un deber?

—Nó, porque hoy mismo queria hablaros de lo que ha dado lugar á rumores que personas mal informadas han esparcido por Pompeya, y os aguardaba á vos y á Apecides. Ignoro porque este no ha venido aun.

—Será que sus funciones no le permiten hoy venir á veros.

—Pues bien, hablaré á vos solo.

«Hace algunos meses que un jóven compatricio, Glauco, cuyo mérito, nacimiento y fortuna os son conocidos, solicita mi mano. Yo he rehusado hasta ahora darle una respuesta definitiva, á fin de asegurarme de la sinceridad del cariño que dice tenerme. Obligado á alejarse por algun tiempo de Pompeya, ha vuelto ayer con las mismas intenciones que manifestaba al principio, si bien no dudo que se le hayan ofrecido partidos ventajosos así en su patria, como en Roma y en Nápoles.

«Ya veis que os abro mi corazon, y esperó que no tomaréis á mal que haya diferido hasta este dia el daros á conocer un proyecto que ha recibido ya la aprobacion de Apecides, y al cual estoy persuadida que no rehusaréis la vuestra. Glauco debe venir á verme muy pronto, impaciente por recibir mi respuesta. Hubiera venido hoy á no haberle yo rogado que aguardase hasta mañana.»

Costóle trabajo á Arbaces reprimir la penosa emocion que le agitaba, y respondió con aquel tono

meloso con el cual sabia ocultar tan bien la doblez y la ferocidad de su carácter.

« No creais, Iona, que pretenda contrariar vuestros gustos y encadenar vuestra libertad, pero al menos reflexionad en los peligros que corre vuestra reputacion: no vayais á esponeros al desprecio del público.....

— ¿Qué quereis decir, Arbaces? respondió Iona con trémulo acento. ¡Oh! hablad; os lo ruego. Sé que sois mi amigo y que tan solo deseais mi felicidad.

— ¡Vuestro amigo! ¡oh! sí, un amigo muy sincero! Permitidme pues que os hable como á tal, sin reserva y sin ánimo de ofenderos.

— Os escucho.

— ¿Cómo habeis conocido á ese jóven atolondrado, á ese Glauco?

Al decir estas palabras Arbaces fijaba en Iona una mirada viva y penetrante. Sobrecogida de espanto la jóven griega contestó turbada:

«Mi hermano me lo presentó como un compatricio.

— ¡Y Apecides no me ha dicho nada!

— Queria aguardar como yo la vuelta de Glauco, á fin de asegurarse de sus disposiciones; y como os decia hace poco, no he querido recibir á Glauco antes de haber pedido vuestro parecer; si bien contaba con vuestro consentimiento y con el

placer que creía que os causaria esta noticia.

— En esto es precisamente en lo que os habeis engañado. Vuestro hermano debe sin embargo conocer cuales son las costumbres, y quienes los amigos del hombre á quien quereis honrar con vuestra union. La mesa y los dados, hé aquí sus únicas ocupaciones; no está relacionado mas que con los hombres mas corrompidos...

— ¿Y mi hermano? dijo Iona interrumpiendo al Egipcio, justamente indignada de la acusacion dirigida contra un hombre cuya conducta se complacian en alabar, no solamente su hermano, sino todas las personas honradas de Pompeya.

«Vuestro hermano, repuso Arbaces, ha sido, como vos, engañado por los artificios de Glauco, que no ha visto en él mas que un instrumento para el logro de sus deseos.

Iona guardó silencio, y despues de una breve pausa Arbaces prosiguió diciendo:»

«Veo cuanto os desagrada lo que de deciros acabo; pero me habíais permitido hablar con franqueza, y lo he hecho no tan solo como un amigo, sino como un tutor consagrado á vuestros intereses. Antes sin embargo de dar á Glauco la negativa que tanto merece, podeis tomar todavía informes: por mi parte no omitiré nada para cumplir con mi deber. Dignaos pues rogar á Glauco que retarde su visita un dia mas, y mañana por la tarde iréis á mi

casa donde hablarémos con mas libertad. Deseo sin embargo que Apecides ignore la entrevista que os pido.»

Iona obedeció, y Arbaces no la dejó hasta que hubo enviado una de sus esclavas á Glauco para pedirle que retardase un dia su visita. Apenas hubo marchado el infame, cuando Iona rompió á llorar á lágrima viva.

En esto Apecides, no habiendo hallado la tranquilidad ni en Pompeya ni fuera del recinto de la ciudad, vino á buscar alguna distraccion al lado de su hermana, á la cual encontró en el *Viridarium*, con los ojos todavía encendidos por el llanto que habia derramado.

—¿Qué es esto, hermana mia? estás triste y abatida: ¿habrá venido acaso Arbaces?

—Sí; mas en vez de sorprenderle agradablemente, como esperaba, participándole las intenciones de Glauco, he encontrado en él una oposicion que me ha estrañado tanto mas cuanto que la creo infundada.

—Comprendo; no quiere que te cases con el hombre que has elegido, del mismo modo que exige de mí que siga un culto por el cual no siento mas que repugnancia. Hoy me ha prometido descubrirme los misterios de Isis; y quizás mañana podré... pero nó; un voto terrible encadena mis palabras. «¡Oh mi buena hermana, cuan desgraciado soy!

siento necesidad de creer, de amar, y no he encontrado hasta ahora mas que decepcion y tinieblas!

Olinto, ese sacerdote cristiano de quien te he hablado ya muchas veces, me ha instado tambien á que le acompañase á la asamblea de los nazarenos: tambien él me ha prometido la paz del alma, la luz del espíritu. ¿De quién debo fiarme?

A no ser por el compromiso que he contraído esta mañana con Arbaces, tal vez hubiese cedido á las instancias del nazareno. Su mirada es tan viva como la de Arbaces, seductora como la suya su palabra; mas en los ojos del uno se refleja esa dulce tranquilidad del corazon que promete á los que quieran seguirle, mientras que en la mirada del otro brilla un fuego siniestro y se pintan los movimientos desordenados de un hombre á quien agitan las pasiones. La voz del primero es suave y llena de uncion; la del segundo tiene algo de rudo y hasta de espantoso. Olinto conmueve y obliga; Arbaces facina, y le fuerza á uno á obedecerle... Mas en fin, y sea lo que quiera, iré á casa del Egipcio; le veré.

—No he hablado todavía á Olinto, replicó Iona; pero he visto muchas veces á la esclava ciega de Glauco; tambien ella es cristiana, y no dudo de que debe, como me ha dicho, á sus principios religiosos esa mansedumbre, esa inalterable paciencia que le han conquistado el cariño de su amo.

Empiezo á tener miedo á Arbaces; sus ojos, sus

facciones revelan sentimientos muy diferentes de los que debe tener por su pupila. Hasta tiemblo por tí, hermano mio, y te pido que desconfies de sus bellas promesas. Te has dado demasiada prisa en lanzarte en la carrera que te ha propuesto, y temo que te arrepientas un dia de haber dado un paso del cual no tienes por desgracia tiempo de retroceder.»

Apecides no contestó; su corazon estaba agitado, y exhalábanse de su pecho profundos suspiros. Abrazó á su hermana, mezcláronse sus lágrimas, y se separaron sin saludarse.

CAPÍTULO VI.

Ansiedad de Iona.—Carácter de Arbaces.

—

Despues de una noche de insomnio levantóse Iona muy temprano. Tardábale volver á ver á su hermano para saber de él si Arbaces habia satisfecho las necesidades de su corazon; mas se pasó todo el dia sin verle.

No pudiendo dominar su inquietud envió á pedir noticias suyas; mas se le contestó que Apecides

habia salido por la mañana de casa de Arbaces, y que no se sabia lo que habia sido de él.

Habíase puesto el sol tiempo hacia, cuando la jóven griega fué interrumpida en sus tristes reflexiones por sus mujeres que le recordaron la visita que debia hacer á su tutor. Estremecióse, mas á pesar de la repugnancia que esperimentaba y de los temores que la asaltaban, apresuróse á ir á la sombría morada del Egipcio.

Arbaces habia empleado el dia en combinar el plan infernal que debia asegurar para siempre su influencia sobre su pupila. Apenas comenzaron á brillar algunas estrellas en el firmamento subió á una torre que habia en su casa. Era la hora especialmente consagrada por los egipcios al temerario estudio de la astrología.

Despues de haber llenado de figúras cabalísticas una hoja de papiro que tenia delante, entregóse á las reflexiones que habian provocado en él aquellos cálculos.

«Los astros me avisan de nuevo, esclamó: ellos me hacen la misma burlona amenaza que hicieron en otro tiempo á Pirro, condenado á desearlo todo y no alcanzar nada, dando batallas sin resultado, cogiendo laureles sin triunfo, desalentado por fin por efecto de sus propias supersticiones, y muerto como un perro por una teja lanzada por la mano de una vieja.

En verdad que los astros me halagan cuando prometen á mi ardor los mismos resultados que á la loca ambicion de aquel príncipe, ó la tarea de Sisifo, la montaña y la roca!... ¡La roca! ¡triste imágen! ella me recuerda que estoy amenazado de una muerte semejante á la del rey del Epiro. *Guárdate bien*, dicen esos luminosos profetas; *una piedra lanzada de lo alto vendrá contra tí cargada de las maldiciones del Destino.* No conozco todavía el dia en que se cumplirá esta amenaza; solo sé que no está léjos: quiero al menos disfrutar de mis últimos momentos.

Sin embargo si escapo á ese peligro me aguardan los honores, los triunfos, y mi alma me dice que espere... Si debiese morir tan pronto, sentiria pesar sobre mi cabeza la helada mano de la muerte: pero mi alma se sonrie..... Ella me asegura mi libertad, mi dicha.»

Arbaces dejó de contemplar los astros, y sus miradas se fijaron en la ciudad y sus cercanías. Empezaba á reinar el silencio en las calles, poco antes tan ruidosas, y pronto iba Pompeya á parecer lo que es en el dia, *la ciudad de los muertos* (1). El mismo mar no dejaba oir mas que un

---

(1) Cuando Walter Scott visitó las ruinas de Pompeya todas sus impresiones se redujeron á esta esclamacion: *¡La ciudad de los muertos! ¡La ciudad de los muertos!*

murmullo débil y acompasado, como la respiracion de una persona dormida, y sus brazos, estendidos á lo léjos, parecian estrechar con amor contra su seno á sus queridas hijas Estabias, Herculano y Pompeya.

«Dormís! dijo el Egipcio lanzando una mirada desdeñosa sobre esas ciudades, gloria de la Campania, dormís! ¡qué no sea con el reposo eterno de la muerte! Hoy sois el adorno de un floreciente imperio, como lo eran en otro tiempo del Egipto las ciudades del Nilo: ellas duermen en la actualidad en medio de ruínas: convertido se han en sepulcros sus palacios y sus templos, y arrástranse la serpiente y el lagarto por aquellos edificios desiertos!... Tú te has aprovechado de su caída, orgullosa Roma, y te has vestido con los despojos robados á Sesostris y á Semíramis; pero tiempo vendrá en que el Egipto será vengado, y será cuando el palacio de oro de Neron servirá de pesebre á los caballos de los bárbaros, y cuando tú, que has sembrado vientos, recojas tempestades.»

Mientras que el Egipcio, con los brazos estendidos, pronunciaba esta prediccion que debia cumplirse de una manera tan terrible, porque la Providencia permite algunas veces que hasta los falsos profetas conozcan y anuncien la verdad, sus largos cabellos negros que caían en torno de su cabeza, y sus ojos que brillaban con una alegría sal-

vaje, le daban un aspecto horrible: parecia medio profeta, medio demonio.....

— «Mas, prosiguió diciendo despues de una nueva pausa, durante la cual habia examinado otra vez el cielo, si la muerte me amenaza de tan cerca, quiero al menos decir que he vivido... que he satisfecho mis pasiones.....»

Vástago de una dinastía caída, hijo de un pueblo degradado, Arbaces abrigaba todos los sentimientos rencorosos de los que se ven irrevocablemente lanzados de la esfera en que brillaron sus antepasados, y que, considerando á los hombres como otros tantos enemigos, no encuentran el reposo y la dicha sino en guerrear incesantemente contra la sociedad.

Poseía tantas riquezas como los mas opulentos romanos; así que podia satisfacer todos los deseos desordenados de su corazon, ó como decia él mismo á sus amigos de confianza, *embellecer su cárcel con todos los atractivos de la vida.*

Heredero de esos apetitos sensuales á que se habian entregado los egipcios desde los tiempos mas remotos, era del número de esos orgullosos filósofos que por no haber querido reconocer á Dios en la manifestacion de sus perfecciones, han sido entregados, como dice san Pablo, á pasiones vergonzosas é infames.

En su orgullo Arbaces lo esperaba todo del po-

der de la humana sabiduría, y creia, por medio de las operaciones cabalísticas, poder desviar la naturaleza de su curso y obrar milagros. De esta suerte iba tras de la ciencia mas allá de los límites impuestos por el soberano Creador de todas las cosas: habia pasado de las verdades de la astronomía á los locos errores de la astrología, de los secretos de la química al laberinto de la magia; y él, que no creía en el poder de los dioses, tenia una fe supersticiosa en el poder de los hombres.

La magia en la cual se ocupaban entonces los que querian ser tenidos por sabios, era una ciencia, ó mas bien una locura de orígen oriental. Desconocida á los primeros filósofos de la Grecia, habia sido recibida por ellos en la época en que Etanes, que acompañaba el ejército de Jerjes, introdujo entre las creencias de la Helade las supersticiones de Zoroastro, y no se naturalizó en Roma hasta el reinado de los emperadores. El culto de Isis estaba íntimamente unido á ella, siendo este culto el que estendió por toda la Italia la fe en la magia egipcia.

La magia *teúrgica* ó bienhechora, y la *geótica* ó la *nigromancia*, adivinacion maléfica, no fueron menos célebres en el primer siglo de la éra cristiana, como lo prueban los prodigios atribuídos á Apolonio (1). Reyes, cortesanos y sabios, todos tem-

(1) Apolonio de Tiana, en Capadocia, célebre impostor,

blaban ante los maestros de esta terrible ciencia.

Contábase en el número de estos maestros á Arbaces, conocido en la Grande Grecia y Oriente bajo el nombre de *Hermes, señor del cinturon de fuego.* Sus célebres escritos, reunidos en muchos volúmenes, fueron despues quemados por los cristianos de Éfeso.

La conciencia de Arbaces no reconocia ley alguna moral; creía que poseyendo bastante genio para imponer leyes á los demás, tenia por esto mismo el derecho de vivir segun sus deseos: y siendo malvado pretendia justificar su maldad por lo que debiera haberle hecho virtuoso y bueno, esto es por la elevacion de su espíritu.

Todos los hombres tienen mas ó menos la pasion del poder: esta pasion en Arbaces correspondia exactamente á su carácter. No ambicionaba ni la púrpura ni las haces, insignias de un mando material y vulgar: despreciaba demasiado á los romanos para consentir, él, descendiente de Ramsés, en constituirse en instrumento ó hechura del emperador; sino que queria dominar sobre los espíritus y gobernar los corazones, poniendo su ambicion en reinar sobre un imperio inmaterial é invisible.

Si hubiese sido menos sensual y menos rico, hu-

---

quien por sus pretendidos milagros, recibió despues de su muerte los honores divinos. (*V. el Dic. biográfico universal.*)

biera tal vez ensayado fundar una nueva religion, de que se habria hecho pontífice; pero habia perdido su energía en el goce de los placeres á que se entregara. No creía en sus divinidades, y si mantenia su culto era para conservar de esta suerte una sombra y un recuerdo del poder de sus antepasados.

Despues de haber abandonado el Egipto, que no queria ver humillado bajo las garras de las águilas romanas, Arbaces pasó á Italia y se fijó en Roma; pero su orgullo se sublevó á la vista de una córte envanecida aun de sus conquistas, y retiróse á la Campania, donde sus riquezas le ponian en estado de llevar una vida independiente y ejercer su imperio sobre los hombres. En Nápoles fué donde vió por primera vez á Iona, y donde imaginó que apesar de la diferencia de edades podria tal vez determinarla á ser su compañera.

Nada habia olvidado para alcanzar este objeto; mas á fin de no asustar á su pupila no se habia atrevido aun á darle á conocer sus intenciones, hasta que por fin Iona le confesó las esperanzas que hiciera concebir á Glauco.

Arbaces resolvió desde aquel momento poner una barrera insuperable entre su pupila y el Ateniense, empleando todos los prestigios de su arte para obligar á Iona á renunciar á aquel á quien iba á aceptar por esposo.

Hallábase todavía pensando en el resultado que

podria tener su temeraria tentativa, resultado que acababa de hacer mas dudoso la inspeccion de los astros, cuando Caleno fué á avisarle en voz baja que su pupila le estaba aguardando.

Bajó al momento de la torre y entró en su habitacion. Aunque procuró arreglar su semblante, sus ojos se parecian á los del tigre que atisba su presa; sus labios estaban convulsos y podia apenas respirar: tan violento era el combate que en su interior se daban el temor y la esperanza.

CAPÍTULO VII.

Iona en la morada de Arbaces. — El terremoto.

Al entrar Iona en la habitacion del Egipcio, despues de haber dejado á la puerta las dos esclavas que habia traído consigo, sintió en su cuerpo un estremecimiento glacial. A la vista de las figuras silenciosas y melancólicas de los mónstruos tebanos, cuyas facciones representaba tan bien el mármol, no se atrevia á dar un paso, cuando un esclavo etíope de elevada estatura le hizo seña que se adelantase.

Pronto salió Arbaces á su encuentro. Llevaba un traje de ceremonia cuajado todo de piedras preciosas.

«Hermosa Iona, dijo á la jóven ateniense cogiéndola de la mano, soy muy afortunado en recibiros en mi casa! Tiempo hacia que ambicionaba este honor...

—Olvidais, respondió Iona interrumpiendo al Egipcio, que me habeis enseñado á despreciar la lisonja. ¿Querríais enseñarme hoy lo contrario?

Arbaces se mordió los labios y cambió de conversacion. En seguida condujo á su pupila á los diferentes aposentos de que se componia su pequeño palacio. Paredes, techos, entarimados, todo estaba adornado con tanto gusto como magnificencia. Iona no pudo menos de manifestar su admiracion.

«Oí hablar muchas veces de vuestras riquezas, dijo, pero estaba léjos de sospechar lo que hoy veo.

—Quisiera, respondió el sacerdote de Isis, poder hacer de todo ello una corona para colocarla en vuestra cabeza.

—¡Ay! su peso me aplastaria. Seria una segunda Tarpeya (1).

---

(1) Tarpeya era hija de Sp.Tarpeyo, gobernador de Roma en tiempo de Rómulo. Seducida por los sabinos les prometió abrirles las puertas de la ciudad, con la condicion de que le darian lo que llevaban en el brazo izquierdo, refiriéndose á los brazaletes de oro. Tacio, rey de los sabinos, convino en ello; mas al entrar en la ciudad tiró á Tarpeya, no solo su brazalete, sino el escudo que llevaba en el mismo brazo, y como sus soldados siguiesen su ejemplo, Tarpeya pereció aplastada bajo el peso. Fué

—Vos no desdeñais sin embargo las riquezas. El oro es el mas poderoso mago de la tierra á la vez que el mas obediente de nuestros esclavos, puesto que con él podemos convertir en realidades todos nuestros sueños.»

El artificioso Arbaces queria deslumbrar á la jóven griega con sus tesoros, tanto como con su elocuencia; queria escitar en ella el deseo de poseer las riquezas que tenia á la vista, y esperaba que en su ambicion confundiria el propietario con sus tesoros.

De repente, al entrar en una sala colgada de las mas ricas telas, el Egipcio golpeó con las manos, y se elevó del suelo como por encanto y á los dulces acordes de una música invisible una mesa suntuosamente servida.

Apesar de su repugnancia Iona no pudo negarse á tomar parte en el festin, terminado el cual Arbaces preguntó á su pupila si deseaba conocer su destino.

La jóven tembló y no se atrevió á contestar; mas Arbaces insistió y consintió en seguirle.

Su tutor la condujo á un jardin alumbrado por la luna, entónces en su lleno, y desde allí á un pequeño templo donde reinaba una oscuridad completa.

Pronto se derramó por la sala una luz suave, y

---

enterrada en el monte Capitolino, parte del cual tomó el nombre de *Roca Tarpeya*, y era de donde precipitaban á los reos de alta traicion. *N. del T.*

Iona pudo distinguir en medio de aquel recinto un altar sobre el cual se elevaba una trípode de bronce. Al lado del altar habia una cabeza colosal de mármol negro, la cual era fácil reconocer por su corona de espigas por la gran diosa egipcia.

Arbaces derramó sobre la trípode un licor encerrado en un vaso de cobre, elevándose de repente una llama azul, viva y trémula que subió hasta la bóveda. El Egipcio fué en seguida á colocarse al lado de Iona, y pronunció algunas palabras en una lengua desconocida.

Cual si obedeciese á sus palabras, desvióse la cortina que habia detrás del altar, ofreciéndose á la admirada vista de la ateniense un paisaje de los mas encantadores. Deslizóse por delante del cuadro una sombra, la cual fué tomando poco á poco una forma, y en la que creyó Iona reconocerse á sí misma (1).

Un magnífico palacio vino á reemplazar al paisaje; y la jóven griega vió en el peristilo un trono sobre el cual una mano pálida sostenia una diadema. Apareció entónces un nuevo personaje cubierto de piés á cabeza de un manto negro que no permitia distinguir sus facciones. De rodillas delante de la sombra de Iona, le señalaba el trono como para invitarle á sentarse en él.

---

(1) Nuestros lectores ya comprenderán que solo se trata aquí de imágenes producidas por un aparato semejante, ó tal vez igual, á nuestros espectáculos fantasmagóricos.

«¿Queréis que la sombra se dé á conocer? preguntó Arbaces á su pupila.

—¡Sí!» respondió Iona con una voz apenas perceptible.

Arbaces levantó la mano, el espectro dejó caer el manto que le ocultaba, y Iona lanzó un grito... Era el mismo Egipcio.

Corrióse de nuevo la cortina, y Arbaces, el verdadero Arbaces, esclamó:

«Ved ahí cuales son vuestros destinos, Iona; los dioses quieren que yo sea vuestro esposo. Desde mi juventud he buscado una mujer que fuese lo que vos sois: doy gracias al cielo por haberse dignado oir por fin mis votos.

—No hableis así, os ruego, respondió la jóven atónita, pero confiando en la pureza de su corazon. Hasta ahora no habeis sido mas que mi tutor, y no aguardaba por cierto veros cambiar de papel. Léjos de despreciar vuestro homenaje, lo estimo, mas...

—¡Tú prefieres á Glauco!» repuso el Egipcio con voz de trueno.

Iona se puso á sollozar; pero no profirió ni una palabra, y juntando las manos miró á su derredor como para buscar quien la defendiese.

«¡Por el infierno! esclamó Arbaces rugiendo de cólera, que bajarás á la tumba, jóven insensata, antes que vuelvas á ver á tu Glauco.»

Al decir estas palabras iba como una fiera irri-

tada por la sed de sangre á lanzarse sobre su víctima, cuando se abrió de repente la puerta, y el Egipcio sintió que una mano vigorosa le cogia por el hombro. Volvió la cabeza y vió los ojos brillantes de Glauco y el rostro pálido y amenazador de Apecides.

« ¿Qué furia os ha enviado aquí? murmuró Arbaces apretando los dientes con rabia.

— ¡La venganza! » respondió Glauco esforzándose en agarrar al Egipcio; y empeñóse entre los dos rivales una lucha terrible.

Entre tanto Apecides fué á levantar á su hermana que estaba tendida sin conocimiento sobre el frio mármol. Demasiado débil para llevarla fuera, la puso en un asiento y se colocó delante de ella, empuñando una espada desnuda, y dispuesto á hundirla en el seno de Arbaces, en el caso de que se atreviese á acercarse.

Los dos adversarios continuaban luchando con furor sin mas armas que las que habian recibido de la naturaleza. Apretábanse mútuamente lanzando gritos de rabia y de venganza, y se separaban de vez en cuando para tomar aliento.

En uno de esos momentos de tregua, Arbaces imploró el ausilio de la diosa, cuya coluna abrazaba. Glauco creyó ver las facciones de la diosa animadas por la cólera; palideció, sus rodillas temblaron, y sobrecogido de un pánico supersticioso, per-

maneció sin valor y sin fuerza delante de su enemigo.

Arbaces no le dió tiempo de que volviese en sí de su terror, y lanzóse sobre él gritando: « Muere, miserable; la poderosa deidad quiere que te inmole al pié de su altar. »

Turbado Glauco por sus temores, vaciló y cayó: el Egipcio puso su pié sobre el pecho de su rival. Apecides que no participaba del terror pánico de su amigo, se lanzó contra Arbaces blandiendo la espada, pero este mas diestro que él, le derribó y arrancóle su arma.

De repente la tierra tembló, agitáronse las cortinas de la sala como por el soplo de un huracan, tembló el altar, bamboleó la coluna, y en el instante en que el Egipcio levantaba la espada para hundirla en el seno de Glauco, la cabeza macisa de la diosa, cediendo á la violencia del sacudimiento, fué á herirle entre la cabeza y la espalda.

Mientras estaba tendido como muerto y casi aplastado por aquella misma divinidad á quien acababa de invocar, Glauco ayudó á levantar á Apecides. Tembló de nuevo la tierra y los dos amigos se apresuraron á sacar á Iona de aquel funesto recinto.

Al llegar al jardin encontraron una multitud de mujeres y esclavos que huían en desórden, y sin fijar al parecer la atencion en ellos. Prosiguieron por lo tanto su camino sin obstáculo, y salieron del jar-

din por la misma puerta por donde habian entrado. Allí, bajo unos aloés, estaba arrodillada la esclava ciega, gimiendo y orando.

Traslademonos algunas horas atrás.

Glauco despues de haber pasado todo el dia en el campo, habia vuelto tarde á la ciudad. Al llegar á su casa envió á Nydia con un viejo esclavo para saber noticias de Iona.

Cuando la cieguecita llegó á casa de la Ateniense esta habia ya salido. «Iona, le dijeron, está en casa de Arbaces, el sacerdote de Isis.

—¡En casa de Arbaces!» esclamó la esclava, con marcada espresion de terror.

Sin añadir ni una sola palabra, hizo señal á su esclavo que le siguiese, y volvió á casa de su amo. No habiéndole encontrado, se apresuró á correr con su compañero al templo de Isis.

Habiéndose acercado á la balaustrada sagrada, no encontraron á nadie.

«Llama, dijo Nydia con impaciencia al esclavo. Dia y noche hay un sacerdote al menos que vela en el templo.»

El esclavo llamó, mas sin que nadie le contestase.

«¿No ves á nadie?

—A nadie.

—Oigo sin embargo un suspiro. Mira otra vez.»

El esclavo obedeció y entónces vió en la sombra á un hombre cuyos vestidos blancos anunciaban ser

un sacerdote, y que parecia sumergido en una meditacion profunda.

«Sacerdote de Isis, gritó la ciega, escuchadme.

—¿Quién me llama? dijo una voz apagada y melancólica.

—Una persona que tiene importantes nuevas que comunicar á un individuo de vuestra corporacion. Vengo á pronunciar y no á pedir oráculos.

—¿Eres tú, Nydia? dijo Apecides acercándose, porque era él con quien la ciega acababa de encontrarse.

—¡Loado sea Dios! á vos era á quien buscaba, repuso Nydia, que solo entónces reconoció la voz del jóven sacerdote. Sin duda habeis oido hablar de las supercherías de Arbaces.»

Escapóse al hermano de Iona un suspiro doloroso.

—«Temo que á estas horas vuestra hermana sea su víctima.

—¡O dioses! ¡y habia de atreverse!

—Digo la verdad. Iona está en casa del gran sacerdote. Pero no perdamos tiempo si queremos salvarla. Tomad un arma que os será tal vez necesaria, y partamos.»

Apecides entró en una de las celditas que rodeaban el templo, y volvió á aparecer un momento despues envuelto en un largo manto, bajo del cual traía una espada.

—«Ya estoy dispuesto. ¡O dioses! proteged...

Pero ¿existen dioses? ¡Ah! por lo menos hay una diosa: la venganza.»

Nydia despidió al esclavo que la acompañara, y siguió á Apecides por las calles mas solitarias. Por el camino encontraron á Glauco, quien se reunió á ellos, y llegaron juntos al jardin que rodeaba la casa de Arbaces.

Apecides llamó á la misma puerta secreta que le habia sido abierta la víspera, y como dió la contraseña al esclavo encargado de su custodia, este no tuvo reparo en introducir á él y á sus compañeros.

Cuando despues de haber salvado á Iona Glauco y Apecides volvieron á la puerta, encontráronla abierta. El portero asustado al sentir temblar la tierra bajo sus piés, huyó sin detenerse para cerrarla.

Nydia, que se habia ocultado detrás de un aloé en el interior del jardin, habia oido los gritos de terror de la multitud, pero sin pensar en huir, y no salió de su retiro hasta que se acercaron sus amigos.

CAPÍTULO VIII.

El Foro de Pompeya. — Apecides y Olinto.

—

No era aun medio dia y ya el Foro estaba lleno de una multitud de ociosos y de gente ocupada,

formando diversos grupos, semejantes á los que se ven en el dia en las plazas públicas de nuestras grandes ciudades, y conversando del terremoto que tanto les aterrorizara la noche anterior.

A un lado se veían los cambistas de monedas con sus brillantes montones de piezas de oro y plata, y en torno de ellos mercaderes y marinos con sus trajes tan variados como los climas de donde procedian. Por otro lado abogados vestidos de largas togas (1), subian á un soberbio edificio donde los magistrados administraban justicia.

Elevábanse en medio de la plaza algunos pedestales con estátuas, entre las cuales era la mas notable la de Ciceron. Rodeaba la plaza una colunata de órden dórico, debajo de la cual muchas personas, á quienes los negocios habian traído muy temprano á aquellos sitios, se desanuyaban con pan mojado en vino aguado. En el espacio que estaba á descubierto se veían muchos mercaderes al por menor, restauradores, zapateros y maestros de escuela esplicando á sus discípulos elementos de gramática.

Cerca del templo de Júpiter, donde se reunia por lo comun el senado, y que ocupaba uno de los lados del Foro, se disfrutaba la vista del arco de

(1) Los abogados y los clientes cuando seguian á sus patronos llevaban todavía la toga, que habian dejado ya de usar los demás ciudadanos.

triunfo que dominaba la estátua ecuestre en bronce de Calígula. Delante de uno de los edificios destinados á los asuntos del comun, habia operarios trabajando en hacer colunas. ¡Estas colunas han quedado sin concluir hasta hoy!

Acababa de detenerse al pié de las gradas del templo un hombre de unos cincuenta años de edad. Su traje de color oscuro era de una sencillez tanto mas notable, cuanto contrastaba mas abiertamente con los adornos con que gustaban engalanarse los habitantes de Pompeya de todas las clases, tanto para distinguirse como para alejar los sortilegios. Su frente era elevada y calva, y los pocos cabellos que conservaba detrás de la cabeza estaban cubiertos por una especie de capucha pegada á su manto.

«¿Quién es ese cínico? preguntó un mercader á un joyero vecino suyo.

—Es Olinto el nazareno.

—¡Abominable secta! continuó el mercader en voz baja y tímida. Dícese que los nazarenos, cuando se reunen por la noche para la oracion, empiezan siempre sus ceremonias por la muerte de un recien nacido. Predican tambien la comunidad de bienes. ¡Qué seria de los mercaderes y de los joyeros si se estableciese entre nosotros semejante doctrina!

—Quedaríamos todos arruinados, replicó el jo-

yero. Por otra parte esos miserables no llevan joyas, porque estas tienen entre nosotros forma de serpientes.

—Ved, dijo un tercero que era fabricante en bronces, como se burla este nazareno de vuestros sacerdotes. Estad ciertos de que pronuncia maldiciones contra el templo. Hace poco pasando por delante de mi tienda, me reprendió porque adoraba unos dioses que eran, decia, menos que yo, puesto que yo los fabricaba. ¡Ah! no debemos admirarnos de que la tierra haya temblado para rechazar de su seno á ese ateo... ¿Pero qué digo ateo? peor es que esto, porque desprecia las bellas artes. Desgraciados de nosotros, los fabricantes en bronce, si semejantes hombres daban algun dia leyes á la sociedad (1)! Ellos son los que incendiaron Roma en tiempo de Neron.»

Olinto notó el efecto que causaba su presencia en la muchedumbre, y despues de haber lanzado sobre ella una mirada en la cual se pintaba un noble orgullo unido á la mas tierna compasion, dijo en voz alta:

«¡Ciegos idólatras! ¿No os ha advertido bastante la última conmocion de la naturaleza el peligro que os amenaza? ¿Quereis aguardar que el juez

---

(1) Este pasaje recuerda los disturbios causados en Éfeso por los plateros, de que hablan los hechos de los Apóstoles (cap. XIX).

supremo de los vivos y de los muertos os llame á su tribunal? ¡Temed! ¡ah! temed su justicia..... ¡ay de mí! ¿en qué estado os encontrará vuestro último dia?»

Dicho esto se alejó con paso seguro y tranquilo. Al atravesar por entre la multitud que le abria calle, ó por temor ó por no mancharse con su contacto, vió un jóven de rostro pálido que le miraba, y á quien reconoció al instante.

Envuelto en su manto, Apecides que se habia mezclado entre la muchedumbre, seguia con curiosidad todos los movimientos del cristiano.

«¿Será tambien un impostor? dijo para sí mismo el jóven sacerdote de Isis. Ese hombre tan sencillo en su vestir, en sus maneras ¿hará tambien de su austeridad un manto para cubrir sus torpezas?.....»

Olinto se acercó á Apecides, y le saludó diciéndole:

«¡La paz sea contigo!

—¡La paz!... repitió el jóven pero con acento tan triste que penetró en el corazon del sacerdote cristiano.

—En este saludo, continuó Olinto, enciérranse todos los bienes: sin fe, sin virtud no podrás nunca tener paz. Como el arco íris, la paz descansa en la tierra, pero su cabeza se pierde en los cielos: ella tiene su fuente en las lágrimas y en las afliciones, es la prenda de la calma que sigue á la tormenta, el

signo de la grande alianza entre Dios y el hombre. ¡Que la paz sea contigo!

— ¡Ay de mí!.....» esclamó Apecides, y se detuvo al ver clavadas en él las miradas curiosas de la multitud; y luego añadió en voz baja: «Aquí no podemos hablar; pero te seguiré á las orillas del rio, donde estarémos solos.»

Olinto consintió en ello gustoso, y marchó delante. De vez en cuando cambiaba alguna mirada significativa con algunos transeuntes que, á juzgar por el traje, pertenecian en su mayor parte á las clases inferiores de la sociedad; porque el cristianismo era ese grano de simiente de mostaza que debia al principio germinar en el corazon de los pobres, antes de echar raíces en el de los felices del mundo; ese rio majestuoso, que tomando su orígen entre las cabañas de la indigencia y del trabajo, debia bañar un dia con sus benéficas aguas los palacios y las ciudades.

Apecides alcanzó á Olinto cerca del Sarno.

Este rio, que no es en el dia mas que un pequeño arroyo, estaba entónces cubierto de barcos. Estendíase á algunos pasos de la orilla una calle de árboles, donde acostumbraban á reunirse por la noche los habitantes de Pompeya, pero que solo frecuentaban de dia algunos poetas ó filósofos que se entregaban allí, aquellos á sus meditaciones, á sus disputas estos. En el estremo de dicha calle las copas

de los bojes, cortados de mil maneras, representaban sátiros, pirámides etc., como se vé todavía en algunos de nuestros jardines.

Olinto y Apecides se sentaron á la sombra de estos árboles, y el primero tomó la palabra.

«¿Has sido felíz, dijo, desde que me has dejado? ¿se ha encontrado á gusto tu corazon bajo ese traje de sacerdote?..... Ese suspiro y esa mirada me dicen lo contrario.

—¡Ay de mi! respondió tristemente Apecides, tienes en tu presencia al mas infelíz de los hombres! Desde mi infancia he soñado siempre con la virtud; he envidiado la santidad de esos hombres que, viviendo en la soledad, han sido admitidos en la sociedad de los seres superiores á la naturaleza. Hanse consumido mis dias en vagos y ardientes deseos, y mis noches en visiones quiméricas.

He vestido este traje seducido por las artificiosas palabras de un malvado, y mi corazon se ha sublevado contra los horrores en que me he visto obligado á tomar parte. De esta suerte buscando la verdad he venido á ser ministro de la mentira.

¡Infelíz de mí! ¡podré recordar jamás sin estremecerme las promesas que me fueron hechas, y el modo como han sido cumplidas!... Mas no me atrevo á descubrirte mi infamia: un juramento terrible encadena mi voluntad!

—Ese juramento, repuso Olinto, lo has presta-

do al espíritu del mal, y no á aquel que es el único que merece que juremos en su nombre. Sospecho lo que tienes que decirme, y sin embargo te ruego que me abras tu corazon. ¡O amigo mio! la religion de Jesucristo no es como la de Isis. El orgullo y la supercheria son los medios de que se valen los sacerdotes de esta Diosa, que únicamente sostienen su autoridad con sus imposturas; el candor, la humildad y el amor al prójimo son patrimonio esclusivo de los cristianos, y en la confesion que nos hacemos unos á otros de nuestras debilidades y hasta de nuestros crímenes, es donde especialmente hallamos esa paz del alma que hace la dicha del hombre en este mundo.»

Apecides contemplaba á Olinto con una atencion que no habia prestado, ni aun á las primeras lecciones de Arbaces, y parecíale ver delante de él á uno de esos genios celestes con los cuales deseaba tanto tiempo hacía conversar.

«Pues bien, dijo, quiero hacerme superior á ese miedo que mi enemigo me ha inspirado, para impedirme que divulgue los misterios tenebrosos en los cuales no he sido iniciado hasta antes de ayer, despues que te hube dejado. ¡Ah! ¡por qué no te seguí!

«La sabiduría es eterna, me dijo el impostor, pero nuestra vida es corta; así pues es preciso aprovecharse de ella cual de un presente que nos ha de ser pronto quitado. Entrega tu juventud al

placer: dentro algunos años la copa se romperá y dejarán de florecer las guirnaldas. Yo te enseñaré el mecanismo y el secreto de la naturaleza, por cuyo medio cumplirás tus deberes para con los hombres; mas yo te iniciaré tambien en placeres ignorados del vulgo, y los dias que concederás á los demás serán seguidos de noches consagradas á tí mismo. Esta noche verás realizarse toda la dicha que te está reservada y que te he prometido.»

Mi alma fué vencida y encadenada por sorpresa, y sentéme en el banquete de la muerte.

¡Qué amarga ironía! En el momento en que olvidaba todas mis buenas resoluciones, y hasta los mismos votos que habia hecho, el Egipcio me mostró un esqueleto; mas en vez de recordarme los graves pensamientos que debe esta vista dispertar en la mente del hombre: «No te asustes, me dijo; este amable huésped solo está aquí para recordarnos la brevedad de la vida é invitarnos á gozar de ella. Yo habia añadido el perjurio y el pecado á la imprudencia y al crímen; pero rasgóse el velo, y no ví mas que un monstruo en aquel á quien obedecia antes como á un semi-Dios.

Al presente me encuentro sumergido en el mas profundo abismo de la tristeza y de la desesperacion. Yo no sé si hay ó no dioses superiores á nosotros; si mas allá de este presente tan limitado, tan doloroso, debemos aguardar un porvenir ó la nada.

— He oido hablar, amigo mio, respondió Olinto, de ese banquete de la muerte, cuyo recuerdo pesa tan dolorosamente aun sobre tu corazon; pero en vez de desalentarte debes dar gracias conmigo al Señor de no haber permitido que, como tantos otros, perdieses ese amor que has profesado siempre á la virtud. Sucumbiste, es verdad, á los artificios del demonio, pero al menos reconoces hoy tu fatal error.

— Sí, reconozco que me he engañado creyendo encontrar la verdad en el culto de Isis. Mas ¿dónde encontraré esa verdad? ¿Quién aclarará mis dudas?

— Hace poco que todo el mundo, escepto un pueblo escogido, estaba sumergido aun en las tinieblas. Han sido ofrecidas nuevas leyes á los que tienen oídos para oir: solo depende del hombre el aceptarlas si quiere llegar al fin para que ha sido criado. Escúchame con atencion. »

Y con esa conviccion profunda y ese celo que caracterizaban á todos los primeros cristianos, y que se encuentran aun en el catolicismo, Olinto empezó á explicar al jóven los principios de nuestra fe. Refirióle los sufrimientos y los milagros de Jesucristo, su muerte, su gloriosa ascension y el descendimiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles encargados de predicar por todo el mundo la divinidad y la doctrina de su Maestro. Hablóle tambien de la inmortalidad del alma, y de la dicha reservada á los Santos, y de los castigos que aguardan á los impíos.

Apecides habia tenido ocasiones de convencerse de que la fe de los filósofos no era la del comun de los hombres, y que ellos mismos ponian en ridículo los dogmas que proponian al pueblo. Mas al ver las lágrimas que acompañaban las palabras de Olinto, el calor con que le esplicaba los deberes del cristiano, no pudo menos de reconocer que en la nueva doctrina filósofos, sacerdotes y pueblo todos estaban acordes, y que en vez de perderse en especulaciones sobre la inmortalidad, hablaban de ella cual de una cosa cierta y averiguada.

Lo que mas conmovia al jóven griego eran las seguridades del perdon que da la religion cristiana al arrepentimiento, y los consuelos que dirige al corazon herido y doliente. Los remordimientos que sentia por haber cedido á las infames instigaciones de Arbaces debian por necesidad inspirarle simpatías hácia un hombre que encontraba en sus mismos remordimientos una fuente de santidad, y que le repetia estas palabras de Jesucristo: *Habrá mas alegría en el cielo por un solo pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesiten de ella.*

«Ven, continuó Olinto viendo la emocion del jóven, ven á la humilde sala donde acostumbramos reunirnos: oirás nuestras oraciones y verás la sinceridad de las lágrimas que hace derramar el arrepentimiento á aquellos á quienes ha tocado la gracia.

Ven, amigo mio, no pierdas un instante, á fin de que no te encuentres desprevenido cuando tengas que hacer el gran viaje del tiempo á la eternidad. Hoy es el dia del Señor, dia especialmente consagrado á la devocion. Aun que solo nos reunimos de noche para ofrecer el divino sacrificio, han llegado ya algunos de nosotros. ¡Qué gozo, qué triunfo para nosotros si podemos llevar al redil una oveja estraviada!»

Habia un no sé qué de seductor, de generoso en esta invitacion, que Apecides se sintió enternecido y como subyugado. Sentia mas vivamente que nunca la necesidad de tener una fe. Deseaba además conocer esos ritos cristianos que habian dado lugar á tantos rumores contradictorios, todos mas ó menos horribles.

Detúvose un momento, lanzó una mirada á su traje, y se estremeció pensando en Arbaces; pero levantó de nuevo los ojos sobre la frente tranquila del cristiano, y se sintió fortalecido. Envolvióse con su manto de manera que ocultase completamente su traje, y dijo:

«Guíame, ya te sigo.»

Olinto bajó hácia la orilla del rio, donde encontró una barca: entró en ella con Apecides, y á poco rato se hallaban ya en la ribera opuesta.

CAPÍTULO IX.

La asamblea de los fieles.

—

Despues de haber remontado el Sarno, Olinto y su nuevo discípulo desembarcaron en un arrabal. Siguieron muchos callejones y llegaron á la puerta de una casa un poco mas grande que las que le rodeaban. Olinto llamó tres veces, y la puerta se abrió para cerrarse de nuevo apenas hubieron pasado el dintel.

Atravesaron un corredor desierto y se detuvieron ante una segunda puerta.

« La paz sea con vosotros, dijo Olinto llamando otras tres veces.

— ¿Con quiénes? respondió una voz de dentro.

— Con todos los fieles, » repuso Olinto; y habiéndose abierto la puerta, introdujo Apecides en un aposento espacioso, que no recibia luz mas que por una ventana abierta al oriente.

Doce ó catorce personas estaban sentadas en semicírculo al rededor de una imágen de Jesucristo groseramente esculpida en madera y puesta sobre una mesa debajo de la ventana. Casi todas pertene-

cian á las clases inferiores de la sociedad, mas entre las que por su traje parecian de un rango mas elevado, Apecides reconoció un rico comerciante de Alejandría y un oficial de la guardia.

Cuando entró Olinto todos los asistentes levantaron los ojos, mas sin romper el silencio. Olinto se acercó á la cruz, se arrodilló respetuosamente, y despues de haber rogado algun tiempo en voz baja, se volvió de cara á la asamblea.

«No estrañeis, hermanos mios, dijo, ver entre vosotros un sacerdote de Isis. Ha vivido con los ciegos, pero sus ojos se han abierto á la luz: desea ser instruído y conocer la verdad.

— ¡Que sea admitido! respondieron los fieles.

— No te impondrémos el juramento de no hacernos nunca traicion, continuó Olinto dirigiéndose á Apecides. Verdad es que no existe en el dia ninguna ley positiva contra nosotros; pero la multitud, mas cruel que los que la gobiernan, manifiesta intenciones que nos obligan á tener secretas nuestras asambleas.

«No te queremos sin embargo ligar. Puedes hacernos traicion, si bien tenemos la confianza de que respetarás á unos hombres que no desean mas que tu felicidad: somos superiores al temor de la muerte. Sostenidos por la gracia divina, no tememos ni los tormentos del potro, ni las garras del leon, ni la oscuridad del sepulcro; porque lo que es una

muerte vergonzosa para el criminal, para el cristiano es un triunfo.

«Vienes aquí como observador: ¡ojalá que te ilumines, te conviertas y permanezcas entre nosotros! Ya ves cual es nuestra religion. Esta cruz es la única imágen que tenemos. No es, como vuestros dioses, un ídolo; es un recuerdo de la pasion y de la muerte de nuestro Salvador. Esos rollos, cuya lectura acabamos de interrumpir, encierran todas nuestras leyes y nuestros misterios. Son los santos Evangelios y los escritos de los apóstoles. Por lo que toca á nuestra moral, está en nuestra vida. Hemos sido pecadores: mas ¿quién podrá en la actualidad acusarnos de ningun crímen? No nos glorificamos sin embargo de ello, porque sabemos que *toda gracia escelente y todo dón perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las luces.*»

«Medon, dijo en seguida Olinto al anciano que tenia los Evangelios, tú no eres libre; tú eres esclavo: mas como en el cielo los últimos serán los primeros, así es entre nosotros. Continua la lectura, ya te escuchamos.»

Terminada esta, se oyó llamar lijeramente á la puerta. Dieron la consigna, abrióse aquella, y dos niños, el mayor de los cuales podia tener siete años, entraron tímidamente en la sala. Eran los hijos del dueño de la casa, que habia sido un salteador de caminos en la Siria, de donde era oriundo.

Corrieron hácia Olinto, que les estrechó entre sus brazos. Vióse entónces á aquellos hombres avezados á todas las vicisitudes de la vida, combatidos por las tempestades de las persecuciones y armados todavía contra la muerte, agolparse en torno de la inocencia y sonreirle con dulzura y bondad.

Olinto abrió el rollo, é hizo que los niños repitiesen despues de él la hermosa plegaria á que damos el nombre de *Oracion dominical*; y luego les recordó, con las espresiones mas tiernas y sencillas, el amor del Salvador por la infancia, manifestado en aquellas palabras suyas á los apóstoles: *Dejad que vengan á mí los niños, y no les estorbais, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Acaso se debió á ese celo que ponian los cristianos en instruir á los niños y en acostumbrarlos á los ejercicios de la religion, lo que dió orígen á la odiosa calumnia esparcida entre los idólatras contra los discípulos de Jesucristo, á quienes acusaban de inmolar secretamente niños en sus ceremonias.

El arrepentido padre pareció como que encontraba en la inocencia de sus hijos la prenda del perdon de sus propios crímenes; y sonreíase de felicidad al verles, con los ojos bajos, repitiendo las sagradas palabras. Cuando despues corrieron hácia él, les estrechó contra su corazon, les cubrió de besos y los bañó con sus lágrimas; lágrimas de do-

lor y de alegría, de arrepentimiento y de esperanza, de amor á Dios y á sus hijos.

Apecides, cuyo corazon habia estado por mucho tiempo seco y árido, no pudo ver esta escena sin enternecerse profundamente. Su emocion subió de punto cuando vió entrar por una puerta interior un venerable anciano apoyado en un baston.

Levantóse toda la asamblea con el mayor respeto, y Apecides al contemplar su fisonomía tan dulce como imponente, se sintió atraído hácia él por una simpatía irresistible. Es que, segun supo mas tarde, habia reposado sobre sus facciones la sonrisa del Hombre-Dios, y esa sonrisa no se habia borrado jamás de ellas.

Los hijos del Sirio se acercaron tambien al anciano, el cual les abrió los brazos diciendo: «¡Que el Señor sea con vosotros, hijos mios!» ¡Qué hermoso era ver los dos estremos de la vida mezclarse en dulce desahogo; por un lado los arroyos saltando de sus fuentes, por otro el majestuoso rio llegando al océano de la eternidad!

«Ves, padre mio, dijo Olinto, tú á quien el Salvador se dignó arrancar del sepulcro para que dieses testimonio de su poder y de su bondad, hay un estranjero en nuestra asamblea: un nuevo cordero ha sido conducido al Señor.

— Dejadme que le bendiga,» dijo el anciano.

Apecides se adelantó hácia él como instintiva-

mente, y se postró á sus piés. El anciano puso sus manos sobre la cabeza del sacerdote de Isis, y le bendijo. Mientras que sus labios se agitaban dulcemente, tenia los ojos levantados al cielo, y corrian por sus mejillas alguna de esas lágrimas que solo vierten los santos en la esperanza de la felicidad de los demás. Los niños se pusieron á cada lado del jóven griego, cuyo corazon era como el de estos, cual si en uno de estos se hubiese trasformado para entrar en el reino de los cielos.

Al salir de la asamblea Apecides volvió al lado de su hermana, á quien no habia vuelto á ver desde la víspera. Iona se habia quejado muchas veces de su frialdad para con ella; habia pensado amenudo en las arrugas prematuras que surcaban la frente de su hermano, en sus labios que no conocian la sonrisa; y gemia al imaginar que el servicio de los dioses pudiese echar una sombra tan negra sobre esa tierra que ellos mismos habian creado.

Aquel dia al entrar en su casa sus facciones ostentaban una calma cual no la habia visto en ellas hacia muchos años, y en sus ojos hundidos se pintaba una espresion de dulzura y de tranquilidad que la sorprendió.

«Ayer noche te retiraste muy temprano, dijo ella; no me diste tiempo para darte las gracias por lo que hiciste por mí. ¡Bendígante los dioses!» y le abrazó.

—¡Los dioses! respondió Apecides. No digas esto. ¡Los dioses!... ¿y si no hubiese mas que uno?

—¡Hermano mio!

—¿Si fuese verdadera la sublime fe de los cristianos? ¿Si Dios fuese uno é indivisible? ¿Si todas esas divinidades cuyos altares llenan la tierra no fuesen mas que malos genios que quieren engañarnos?

—¡Ah! hermano mio, ¿habrian acaso turbado tu razon los penosos deberes á que estás condenado? Nunca te he oído hablar de esta suerte. No es que yo repruebe la doctrina de los nazarenos; mas este cambio repentino me asusta... Ven á mí, Apecides; ven, hermano, dame tu mano; déjame enjugar tu frente.

—No temas por mi razon, Iona, dijo el jóven acercándose á su hermana y mirándola con ternura. Léjos de oscurecerse, confio verla muy pronto iluminada con esa luz por la cual hace tanto tiempo que suspiro, y espero que me permitirás algun dia ilustrar la tuya. Cuando las tinieblas habrán sido arrojadas de mi espíritu y reinará en él la verdad, nos verémos mas amenudo, hermana mia. ¡A Dios!»

Apenas hubo Apecides salido del aposento de su hermana cuando fueron introducidos Glauco y Nydia. Iban á pedir noticias de Iona, y la encontraron llorando.

Confesóles el estraño cambio que habia observado en su hermano, y los temores que la atormentaban.

«¡Ah, señora! dijo Nydia, olvidando que era su amo á quien tocaba responder, no temais por vuestro hermano. Estraviado durante algun tiempo por los sofismas del gran sacerdote de Isis, su alma generosa se ha sublevado por fin contra los tenebrosos manejos de ese hombre; siendo esta, no lo dudo, la única causa de la indiferencia que hácia vos tenia, de esa sombría melancolía que, como decís vos misma, minaba sordamente su existencia. Consolaos: pronto le veréis tal como le deseais, felíz y satisfecho, porque una de las ventajas de nuestra fe es no solamente asegurar nuestra felicidad en el cielo, si que tambien hacer nuestra dicha en la tierra.

—¡Ojalá que se cumpla, hija mia, repuso Iona, el augurio que encierran tus palabras! Pero decidme, Glauco, ¿conoceis esa nueva religion de que me ha hablado mi hermano? He oído muchas veces á una de mis amigas alabar las virtudes de los cristianos.

—Yo no he intentado jamás profundizar sus misterios ni conocer su vida, dijo Glauco; diré tan solo que á juzgar por la dulzura, la igualdad de ánimo y la resignacion de una persona de esta secta con la cual he conversado muchas veces, no puedo menos de hacer justicia á los principios que profesa.»

Al decir estas palabras Glauco designaba con los ojos á la cieguecita, pero esta era demasiado mo-

desta para sospechar siquiera que se dirigian á ella los elogios que oía.

«Los nazarenos, añadió Glauco despues de una breve pausa, no han carecido de hombres de genio, y hasta han ganado á muchos entre los areopagitas de Atenas. Me acuerdo todavía que mi padre nos hablaba amenudo de un cristiano llamado Pablo (1), que estuvo en Atenas hace mucho tiempo.

«Hallábase un dia mi padre entre la multitud que estaba reunida en una de nuestras colinas para escuchar á ese sabio del Oriente. No se oía ni el mas leve murmullo: enmudecieron delante de él el ruído y las burlas con que eran recibidos nuestros oradores, y cuando en lo alto de la colina se levantó en medio de la muchedumbre aquel hombre estraordinario, su figura y su aire solos, inspiraban respeto.

«Era de mediana estatura, pero tenia una fisonomía noble é imponente: su vestido era ancho y de color oscuro, y el sol, que se hallaba entónces en su ocaso, daba no sé qué realce á la estrañeza de esa aparicion tan nueva para los atenienses. En sus facciones se veían las huellas de los trabajos que habia sufrido, de las vicisitudes por las cuales pasara; pero sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural, con un fuego divino.

«Cuando levantó los brazos para anunciar que iba

(1) El apóstol san Pablo. *(Actas de los apóstoles.)*

á hablar, lo hizo con la majestad de un hombre sobre el cual ha descendido el espíritu de Dios. «Atenienses, dijo, he encontrado entre vosotros un altar con esta inscripcion: *Al Dios desconocido.* Ahora bien, yo os anuncio hoy á ese Dios que habeis adorado hasta al presente sin conocerle.»

«Declaró en seguida que el soberano Creador de todas las cosas no habitaba en templos construídos por mano de hombres. Habló del fin del mundo y de la resurreccion de los muertos, de la cual habia recibido el hombre una seguridad en la resurreccion de Aquel que venia á anunciar al mundo. A esta palabra de resurreccion contestaron nuestros filósofos con esclamaciones de desprecio; mas el pueblo se hallaba conmovido y temblaba sin saber por qué; era que el estranjero poseía la voz y la majestad de un hombre á quien el Dios desconocido habia dado el encargo de predicar su fe.»

Iona escuchaba con atencion, y el tono serio de Glauco revelaba la impresion que produjeran en otro tiempo en su espíritu las palabras de su padre.

Hubo un momento de pausa. Iona fué la primera en romper el silencio, y dijo á Glauco:

«Cuando ayer me trajísteis aquí medio desmayada, no pude preguntaros cómo habíais ido á salvarme Apecides y vos de las manos de Arbaces; y hace poco estaba tan preocupada por lo que veía de estraño en las maneras de mi hermano, que he

olvidado enteramente el peligro que corriera. Sin duda lo ha olvidado tambien él, porque no me ha dicho ni una palabra de lo que habia pasado.

— Preguntádselo á Nydia, respondió Glauco; á ella y no á nosotros es á quien debeis dar gracias.»

Nydia se puso colorada, y el ateniense tuvo que hablar por ella.

Despues que Iona supo todo lo que deseaba:

«Ven, Nydia mia, dijo con gran ternura á la cieguecita, ven á mis brazos. ¿No te habia dicho que serias mi hermana y mi amiga? ¿No eres ya tú mas que esto, mi guarda y mi libertadora?

— No merezco tanta bondad, señora, respondió la modesta Nydia sin levantarse.

— ¡Ah! yo olvidaba, repuso Iona, que era á mí á quien tocaba ir hácia ti.»

Acercóse á la ciega y la estrechó tiernamente entre sus brazos.

— «Pero ¿cómo sospechaste, dijo la ateniense, el peligro que me aguardaba en casa de Arbaces?

— Habia oído hablar de los vicios de este hombre. He sido esclava de gente viciosa, y los amos á quienes servia eran hechuras suyas.»

Iona se dirigió en seguida á Glauco, y le preguntó qué habia sido del Egipcio.

«Anda quizás errante por las riberas de la laguna Estigia, respondió Glauco; sin embargo no he oído hablar de su muerte.

— ¡Que los dioses se apiaden de él!» añadió Iona.

Un instante despues Glauco se retiró con su esclava.

CAPÍTULO X.

Apecides y el hijo de la viuda.—El gladiador Lydon.

—

Al separarse de su hermana, en vez de volver al templo de Isis, Apecides se paseó por los alrededores de la ciudad hasta el caer la tarde. Por la noche se fué á casa de Glauco y le pidió asilo por algunos dias, á fin de librarse de las asechanzas de Arbaces. Deseoso Glauco de saber lo que habia pasado en su alma durante el dia, le dirigió algunas preguntas; pero Apecides no estaba dispuesto á responder, y su amigo, respetando su silencio, le dejó abandonado á sus reflexiones.

Apecides, que hacia mucho tiempo que no conocia el reposo, durmió aquella noche con una calma profunda y con un sueño no interrumpido.

Al dispertarse al dia siguiente sintióse aliviado; y saliendo de la morada de su amigo, antes que este se levantase, dejó la ciudad, fuése á las orillas

del Sarno y se dirigió á un sitio aislado hasta donde no llegaba ningun ruído.

No era aquel sin embargo el silencio de la noche; el lagarto y la cigarra se deslizaban por entre el cesped, y en la opuesta orilla la graciosa y blanca cabra ramoneaba la yerba, ó se detenia para beber en la corriente.

Mientras que el ateniense fijaba su mirada distraída en el agua que corria á sus piés, llegó á sus oídos el débil ladrido de un perro.

« Calla, mi pobre amigo, dijo una voz, tu amo no teme al estranjero. »

Apecides reconoció la voz, y volviéndose descubrió al anciano á quien habia visto en la asamblea de los cristianos.

Este hombre venerable estaba sentado sobre un pedazo de roca cubierto de musgo. Habia dejado su palo y su saco, y á sus piés descansaba un perrito, sú compañero de viaje. Apecides se acercó, pidió al anciano su bendicion y sentóse á su lado.

« Os veo en traje de camino, padre mio, dijo Apecides; ¿vais á dejarnos?

— Hijo mio, son poco numerosos los dias que me falta vivir aquí bajo, dijo el anciano, y los empleo como conviene viajando de un lugar á otro y proclamando delante de todos los que pueden oirme la gloria del Hijo de Dios que se ha revelado en su servidor.

—¿Me han dicho que habeis contemplado el rostro del Cristo?

—Y él mismo me ha resucitado de la muerte. Sabe, jóven neófito, que yo soy aquel que nuestro Salvador volvió á su madre, y del cual habla el Evangelio.

«En la ciudad de Naim, en Judea, vivia una viuda humilde de espíritu y de corazon triste, porque de todos los lazos que la unian á la vida, solo le quedaba uno, su hijo, al cual ella amaba tiernamente. Mas este hijo murió: rompióse la caña en que se apoyaba, y el aceite se secó en el cántaro de la viuda.

«Llevábanlo ya muerto y llegaba la fúnebre comitiva á las puertas de la poblacion, cuando se encontró con el Hijo de Dios. La madre seguia el acompañamiento, y lloraba en silencio, pero la multitud que la rodeaba veía bien que su corazon estaba desgarrado.

«Compadecido el Señor se acercó al féretro y dijo á la viuda: «No lloreis.» Y luego haciendo parar la comitiva, se dirigió al muerto. «Jóven, levántate; yo te lo mando.» Y el muerto se dispertó y contempló la faz del Señor.

«¡Oh! yo no olvidaré jamás aquella frente tranquila y majestuosa, aquella sonrisa indefinible, aquel rostro donde se reflejaba el dolor que llenaba su alma, templado por la mas ardiente caridad. Me

levanté; hablé; estaba vivo y en los brazos de mi madre! Sí, este muerto devuelto á la vida, soy yo...

«Al ver aquel prodigio el pueblo esclamó: «Dios ha visitado su pueblo: hase levantado entre nosotros un gran profeta!» En cuanto á mí no oía, no sentia nada; yo no veía mas que el rostro de mi Salvador.»

El anciano se detuvo profundamente conmovido, y Apecides no pudo menos de esperimentar un cierto espanto: ¡hallábase en presencia de un hombre que habia conocido el *misterio de la muerte!*

«Hasta aquel momento, prosiguió el hijo de la viuda, habia sido, como el comun de los hombres, un atolondrado, y que no pensaba en las cosas de la vida; mas despertado del sueño terrible de la muerte, cuyos misterios no me es permitido revelar, vuelto á la tierra para dar testimonio del poder del Salvador, pareció como que habia tomado una nueva existencia en la mortaja.

«¡Oh desgraciada Jerusalen! ¡yo he visto el que me habia devuelto la vida, condenado á una horrible muerte! Mezclado entre la muchedumbre que rodeaba la cruz, oí las imprecaciones de que llenaban al Hijo del hombre. Quise hablar en su defensa: nadie me escuchó. Entónces y en medio de su agonía sonrióme, y me quedé mas tranquilo.

«Las tinieblas cubrieron la tierra; atravesó la os-

curidad un grito fuerte y prolongado... y todo volvió á quedar en silencio.

«Mas ¿quién es capaz de describir los terrores de aquella noche horrible? Yo recorria la ciudad; la tierra temblaba; las calles desiertas de vivos estaban pobladas de *muertos*. Cubiertos con sus mortajas, los cadáveres salidos de sus sepulcros se deslizaban por delante de mí, y al pasar me miraban. Eran hermanos, amigos; se habian levantado para decir á los vivos que la muerte habia sido vencida.

«Desde aquella noche, no tuve otro pensamiento que el de servir á mi Salvador. Predicador y peregrino, he recorrido las mas apartadas comarcas anunciando en todas partes su divinidad. Yo te la anuncio hoy, hijo mio: ¡quiera el cielo que la reconozcas! Probablemente no volverémos á vernos mas en la tierra, pero no olvides esta hora. ¿Qué son los placeres y las pompas de esta vida? A la manera de una lámpara, la existencia brilla un momento y se apaga; mas de ti depende el vivir eternamente en el seno de Dios.

«Pronto serás llamado á dar testimonio de la verdad; no pierdas un instante en hacerte instruir en los dogmas de nuestra fe, á fin de que merezcas la gracia de la regeneracion espiritual. Yo he hablado de ello á Olinto, y serás bautizado muy pronto.»

Despues de haber conversado algun tiempo mas con Apecides acerca de las consoladoras verdades

del Evangelio, el anciano se levantó y dijo: «Ahora, hijo mio, voy á proseguir mi camino hácia Roma; allí habitan todavía algunos santos hombres quienes, como yo, han tenido la dicha de contemplar la faz de Jesucristo, y quiero verles antes de morir.

—Pero el camino es largo, padre mio; y ¿no temeis los ladrones?

—¿Qué hay que tentarles pueda en este saco? ¡Oh! nadie puede comprender lo que siente el peregrino cuando emprende su piadosa ruta: no teme ningun peligro, porque Dios está con él: para él la noche es tan segura como el dia.»

Despues de estas palabras el anciano estrechó á Apecides contra su pecho, dióle su bendicion, y le alentó de nuevo á que perseverase en la carrera en que acababa de entrar. Tomó su baston y su saco, y precedido de su perro prosiguió su camino lentamente y con los ojos bajos.

Los árboles le ocultaron pronto de la vista del jóven, á quien su desaparicion hizo volver en sí de su ensimismamiento. Acordóse que Olinto le aguardaba, y volvió á tomar el camino de la ciudad.

Al llegar cerca de las puertas, en la entrada de la *calle de los sepulcros*, encontró á Medon, el anciano esclavo á quien habia oído la víspera en la asamblea de los cristianos. Medon estaba sentado en la gradería que conducia á la habitacion de Dio-

medes, su amo, y miraba el movimiento de los coches que se detenian delante una especie de fonda situada en frente de la casa.

Estendíase al otro lado un vasto espacio que habia servido de cementerio á los antiguos habitantes del lugar, y que entónces estaba convertido en *Ustrinum*, ó plaza donde se quemaban los muertos. Sin embargo los sepulcros con su follaje, sus flores y sus graciosas formas nada quitaban á la belleza pintoresca de los alrededores.

Cerca de la puerta de la ciudad estaba de pié en una especie de garita, un soldado romano, cuyo casco y lanza brillaban á los rayos del sol. La puerta estaba dividida en tres arcos, el de en medio para los carruajes y los otros dos destinados para la gente que iba á pié. Elevábanse á derecha é izquierda las macisas murallas de la ciudad, defendidas por torres cuadradas y muy inmediatas las unas á las otras. Aquella era la puerta por donde se salia para ir á Herculano.

Antes que Apecides llegase cerca del esclavo, acercóse á este un hombre que le llamó su padre. Deseando oir lo que iban á decirse aquellos dos personajes de los cuales el uno era cristiano y el otro parecia gladiador, acercóse, saludó á Medon, que le reconoció al momento, y en seguida se desvió un poco.

«¡Qué dichoso soy en verte, hijo mio, mi que-

rido Lydon! esclamó el viejo lleno de alegría. ¡Ah! ¡estaba pensando en ti!...

—Espero, respondió Lydon, tocando respetuosamente las rodillas y la barba del esclavo; espero que pronto estaré siempre presente para vos, no solo en el pensamiento, sino en realidad.

—No será en este mundo, replicó el anciano con tristeza.

—No digais esto, padre mio; mas esperad conmigo. He sido desafiado; estoy seguro de salir vencedor, y el premio de mi victoria será el rescate de vuestra libertad.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! los motivos que te mueven á obrar son generosos y dignos de tu corazon, pero el acto en sí es culpable. Morir por su padre es un sacrificio que el cielo se complace en recompensar; pero cuando este sacrificio se manifiesta sin necesidad por una victoria que cuesta la vida á un hombre, es un crímen odioso. ¡Ah! preferiria permanecer esclavo hasta la muerte que obtener la libertad con tales condiciones. Dios nos permite defendernos cuando somos atacados; pero mira con horror esos juegos bárbaros en los cuales un hombre mata á su contrario á sangre fria, para divertir á una multitud ciega y feroz.

—Esas nuevas creencias son las que os han infundido esas estrañas ideas sobre lo justo é injusto; pero si conociéseis, padre mio, á esos miserables

con quienes me he asociado por amor de vos, para daros la libertad, me agradeceríais el que purifique la tierra de ellos. Desde que habeis abrazado el culto de los nazarenos me siento mas confirmado en la resolucion que vituperais.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir?

—Vos sabeis que, vendido desde mi infancia como esclavo, fuí manumitido en Roma por mi amo, á quien tuve la dicha de agradar. Vine á Pompeya para veros, y os encontré anciano y enfermo, y encorvado bajo el yugo de un amo caprichoso. Acabábais de abrazar esa nueva fe, y esta fe os hacia doblemente penosa la esclavitud, porque estábais obligado á desempeñar funciones que estaban quizás en desacuerdo con vuestros principios religiosos; digo quizás, porque sé muy bien que si se trataba de una accion positivamente contraria á vuestras creencias, no vacilaríais, como me lo han contado de muchos otros cristianos, á sacrificar si preciso fuese vuestra vida por vuestro Dios.

«Yo no comprendia, lo confieso, ni puedo comprender todavía nada en ese nuevo culto; pero soy vuestro hijo, y es deber mio compadeceros y aliviaros. Asaltóme una idea como un rayo de luz partido del Olimpo. No tenia dinero, pero estaba dotado de fuerza y juventud; podia pues, vender esos dónes que recibiera de vos, para sacaros de una esclavitud penosa.

«Me hice pues gladiador, asociéme á esos hombres perversos, y adquirí su arte. ¡Afortunadas lecciones!... ¡Ellas me valdrán la libertad de mi padre! ¡Valor pues, padre mio; valor y esperanza! es necesario que os deje: me aguardan. Pronto nos volverémos á ver.»

Medon quiso contestar, mas el gladiador no le dió tiempo para hacerlo. Alejóse precipitadamente y desapareció.

«Bendígate el cielo, hijo mio, dijo Medon con los ojos anegados en llanto; que el Dios poderoso y misericordioso te saque de tu error, y te proteja contra las seducciones de esos hombres de sangre á los cuales estás unido!»

El anciano calló, y ocultando su cabeza entre sus manos, permaneció algun tiempo en una profunda meditacion. Acercóse á él Apecides.

«Ved, dijo el esclavo, hasta donde puede llevar la piedad filial á un hombre ardiente é impetuoso á quien no ilumina la luz divina. Mas si yo no tengo ninguna autoridad sobre él para impedirle que haga mal, el Señor en su infinita bondad acogerá mis ruegos y los de todos los santos que componen nuestra asamblea.

—Lo espero como vos, respondió el jóven griego. Dios se compadecerá de la generosa intencion de vuestro hijo, y os devolverá la libertad sin necesidad de que se derrame sangre.»

Y despues de haber repetido el esclavo su conversacion con el venerable anciano que el dia antes habia estado en la asamblea, Apecides le dejó y se apresuró á ir á encontrar á Olinto.

CAPÍTULO XI.

Vida de los ociosos de Pompeya. — Baños públicos.

—

Mientras que Apecides escuchaba con piadosa atencion las instrucciones de su nuevo maestro, Glauco, completamente entregado á la esperanza de ser pronto esposo de Iona, atravesaba alegremente las calles de Pompeya. Penetró en la de la Fortuna, limitada en sus dos estremos por arcos de triunfo, y pasó por delante del templo dedicado á la misma divinidad.

Este templo, cuyo pórtico habia sido construído por individuos de la familia de Ciceron, era uno de los modelos mas graciosos de la arquitectura romana. Elevábase sobre un largo *podium;* el altar de la diosa estaba colocado entre dos escaleras que daban á un terraplen, desde el cual otra escalera conducia al pórtico. A poca distancia del templo se veía

el arco de triunfo coronado con la estátua ecuestre de Calígula.

Glauco se encontró prònto en medio de un grupo de amigos que le detuvieron al paso.

« ¡ Ah ! dijo Salustio, jóven epicúreo de la época, hace un lustro que no os veía.

— ¿Y cómo habeis pasado este lustro ? preguntó Glauco. ¿Qué nuevo manjar habeis inventado?

— Heme ocupado en las ciencias ; he hecho algunos esperimentos sobre el modo de engordar las lampreas ; pero desconfio llegar á esa perfeccion que habian alcanzado nuestros antepasados. ¿Porqué no nos ha de ser permitido, como á ellos, darles á comer esclavos? No hay nada como la carne humana. Mas de una vez he estado tentado de echar en el estanque mi gordo despensero.

— ¿ Qué hay de Roma? preguntó Lépido interrumpiendo al epicúreo y acercándose al corro con la indolencia que le caracterizaba.

— El emperador, respondió Salustio, ha dado una magnífica comida á los senadores. Mas si es, como dicen, tan bueno que no despide jamás á un pretendiente sin haberle otorgado su demanda, deberia permitirme matar un esclavo para mis lampreas.

— Os lo permitiria probablemente si os dirigiéseis á él, dijo Glauco : porque el que concede un favor á un romano lo hace siempre á espensas de alguno... Estad persuadido que por cada sonrisa que

hace nacer Tito, muchos ojos han derramado lágrimas.

—¡Viva Tito! gritó Pansa, el edil de Pompeya, que habia oído el nombre del emperador; ha prometido una plaza de cuestor á mi hermano, que se ha arruínado y que...

— Y que ahora, continuó Glauco con maliciosa sonrisa, quiere enriquecerse á espensas del pueblo...

— Eso mismo, dijo Pansa con cínica frialdad.

— A propósito, repuso Salustio dirigiéndose al edil, ¿cuándo tendrá lugar el combate de fieras que nos habeis prometido?

— Muy pronto. Está fijado para los idus de agosto, al dia siguiente de las fiestas de Vulcano. Tendrémos para aquel dia un leon jóven de los mejores.

— ¿Y qué le darán de comer? preguntó Salustio.

— No sé, respondió Pansa. Hay en el dia una escasez verdaderamente estraordinaria de criminales.

— Será pues preciso buscar un inocente para vuestro huésped, replicó Lépido. Es en verdad una ley infame la que nos prohibe entregar nuestros esclavos á las fieras; es un atentado contra la propiedad; esto sin contar con que esa pretendida generosidad para con nuestros esclavos priva al pueblo de sus mas dulces placeres. Si al menos, como

en otro tiempo, los nazarenos pudiesen servir...

—¡Bah! dijo Glaucó con un tono medio severo, medio burlon; antes de ir á buscar culpables entre los nazarenos, presumo que se encontrarian bastantes entre los que se abstienen de comer carne, que afectan andar descalzos, y que pasan, segun se dice, la noche en oraciones, tales como los sacerdotes de Isis.»

Estas palabras hubieran parecido temerarias á Pansa, si en aquel instante no hubiese dirigido su atencion á algunos estranjeros que pasaban por su lado. Oyó sin embargo el nombre de Isis, y volviéndose á sus amigos:

«¿Sabeis, dijo, que los sacerdotes de Isis han tenido últimamente una grande alarma? Han encontrado á su superior bañado en su propia sangre. A su lado estaba la cabeza de la diosa, que el terremoto habia sin duda derribado de su pedestal.

«No se sabe sin embargo qué pensar de este acontecimiento, pues Arbaces se ha negado á responder á las preguntas que se le han dirigido. Hablaba de vengarse él mismo del ultraje que habia recibido en su propia morada, de castigar á los infames que habian puesto sobre él una mano sacrílega.

«Yo lo siento sinceramente por él, por mas que pase á los ojos de todo el mundo por un mago y un astrólogo. Agripa, siendo edil de Roma, desterró de ella á todos esos temibles ciudadanos. Pero un hombre rico y poderoso cual es ese Egipcio.....

ya comprenderéis que es un deber del edil proteger á los ricos.

«No es lo mismo con esos pobres y despreciables adoradores de un dios hebreo, al cual llaman el Cristo: no hay entre ellos una persona de distincion. Y en efecto ¿qué hombre de razon podria abrazar el partido de esos miserables?...

—Os engañais, Pansa, repuso Glauco. Encontraréis cristianos de ilustre nacimiento en Roma, y hasta en la misma córte del emperador.

—Estos son mas culpables, puesto que arrastran al pueblo. Merecerian ser castigados como su Dios, no fuese mas que por sus blasfemias.»

Glauco no replicó apesar de lo mucho que deseaba hacerlo: temia que se volviese á hablar de Arbaces, lo que no hubiera dejado de turbarle.

«Mas es preciso que os deje, amigos mios, prosiguió diciendo Pansa, para visitar el *Ærarium* (tesoro público), que necesita de algunas pequeñas reparaciones.»

Y seguido de sus clientes, que se distinguian del resto de la multitud por sus togas (porque la toga, que era en otro tiempo el traje del ciudadano libre, se habia convertido en signo de dependencia de un patrono), el edil se alejó á pasos precipitados.

«¡Pobre Pansa! dijo Lépido, nunca tiene tiempo para sus placeres. Doy gracias al cielo de no ser edil. Pero decidme, Glauco, ¿os ha invita-

do Diomedes al gran festin que da esta semana?

— Sí; esta mañana he recibido su invitacion.

—Y yo tambien, dijo Salustio sacando del cinto un pedazo cuadrado de papiro (1). Aunque plebeyo é hijo de un liberto, Diómedes es rico como Creso. Es un honor para él que nosotros los patricios le ayudemos á arruinarse.

—¿Qué os parece de ir al baño? preguntó Lépido; esta es la hora en que va todo el mundo.»

Salustio aceptó gustoso la proposicion, y arrastró á Glauco consigo.

Aunque las *Termas*, ó baños públicos, fueron instituídos para los pobres mas que para los ricos, puesto que estos tenian baños en sus casas, encontrábanse siempre en ellos personas de todas clases, que se reunian allí para conversar ó entregarse á ese dulce *far niente*, tan grato aun á los italianos meridionales.

Los amigos entraron por la puerta principal que daba á la calle de la Fortuna. Allí estaba sentado el dueño de los baños con dos cepos, uno para el dinero que recibia, otro para los billetes que entregaba.

Al rededor de las paredes del pórtico habia bancos llenos de gente. El principal asunto de la con-

(1) Los romanos usaban como nosotros billetes de convite indicando la hora de la comida ó de las reuniones.

versacion, despues que se hubieron desvanecido los temores causados por el terremoto, era el anunciado espectáculo del anfiteatro. Todos estaban curiosos por saber si la ciudad habia tenido la suerte de encontrar algun gran criminal, tal como un sacrílego ó un asesino que pudiese servir de pasto á los leones.

Despues de haber aguardado algun tiempo, Glauco y sus compañeros fueron introducidos en los baños.

Entraron en una sala bastante espaciosa que servia de *apodyterium*, ó sea al lugar donde los bañistas se preparaban para sus abluciones.

El techo abovedado descansaba sobre una cornisa cubierta de pinturas grotescas; estaba dividido en tableros blancos con los bordes de carmesí. El pavimento era de mosaico, y á lo largo de las paredes habia bancos para comodidad de los concurrentes.

Aquella sala no tenia esas numerosas y anchas ventanas que pone Vitruvio en su magnífico *frigidarium;* pues, como dijimos en otra ocasion, los habitantes de Pompeya, lo mismo que sus actuales descendientes, preferian la media luz; así que el cuarto de que hablamos no estaba iluminado mas que por dos ventanas cubiertas con cristales (1).

---

(1) Los descubrimientos hechos en Pompeya han probado que los romanos conocieron los cristales planos, si bien su uso no era comun en las clases inferiores.

Desde allí pasaban los bañistas á un edificio circular, para tomar en él un baño frio, ó al *tepidarium*, cuyo suave calor era conservado por un hogar movible y por un entarimado, por debajo del cual se hacia pasar el calórico del *laconicum*.

En este calor artificial era donde los que podríamos llamar bañistas de profesion, los que se bañaban hasta siete veces cada dia, permanecian en un estado de flojedad enervada y muda, sea antes, sea despues del baño. Víctimas de sus vanos esfuerzos para alcanzar la salud, veíase á esos hombres voluptuosos lanzar una lánguida mirada á las personas que entraban, y saludar con un movimiento de cabeza á los amigos que reconocian entre ellas; porque hasta temian el cansancio de la conversacion.

Desde el *tepidarium* los unos pasaban al *sudatorium*, que correspondia á nuestros baños de vapor, mientras que otros iban directamente al *calidarium* ó baño ordinario.

Al salir los bañistas eran sobados (1) por sus esclavos, que les frotaban con los ungüentos mas ra-

---

(1) La operacion del *masage*, empleada todavía en el dia en la medicina, consiste en la presion momentánea que se ejerce en los miembros con la mano para escitar el calor de la piel y de los tejidos que cubre.

ros, tales como el *amoracinum*, el *megalium* y *omne quod exit in um* (todo lo que acaba en *um.*)

«¡Bendito sea el que inventó los baños!» dijo Salustio al entrar en el *tepidarium*, tumbándose sobre uno de aquellos asientos de bronce, cubiertos de blandas almohadas, que se ven aun en el dia en las termas de Pompeya, y no abrió los ojos hasta mucho tiempo despues.

Tambien Lépido dió señales de que vivia por un largo bostezo, y Glauco, que aguardaba con impaciencia que hubiesen concluído, los llevó consigo fuera de los baños.

CAPÍTULO XII.

Nuevos proyectos de venganza.

—

Habian trascurrido muchos dias. Arbaces estaba sentado en un aposento cuya ventana daba al jardin. Su rostro demacrado llevaba todavía las huellas de los sufrimientos pasados; pero su cuerpo de hierro habia empezado ya á reponerse del accidente

que frustrara sus mas bellas esperanzas en el momento en que se creía seguro de la victoria. Su sangre circulaba de nuevo con mas libertad, y el aire embalsamado que respiraba reanimaba insensiblemente sus fuerzas.

«Con qué, decia para sí mismo, ha estallado sobre mi cabeza la tempestad de que me amenazaba el destino; mas ha pasado y vivo todavía. Hase cumplido lo que los astros me habian anunciado, y va á empezar la larga y próspera carrera que debe seguir al peligro.

«Puedo en la actualidad sin temor y sin cuidado ocuparme en mi feliz destino: quiero gozar ante todo el placer de la venganza.

«El jóven griego que se ha atrevido á contrastar mis proyectos, que se ha burlado de mí en el momento en que mi acero iba á bañarse en su sangre, no se me escapará otra vez. Despues verémos lo que hemos de hacer de Apecides, porque tambien él estaba allí..... ¡O venganza! si eres en realidad una diosa, lléname de tus inspiraciones. ¡De tí es de quien aguardo el medio de castigar al infame!»

El Egipcio cayó en seguida en una profunda meditacion, que pareció sin embargo no ofrecerle ninguna idea clara y que le satisfaciese. A medida que rechazaba los unos despues de los otros los proyectos que se ofrecian á su espíritu, cambiaba tambien de postura, se golpeaba el pecho y lamentá-

base en alta voz de la imposibilidad en que se veía de realizar sus crueles designios.

Mientras que de esta suerte se hallaba absorbido en sus pensamientos, entró Caleno tímidamente en su cuarto.

«¿Qué quieres? le gritó Arbaces con áspero tono. ¿No he dado órden de que no entrase nadie sin ser llamado? Retírate: necesito estar solo.

— Me perdonaréis el haber faltado á vuestras órdenes, respondió Caleno, cuando conozcais el motivo que me trae aquí. Hubiera querido evitaros este disgusto, pero vuestro honor me impone el deber de deciros todo lo que he sabido.

— ¡Pues bien! habla; ya te escucho; no me hagas aguardar mas tiempo.

— Apecides no ha vuelto á aparecer en el templo desde la noche en que os arrebató su hermana. Al dia siguiente le ví conversar en el Foro con Olinto. No hice grande alto en ello, pero ayer noche uno de vuestros esclavos lo ha visto salir de casa del nazareno, y temo que Isis haya perdido el sacerdote en quien habíais fundado las mas lisonjeras esperanzas.

— ¡O dioses! esclamó Arbaces con sorpresa y terror, si irá el desgraciado á divulgar nuestros misterios! ¡Qué gozo seria para los nazarenos, y sobre todo por Olinto, que conoce ya algo de ellos, y que no dejaria de aprovecharse de la debilidad

de Apecides para confundir á los que él llama impíos, discípulos del demonio!... ¡Infeliz de mí! en vez de querer matar á Glauco, hubiera debido asesinar antes á su compañero cuando le arranqué de las manos la espada que dirigia contra mí. Quizás nos hará mas daño del que Glauco podrá hacernos nunca.

—Sin embargo, Glauco va á robaros á Iona.

—¡Cómo! ¿no teme ya la venganza del gran sacerdote de Isis? Y sin embargo yo le ví temblar delante de nuestra diosa. ¿Ignora tal vez que no he muerto, y que puedo de un dia á otro hacer que se arrepienta de su loca presuncion? ¡Ah! ¡no conoce todavía á Arbaces!

—Todo el mundo sabe que vivís, y Glauco no puede ignorarlo.

—¡Tan hastiado está pues de la vida para atreverse de esta suerte á arrostrar mi cólera!

—No podré decíroslo. Lo que sé es que Iona, creyéndose acaso libre de sus deberes de pupila para con vos, le ha prometido su mano. Hasta se dice que el matrimonio debe verificarse dentro de algunos dias.»

El Egipcio cayó por detrás sobre su asiento, cual herido por el rayo, y su mirada asustó hasta al cómplice de sus artificios y de sus crímenes. Despues de un largo silencio Arbaces se volvió hácia Caleno.

«Es tiempo de obrar, dijo; pero ignoro aun lo que es preciso hacer para estorbar ese matrimonio. En vano me he roto la cabeza para encontrar un medio; ninguno se me ha ocurrido. ¿Conoces algun espediente pronto y seguro?

—Solo conozco uno, y es enviar á Glauco á un sitio de donde no pueda volver.

—Te comprendo. Este proyecto me sonrie hace tiempo; pero temo las leyes. ¡Son tan severas! ¡Ah! á no haberlo impedido el maldito terremoto, el insolente ateniense hubiera dejado de estorbarnos.

— Existen medios menos violentos y mas poderosos que el acero.

—¿El veneno tal vez?

—Vos lo habeis dicho.

—Es el único secreto de la naturaleza en que no me he ocupado. A la verdad que nunca lo he necesitado; y esto que he llegado siempre al objeto de mis deseos.

—¿No podria ayudaros la maga del Vesubio, ella que tan bien conoce las propiedades maléficas de las plantas, como sus virtudes medicinales?

—Tu idea no es mala, y te doy las gracias por ella. Mas ¿quién dará el veneno al Ateniense?

— Uno de nuestros confidentes..... El opulento Diomedes debe dar en uno de esos dias un espléndido banquete á la sociedad elegante de Pompeya, y he sabido que Glauco era uno de los convidados.

Pues bien, este Diomedes ha comprado últimamente un esclavo que yo he unido hace tiempo á mis intereses por los mas terribles juramentos. Yo no dudo que si á ese vínculo uno el peso del oro, se prestará con la mejor voluntad á todo cuanto pueda pedirle.

— Ea, Caleno, te perdono el haber venido á interrumpirme. Esta misma noche apesar de mi debilidad, iré á encontrar á la maga. Una litera me llevará hasta las inmediaciones de la caverna, y tú me acompañarás. »

« Astros brillantes que jamás mentís, continuó el gran sacerdote despues que Caleno se hubo marchado, vosotros empezais ya á realizar vuestras promesas ; vosotros vais á darme la victoria sobre mis enemigos..... En el mismo instante en que desesperaba de satisfacer mi venganza, me habeis enviado á ese hombre vil y lleno de vicios para inspirarme. »

Arbaces salió en seguida al pórtico. El cielo estaba sereno encima de Pompeya; pero el Egipcio sumamente versado en el conocimiento de los signos que anuncian los cambios del tiempo, reconoció por una masa de nubes que se elevaban á lo léjos sobre el horizonte que amenazaba una tempestad.

« Es como la venganza, dijo ; el cielo está despejado, mas la nube se acerca. »

Empezaba á declinar el dia cuando Arbaces, cuya vista se estendia por toda la campiña de las cercanías, descubrió á Apecides que se paseaba lentamente á la orilla de un arroyo. A su lado iba un hombre, en cuyos vestidos oscuros y calva frente creyó el Egipcio reconocer á Olinto.

«¡Hélos allí juntos! dijo con la amarga sonrisa de la rabia. Apecides se ha negado á unirse á nosotros para engañar á los hombres, y se junta para engañarlos á los nazarenos. ¡Qué locura! en vez de los placeres y de los honores que aquí le aguardaban, no encontrará mas que infamia y miseria!

«¿Qué son en efecto los nazarenos, sino la hez de la sociedad? ¿Quien fué el fundador de su religion? Un desgraciado que, por confesion de sus propios sectarios, no tenia donde descansar la cabeza; un revoltoso á quien los judíos ignominiosamente crucificaron.

«Conmigo ese jóven indiscreto hubiera vivido feliz bajo las apariencias de una vida austera; cristiano, será austero á su pesar..... Veo por sus ademanes que habla con calor: sin duda descubre á su indigno maestro esos misterios en los cuales nunca debí iniciarle. Pero paciencia; llegará el dia de la venganza; y si puedo arrastrar en su perdicion á Olinto y á sus discípulos, quedaré satisfecho.

«Hace mucho tiempo que los sectarios del Nazareno gozan de una libertad que traerá tarde ó tem-

prano para nosotros las mas funestas consecuencias. ¿Porqué el emperador que permite perseguir á esos impíos en algunos puntos de sus vastos dominios, nos prohibe cebarnos en ellos?

«Todas las leyes criminales son desatendidas, y la impunidad ha multiplicado los crímenes. Pero ¿qué hay que esperar de un príncipe que dice *que preferiria perecer él mismo que causar la pérdida de un solo hombre?* y ¿á eso llaman reinar?

«Los romanos ponen á las nubes algunos actos de munificencia; y acaba apenas de subir al trono. ¡Ah! poco conocen la ambicion del corazon humano. Neron fué tambien humano; por espacio de cinco años lo fué acaso mas que Tito. Verémos si la continuacion de este reinado corresponderá á sus bellos comienzos.»

CAPÍTULO XIII.

La tempestad. — La caverna de la maga.

—

En la hora en que iban aflojando los fuertes calores del dia, Nydia y su dueño salieron de Pompeya para comprar en las cercanías del Vesubio flo-

res para adornar la sala del festin el dia de las bodas de Glauco é Iona.

Los romanos usaban en aquella época diversas clases de carruajes: la *biga*, que servia á los ricos cuando iban solos; el *carpentum*, empleado para las matronas y que por lo comun era de dos ruedas, porque en las solemnidades públicas usaban un coche de cuatro ruedas, llamado *pilentum;* y en fin la *carruca* que se empleaba para los viajes y los paseos en el campo, y que podia contener tres ó cuatro personas. A la manera de nuestras calesas, la carruca tenia una especie de fuelle que se subia ó se bajaba segun se queria. Los antiguos servíanse además de literas mas cómodas que las que se usan en el dia, puesto que se podia ir echado en ellas con holgura.

Glauco y Nydia, acompañados de otro esclavo, iban en una carruca. El camino les condujo á través de viñedos y bosques de olivos, hasta que, subiendo mas y mas hácia las alturas del Vesubio, el terreno se fué haciendo tan áspero que las mulas no podian andar sino muy lentamente, y aun esto con dificultad.

Los costados del monte estaban entónces como acribillados por esas horribles cavernas descritas por Estrabon, pero que han hecho desaparecer las erupciones del volcan. El sol que iba á ponerse hacia mas imponente su aspecto por las sombras que sobre la montaña proyectaba.

Todo estaba en silencio en torno de nuestros viajeros; estendíanse sobre su cabeza algunas lijeras nubes que parecian estar inmóviles, tanta era la lentitud con que marchaban, y á su derecha veían de vez en cuando la tranquila superficie del mar que surcaban algunos barcos de pescadores.

«¡Qué hermoso nombre, esclamó Glauco como hablando consigo mismo, el de *madre* que damos á la tierra!

—Seria hermoso si fuese propio, añadió Nydia.

—No me acordaba, amiga mia, que tu enfermedad te impide contemplar las maravillas que tengo á la vista. ¡Pobre Nydia! te compadezco.

—No soy tan digna de lástima como creeis. Mi Dios comunica á los que le aman resplandores desconocidos para los que marchan en las tinieblas del error; y en la contemplacion de las perfecciones del Señor, para lo cual no tenemos necesidad de los ojos del cuerpo, encontramos maravillas muy superiores á las que estais admirando.

«A mas de que vendrá un dia en que mis ojos se abrirán y verán á Dios tal cual es. ¿Porqué pues he de sentir el no poder contemplar, cual los demás esas bellezas que se desvanecerán para vos desde que la mano helada de la muerte vendrá á cerrar vuestros párpados?

«¡Oh! mi padre sintió mas que yo la prueba á que el Señor nos sometiera; resignóse sin embar-

go, y á ejemplo suyo he sobrellevado hasta ahora mi ceguera con paciencia. Hasta he dado muchas veces gracias al cielo por ella, porque me ha impedido ver muchos horrores en la casa de donde me sacásteis.

«Mas lo que no he podido oir sin dolor es que deis á la tierra, á esa masa inerte que hollamos con nuestros piés el nombre de madre. Solo Dios merece nuestro agradecimiento por todos los bienes que sacamos de la tierra, porque es la bondad de Dios la que le da su fecundidad, de la misma manera que le ha dado su existencia y esas bellas formas que causan vuestra admiracion.»

Glauco no supo que responder. Sentia la oportunidad de la amistosa reprension de la cieguecita, mas su orgullo natural no le permitia confesarse vencido por una niña. Así pues proseguian silenciosamente su camino, cuando el ruído lejano del trueno les anunció la tempestad que se acercaba: un momento despues el cielo estaba casi todo cubierto de negras nubes surcadas por relámpagos.

Glauco dió órden al cochero que diese prisa á las mulas. Pronto retumbó el trueno mas cerca, y empezó á caer la lluvia á torrentes.

«¿Teneis miedo? preguntó el Ateniense á la ciega.

— Nó, respondio esta con calma. Mi padre me enseñó á no temer mas que á Dios.

Al mismo instante dió una de las ruedas de la carruca contra el tronco de un árbol, y saltándose aquella volcó el coche.

Afortunadamente ni Glauco ni sus compañeros se hicieron el menor daño. Despues de haber salido del coche lo levantaron; no podia empero servirles ya de abrigo, pues se habian roto los resortes del fuelle, y la lluvia caía con fuerza en el interior.

El cochero ofreció á su amo ir á llamar á un herrero, que habitaba en aquellas immediaciones, para que recompusiese la rueda.

«¡Está bien! anda, replicó Glauco: entre tanto procuraremos buscar un abrigo.»

El camino estaba poblado de árboles, y Glauco llevó á su jóven compañera bajo el mas copudo. Quitóse su manto y cubrió con él las espaldas de la ciega; pero mientras que estaba haciendo inútiles esfuerzos para abrigarla contra la lluvia, cayó un rayo en uno de los árboles que habia delante de ellos, hendiéndole de arriba abajo.

«No podemos permanecer aquí por mas tiempo, dijo Glauco asustado; pero nos hallamos á casi la mitad de la altura de la montaña, y debemos estar cerca de alguna caverna.»

Glauco se alejó algunos pasos, y descubrió en la oscuridad una luz roja que parecia no estar muy apartada.

Creyendo que aquel resplandor fuese el hogar de algun pastor ó viñador, volvió al momento al lado de Nydia, y seguidos del esclavo que iba temblando, se dirigieron hácia la luz que brillaba entónces con un resplandor mas vivo, y que de roja se habia cambiado en azulada.

Despues de una marcha larga y difícil pudieron distinguir á la luz de los relámpagos en la entrada de una caverna formada de varios fragmentos de roca, los contornos de una figura humana. En esta caverna era donde brillaba aquel resplandor misterioso. Al ver su interior Glauco retrocedió asustado.

Encima de un brasero, que ocupaba el fondo de la caverna, estaba colgado un pequeño caldero; una lámpara de un trabajo grosero, iluminaba la bóveda llena de multitud de manojos de yerbas colocadas con órden. Una zorra tendida delante del hogar hacía oir un ahullido sordo y amenazador.

En medio de la caverna habia una estátua de barro con tres cabezas de forma fantástica, la una de perro, la otra de caballo y la tercera de jabalí. Elevábase una trípode delante de esa grosera imágen de Hecate.

Pero lo que mas que todo asustó á Glauco fué el aspecto de la que habitaba aquel antro. Estaba sentada cerca del fuego una mujer anciana. Sus ojos hundidos é inmóviles despedian una mirada apagada

y que helaba; sus labios azules y arrugados, sus mejillas hundidas, sus cabellos lacios y de un gris pálido, su piel lívida, verde y semejante á la de un cadáver, todo en ella parecia pertenecer al sepulcro.

—¿Es un sér inanimado? preguntó Glauco.

—Nó: se mueve, dijo el esclavo que marchaba tímidamente detrás de Glauco y de Nydia. ¡Huyamos; es la hechicera del Vesubio!

—¿Quiénes sois? ¿qué queréis?» preguntó una voz hueca y sepulcral.

Si bien Glauco no pudo desprenderse de ese terror supersticioso que esperimentaban todos sus compatricios á la vista de lo que les parecia sobrenatural, armóse de valor y entró en la caverna llevando á Nydia de la mano.

«Nos ha sorprendido la tempestad, dijo; nuestro coche no está en estado de llevarnos mas léjos, y buscamos un abrigo.

—Acercaos al fuego, si quereis, respondió la vieja; no estoy acostumbrada á recibir huéspedes como vosotros, ni soy amiga de cumplimientos.»

El idioma de que se servia la vieja era un latin estraño y bárbaro, mezclado con palabras de un dialecto mas grosero y mas antiguo. No se levantó, y Glauco aprovechándose de la libertad que se le daba, reanimó con su soplo el fuego que empezaba á apagarse, á fin de que Nydia pudiese secar sus vesti-

dos. El esclavo se quitó tambien su larga *palla* y se colocó en el otro estremo del hogar.

«Dime, dijo la hechicera despues de un largo silencio, y dirigiéndose á Glauco; ¿es tuya esta niña?» Al decir estas palabras estendió hácia Nydia su mano descarnada.

«Nó, pero la quiero cual si lo fuese.»

Nydia se habia apoyado en la espalda de su amo. Las últimas palabras de la vieja parecieron asustarla, y sin levantar la cabeza hizo la señal de la cruz.

«¡Por el infierno! gritó la hechicera; presumo que es cristiana!»

Y semejante á un demonio quiso arrojarse sobre la ciega. Glauco se le anticipó, y cogiéndola con vigorosa mano la rechazó sobre su asiento.

«Has faltado á las leyes de la hospitalidad, dijo; mas si te atreves á amenazar otra vez á esta niña, no saldrás viva de tu retiro.»

Hubo un nuevo silencio, hasta que por fin deseando Glauco conocer á la que le habia inspirado tanto terror, preguntó á su vez á la vieja quién era.

«Yo soy la hechicera de la montaña, respondió con una sonrisa espantosa. Yo doy consuelos á los que han perdido toda esperanza, promesas de tesoros á los avaros, venenos á los que no pueden vengarse de otra suerte. En cuanto á los dichosos y á los buenos solo tengo para ellos maldiciones.

— Glauco, dijo entónces Nydia con suplicante

acento, no le hagais mas preguntas. La tormenta ha pasado. Partamos.

—¡Ah! ahora conozco tu nombre, añadió la hechicera con una gran carcajada, y sé con qué palabras consagrarte á las furias. ¡Glauco, yo te maldigo!

—Yo desprecio tu imprecacion, replicó el Ateniense. Ven, Nydia, partamos.»

Y conduciendo á la cieguecita, que para ocultar sus ojos bajó su velo, salió de la caverna, precedido del esclavo.

Respiraron mas á gusto cuando estuvieron de nuevo al aire libre, y vieron que la tempestad se habia desvanecido.

«Y bien, Nydia, dijo Glauco, ¿cómo te encuentras? ¡Has tenido mucho miedo!

—Rogaba al cielo por vos y por mí, y ahora le doy gracias de que nos haya salvado de las manos de esa desgraciada. ¡Que Dios se apiade de su alma!»

Habia cerrado la noche, y brillaba la luna en el horizonte. Glauco y sus compañeros encontraron el coche bastante bien recompuesto, y habiendo subido á él volvieron á Pompeya.

Al llegar delante de la puerta de la ciudad encontraron una litera llevada por esclavos, y á cuyo lado iba un hombre envuelto de la cabeza á los piés en una larga capa.

«¡No se permite salir! gritó el centinela á la persona que iba en el interior de la litera.

—¡Soy yo, Arbaces, el sacerdote de Isis! respondió una voz imperiosa.

—Pasad,» replicó el centinela; y la litera prosiguió su camino.

«¡Arbaces á estas horas! dijo Glauco: ¿qué motivo puede tener para dejar la ciudad tan tarde, cuando apenas está restablecido de las consecuencias de su caída?

—¡Dios mio! esclamó Nydia; no sé lo que siento, pero me parece preveer alguna desgracia. ¡O mi señor! ¡que el cielo os defienda de los artificios del impío!

—Nada temas, Nydia, yo sabré guardarme.»

La esclava no contestó, pero se puso á llorar.

CAPÍTULO XIV.

El Hermes del Cinturon de fuego y la Maga de los campos ardientes.

—

Arbaces habia aguardado tan solo que pasase la tormenta para ir, á favor de las tinieblas, á encon-

trar la Maga del Vesubio. Llevado por sus mas fieles esclavos, por aquellos á quienes acostumbraba fiarse en sus espediciones mas secretas, y seguido de Caleno, iba tendido en la litera saboreando ya en su imaginacion los placeres de la venganza.

Al llegar á las inmediaciones de la caverna en que habitaba la maga, hizo parar la litera, y mandó á sus esclavos que la ocultasen entre las viñas. Caleno se quedó con ellos, y el Egipcio, sin mas apoyo que su baston, trepó con planta todavía vacilante por la rápida subida. Habia cesado la lluvia, pero caían todavía de los árboles anchas gotas que ponian el suelo resbaladizo.

«Hé ahí, preciso es confesarlo, estrañas pasiones para un filósofo! dijo para sus adentros Arbaces. Yo que me levanto apenas de mi lecho de muerte y que no conocia hasta aquí mas que placeres, recorro de noche un país árido y desierto. Mas la venganza cuando se acerca á su realizacion puede cambiar el Tártaro en un Elíseo.»

Vió la misma luz que habia guiado á Glauco, y un instante despues estaba en la entrada de la caverna. Detúvose para tomar aliento, y en seguida penetró en ella con aquel continente tranquilo y majestuoso que le era familiar.

La hechicera estaba sentada aun en el mismo sitio en que la encontrara el Ateniense, é inmóvil como un cadáver.

«Levántate, servidora de la Noche y del Erebo, dijo Arbaces en tono imperioso. Tu superior en tu arte, te saluda.»

A estas palabras la hechicera se puso á contemplar la elevada estatura y las facciones sombrías del Egipcio, quien cubierto con su manto oriental la miraba con aire altanero.

«¿Y quién eres tú, le contestó ella, que pretendes ser superior á la maga de los Campos ardientes, á la hija de la estinguida raza de los etruscos?

—Yo soy aquel, replicó Arbaces, de quien han recibido lecciones todos cuantos cultivan la magia desde el Ganges y el Nilo hasta los valles de la Tesalia y las riberas del Tiber.

—No conozco en este país mas que un solo hombre que pueda hablar así. El pueblo que ignora sus títulos mas gloriosos le llama *Arbaces el Egipcio;* pero nosotros que somos de una naturaleza mas elevada, le llamamos por su verdadero nombre, *Hermes del Cinturon de fuego.*

—Mírame, yo soy este Hermes.

Al decir estas palabras Arbaces entreabrió su manto y mostró un cinturon brillante, sujeto al rededor de sus riñones por un broche en el cual habia grabado un signo misterioso, que la Maga reconoció en seguida.

Levantóse inmediatamente y se echó á los piés del Egipcio.

Este la levantó y haciéndola sentar á su lado en el mismo banco en que habian descansado Glauco y Nydia:

«Dices, continuó diciendo, que desciendes de las antiguas tribus etruscas, tan célebres por sus encantamientos, y cuyas macizas construcciones miran todavía con desprecio esa raza de ladrones que usurparon su antiguo reino. Esas tribus vinieron de la Grecia ó del Egipto; pero como los que sometieron á los ilotas aborígenes de la Grecia procedian de las orillas del Nilo, eres en uno ú otro caso de orígen egipcio: tus antepasados fueron súbditos de los mios, y debes por consiguiente obediencia y respeto al descendiente de Ramsés, á aquel á quien llaman Arbaces.»

La maga inclinó respetuosamente la cabeza.

«Escucha, prosiguió el sacerdote de Isis, por estensos que sean mis conocimientos, la práctica debe serte mas familiar que á mí. Tú posees lo que yo tendria necesidad de buscar, yerbas que paran el curso de la vida, que abrasan el alma, ó que convierten una sangre jóven en hielo que no pueden derretir jamás los ardientes rayos del sol.

—Dices verdad, poderoso Hermes. Dígnate mirar este rostro, lívido cual si saliese de la tumba. Pues bien él ha perdido la frescura de la vida solo con ocuparse en el cocimiento de esas yerbas de que hablas.

— Está bien; veo con gusto que no sin provecho has aprendido la máxima de la sabiduría: *desprecia el cuerpo para hacer sabio al espíritu.....* Pero vamos al hecho. Un hombre se ha atrevido á contrariarme en mis nobles proyectos: debe morir.»

La hechicera se puso á temblar de piés á cabeza.

«¿Qué tienes? continuó el Egipcio: ¿qué significa este terror?

— ¡Perdon! ¡perdon! terrible maestro; pero no me atrevo, no puedo obedecerte. Hasta aquí he vendido tan solo venenos á miserables para los cuales no temia la justicia; pero tú, mi señor, tú..... seria horrible esponerte á la venganza de los hombres. La ley en estas ciudades es vigilante y severa: te prenderán, te matarán!.... ¡oh! ¡nó!

— Nada temas por mi seguridad. El que tendrá el encargo de administrar el brevaje que te pido, ignorará la mano que lo habrá recibido de tí. Pero es preciso que mi venganza quede satisfecha; es preciso que dentro de tres dias ese sér privado de alma y de razon, y que no tiene mas cualidad que su belleza, ese Glauco que he maldecido, no pertenezca al número de los vivos.»

El nombre del Ateniense pareció aumentar el terror de la hechicera. Acordóse que lo habia maldecido tambien ella; pero darle la muerte era esponerse ella y su maestro á todos los rigores de la ley, que no alcanza muchas veces al asesino de un hom-

bre de un rango inferior, y que por el contrario sabe encontrar casi siempre al que osa atentar á la vida de una persona rica y poderosa.

«Soy tu esclava, dijo la hechicera, pero.....

—Tu señor manda: á tí te toca obedecer. No quiero sin embargo dejar sin recompensa tus servicios: aquí tienes con que procurarte algunas comodidades, pues no parece que tengas aquí muchas.»

Y así diciendo echó sobre las rodillas de la vieja una bolsa llena de oro.

«A Dios, dijo Arbaces: no me faltes..... vela, si es preciso, mas tiempo que las estrellas para preparar el brevaje. Mañana al salir el sol vendrá uno de mis esclavos á recogerlo.»

Sin atender á las palabras de agradecimiento de la maga, Arbaces salió de la caverna y descendió de la montaña. Despues de haberle seguido algun tiempo con la vista, la vieja volvió á entrar en su morada. En seguida bajó á otra cueva mas profunda donde guardó el oro que acababa de recibir.

Al volver á subir se detuvo delante de una hendidura irregular abierta en el suelo, de la cual salian ruídos estraños, sordos y apartados y como envueltos en un torbellino de humo espeso y negro.

«Las sombras son mas ruidosas que de ordinario,» dijo la maga sacudiendo su blanca cabellera; y mirando despues por la hendidura vió en el fondo un largo reguero de fuego de un rojo oscuro.

«¡Es singular! añadió retrocediendo, hace tan solo algunos dias que se deja ver este resplandor. ¿Qué es lo que puede anunciar?»

La zorra que habia seguido los pasos de su dueña, lanzó un grito lúgubre y huyó. La maga se estremeció, porque aquel grito era considerado como de mal agüero por la gente supersticiosa de aquella época. Volvió en seguida á su antro, y dispúsose á ejecutar las órdenes de Arbaces.

Aquella misma noche y en la hora misma de la entrevista de Arbaces y la hechicera, Apecides era bautizado.

CAPÍTULO XV.

Temores y presentimientos de Iona.

—

Embargado todavía por las dulces emociones de la víspera, Apecides se apresuraba á ir á anunciar á su hermana su conversion á la fe cristiana, cuando pasando por el mismo bosquecillo donde le vimos en otra ocasion con Arbaces y Olinto, encontró á Caleno que le detuvo.

«¡Ah! por fin te veo, hermano, le dijo el confidente de Arbaces. Mucho tiempo hace que no tenemos el gusto de verte en el templo. ¿Será que se te haya revelado la diosa en una vision, y esta vision haya durado todo este tiempo?

—Si ella pudiese revelarse al pueblo tal cual es, contestó friamente Apecides, no tendria necesidad de sacerdotes que la sirviesen, porque su altar no recibiria incienso.

—Esto puede ser verdad; pero la diosa es bastante discreta para no comunicarse mas que á sus ministros.

—Vendrá un dia en que, á pesar de estos, se mostrará á descubierto á los ojos de todo el mundo.

—No es probable. Un culto que ha atravesado tantos siglos parece que no debe acabar jamás. Mas tus palabras, hermano, son indiscretas.

—Pero al menos son verdaderas, y no será Caleno el que me imponga silencio.

—Estás hoy muy orgulloso: no quiero sin embargo disputar contigo, si bien creo fundadísimas las sospechas que ha dispertado entre nosotros tu ausencia. Pero teme la venganza de la diosa si esas sospechas se cambian en realidad; si no eres lo que pareces todavía.

—Y tú, teme la hora en que la tumba se abra, y en que la supercheria sea descubierta. A Dios.»

Y Apecides continuó tranquilamente su camino.

Al llegar á casa de su hermana encontró á esta en su jardin.

«¡Cuan amable eres viniendo á verme, hermano mio! le dijo Iona saliéndole al encuentro. Ultimamente me asustaste con discursos estraños, que me hicieron temer por tu razon, y me dejaste en seguida tan bruscamente que no osaba esperar verte mas. Mas estás aquí, y doy gracias á los dioses de que te hayan vuelto á mi lado.

—Tus dioses, Iona, no merecen tu agradecimiento. Si has tenido que quejarte de mi frialdad, cúlpales á ellos. He buscado inútilmente en el servicio de sus altares el reposo que mi corazon necesitaba, y no he encontrado mas que desengaños, turbaciones y disgusto; y cuando el alma está inquieta y fatigada, renuncia fácilmente á los mas dulces vínculos de la naturaleza.

«Tal era mi posicion para contigo, mi buena hermana. Mas hoy que estoy reconciliado con el cielo, conmigo mismo, me apresuro á participarte mi felicidad.

—¿Habrias renunciado acaso al culto de Isis?

—¿Del demonio? Sí..... Tus dioses, Iona, no son los mios: mas yo rogaré todos los dias para que el Dios á quien adoro, lo sea tambien tuyo.

«Olinto ha derramado anoche sobre mi cabeza el agua regeneradora del bautismo, que me ha purificado de las manchas que recibiera en el culto impío

de un ídolo, y en la compañía de un hombre que quisiera no haber visto jamás. ¡Ah! hermana mia, la infame traicion de que ibas á ser víctima á no ser por la intervencion de esa jóven cristiana que Dios envió en tu ausilio, ¿no te revela bastante la profunda hipocresía de esos hombres que igualais á los dioses? y si el gran sacerdote de Isis, que por la austeridad aparente de sus costumbres, por la pretendida gravedad de sus funcionos ha merecido de vosotros un elogio tan pomposo, no es mas que un malvado, ¿qué serán todos esos otros ministros de ídolos que, ofreciendo á vuestra adoracion dioses manchados de crímenes, parecen deciros que los imiteis?

—Quiero creer, hermano mio, que Arbaces es indigno de la reputacion de santidad que le han grangeado sus supercherías; mas ¿no temes su venganza si sabe tu cambio? Es poderoso y está lleno de artificios.....

—Tú vas á casarte con Glauco, Iona. Dime, ¿le amas con sinceridad?

—Sí.

—¿Crees que por su amor tendrias resolucion para arrostrar la calumnia, la miseria y hasta la muerte?

—Tal es el deber de una esposa; y de mí sé decirte que no seria un sacrificio superior á mis fuerzas. Cuando se ama, el deber se hace dulce y fácil.

—Y bien, hermana mia, si una mujer puede abrigar tan generosos sentimientos por un esposo, ¿debe hacer menos el hombre por su Dios?»

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un entusiasmo que sorprendió á Iona. Los ojos de Apecides brillaban, su pecho se hinchaba con orgullo, y en su frente se descubria la majestad de un hombre que lleno de una vida divina, parece no pertenecer ya á la tierra. Su mirada se encontró con la de Iona, que era grave y tímida.

«Hermana mia, añadió, he venido hoy á darte parte de mi admision en la sociedad de los discípulos de Jesucristo. Quisiera poder esplicarte los sublimes dogmas que el Evangelio propone á nuestra fe; mas hace poco tiempo que marcho por el camino de la verdad, y tengo yo mismo necesidad de quien me sostenga y me dirija.

—¿Quisieras pues que yo siguiese tu ejemplo?

— Sí, Iona, lo quisiera, porque te amo, y no puedo verte por mas tiempo en un error que espondria tu alma y tu cuerpo á tormentos eternos. Acaba de abrirse para mí el cielo; ¿podria dejarte fuera de él?.... ¡Oh! nó, tú entrarás en él conmigo, y nada nos separará jamás.

—Nunca te oí hablar con tanto entusiasmo, Apecides. Cuando te consagraste al culto de la diosa egipcia, bajo la direccion de nuestro tutor, tu ardor por grande que fuese, no igualaba al que hoy manifiestas.

—Creí encontrar en ese culto algo de mas noble que en el de las deidades de mis abuelos; mas Arbaces me habia indignamente burlado. Los misterios de Isis en nada ceden á los de esa diosa infame á la cual queman incienso los modernos discípulos de Epicuro. Si no te descubro todos sus horrores, es por respeto á tí, hermana mia, mas no por el temor que me inspira Arbaces. Yo soy mas fuerte que él, porque Dios está conmigo. Arbaces puede matar mi cuerpo, pero no matará mi alma.

—¡O hermano mio! te lo ruego por el cariño que me tienes, no le irrites: su venganza es terrible!

—Mas lo es aun la de Dios.... pero no hablemos mas de ese impío. Mañana por la noche te presentaré á Olinto. ¿No es verdad que le permitirás que te hable de su Dios y el mio? y mientras que te hablará yo rogaré á nuestro Señor que toque tu corazon é ilumine tu espíritu. A Dios.»

Y sin aguardar su respuesta abrazó á su hermana. Un instante despues ya no estaba en la casa.

Iona permaneció mucho tiempo en el mismo sitio silenciosa y pensativa. No sabia como esplicarse el valor que animaba á su hermano apesar de lo que tenia que temer del Egipcio, pero la consolaba la serenidad y la calma que habian reemplazado á la anterior turbacion é inquietud de su fisonomía.

«¡Cómo ha cambiado de algunos dias á esta par-

te! esclamó. Sus ojos, en los cuales se veía pintado el abatimiento, anuncian hoy la alegría y la esperanza. Su tez ha recobrado su primera frescura, y su dulce sonrisa sus labios. Al verle he recordado á Nydia: cual ella, Apecides parece pertenecer ahora al número de esos espíritus celestiales que creemos á menudo en nuestros sueños ver bajar para aliviar nuestros dolores.

«Mas si esa nueva religion es capaz de obrar tales prodigios, no puede dudarse que sea santa y divina. Apecides parecia condenado por toda su vida á buscar inútilmente la felicidad, y la encuentra al cabo de pocos dias en la sociedad de esos hombres á quienes consideramos como la escoria del género humano!....»

Ocupaban todavía estas reflexiones el espíritu de Iona, cuando una de sus mujeres vino á decirle que era tiempo de prepararse para el banquete de Diomedes al cual habia sido invitada con Glauco. No pudiendo retractar la palabra que diera, púsose á su tocador con una indiferencia visible. Perseguíale sin cesar una sola idea, á saber, la conversion de su hermano y las consecuencias que podia tener. Al lado de la imágen de Apecides tan contento, tan feliz, creía ver las facciones del Egipcio contraídas por la cólera y el deseo de la venganza, y temblaba como habia temblado algunos dias antes, cuando se creyó entregada á la furia de su tutor.

«¡Dios de Apecides, ¡esclamó, tú que has recibido sus juramentos, protégele contra sus enemigos. El confia en tu poder: no le abandones!»

Tales fueron los siniestros presentimientos con que fué Iona á casa Diomedes, á donde habia llegado ya Glauco.

CAPÍTULO XVI.

Una comida de lujo en Pompeya. — La copa envenenada.

—

En aquella época la costumbre no permitia recibir en la mesa ni menos de tres, ni mas de nueve personas. Sin embargo los aficionados á la ostentacion infringian facilmente esta regla, y el mismo Diomedes habia querido doblar el número máximo de los convidados: su mesa se componia de diez y ocho cubiertos.

Mientras que se reunian las personas invitadas, los que habian llegado ya conversaban, como succede entre nosotros, de las noticias del dia, y el edil Pansa anunció que acababa de recibir un tigre para los juegos.

«Tan solo nos faltan dos criminales, añadió la esposa del edil, uno para el leon y otro para el tigre. Temo que tengamos que contentarnos con esos insípidos combates de gladiadores.

—Lo que no se ha encontrado todavía, señora, puede encontrarse pronto, dijo Glauco en tono algo burlon. Es preciso pedir á los dioses que nos envien malvados dignos de satisfacer vuestros deseos.

—¡Ah! contestó la matrona que no habia comprendido la ironía que encerraban las palabras de Glauco, si nuestro emperador fuese mas severo, ó por mejor decir, mas justo con esos nuevos enemigos del Estado que empiezan á pulular por todas partes, y que pronto serán dueños de Pompeya, no careceríamos de combatientes para el circo. ¡Pobres animales, estarán aun por mucho tiempo reducidos á comer los desperdicios de nuestros mataderos!»

Glauco iba á contestar, cuando Diomedes invitó á los convidados á que pasasen á la sala del banquete. En el mismo instante llegó Iona, cuya palidez chocó á Glauco. Este le ofreció su mano y la condujo á la sala.

Habia tres mesas, la una en el centro, y las dos otras colocadas formando dos ángulos rectos en los estremos de la primera (1). Los convidados no ocupa-

---

(1) De ahí el nombre de *triclinium* que se daba á las salas de comer.

ban mas que el lado esterior; el interior quedaba desembarazado para facilitar el servicio.

Diomedes y su hija ocupaban los estremos de una de las alas. El edil y un senador romano ocupaban los sitios de honor en los dos ángulos de la mesa del medio, siguiendo los demás convidados segun la edad. La silla de Iona estaba inmediata al lecho de Glauco (1).

Estendíase sobre las mesas y los asientos un dosel ricamente bordado, y á los dos estremos de la sala se elevaban magníficos candelabros. Se estaba aun en mitad del dia, pero se habia cerrado toda entrada á los rayos del sol. Trípodes colocadas en diferentes puntos de la sala exhalaban perfumes de mirra y de incienso, y sobre el *abacus* ó aparador habia alineados grandes vasos y diversos adornos de plata. Elevábase en la mesa del centro el salero sagrado y los dioses lares.

Despues de las libaciones de costumbre, que consistian en derramar vino en la mesa en honor de Vesta y de los otros dioses domésticos, los esclavos coronaban á cada uno de los convidados de guirnaldas de rosas entrelazadas de cintas, unidas con corteza de tilo. Las guirnaldas de los hombres con-

(1) En las comidas de ostentacion las mujeres estaban sentadas y los hombres echados. No era así en el interior de las familias donde los dos sexos gozaban de igual libertad.

tenian además algunas hojas de yedra y amatistas, que eran consideradas como preservativos contra los malos efectos del vino: las de las mujeres no las tenian porque no era costumbre que bebiesen vino en público.

Terminados estos preparativos, Diomedes creyó conveniente que se nombrase un *basileus* ó *rey del festin*, y fijóse su eleccion en Salustio, que recibió con estrema modestia su elevacion al rango de *arbiter bibendi*.

Entónces los esclavos llevaron al rededor de la mesa palancanas de agua perfumada y servilletas bordadas para las abluciones, y luego despues gimieron las mesas bajo el peso de los manjares preparatorios del festin. Eran higos, ensaladas frescas cubiertas de nieve, anchoas, huevos, en medio de todo lo cual veíanse alineadas pequeñas copas llenas de vino, en el cual se habia mezclado un poco de miel.

Mientras que se animaba la conversacion sobre los próximos juegos del anfiteatro, Glauco y Iona hablaban en voz baja de la conversion de Apecides. Glauco temia tambien por el jóven neófito la venganza del Egipcio; pero se esforzó en tranquilizar á Iona, haciéndole presente que Arbaces, por malvado que fuese, no se atreveria á esponer su vida y su reputacion de santidad atentando contra la existencia de su pupilo.

« ¿Veis, dijo Iona, como todos los convidados temen que no se encuentren desgraciados para echar al leon y al tigre? Diríase que no conocen goces mas dulces que ver derramar sangre humana.

—Los miserables, repuso Glauco, no piensan que al levantarse del banquete, y en medio de ese estravío de la razon que mas ó menos produce siempre la bebida, pueden cometer un crímen que les espondria á ellos mismos á servir de pasto de esas fieras, que tan impacientes están por ver en la arena. »

Entretanto iba continuando el banquete. Habíase servido ya el principio, y los esclavos traían agua con mirra é hisopo para la última ablucion, cuando de repente abrióse por en medio una mesita redonda colocada delante de los convidados y derramóse una lluvia olorosa por toda la sala. Quitóse el dosel y en su lugar apareció, sobre una cuerda tirante, uno de esos bailarines cuya habilidad y lijereza daban tanta nombradía á Pompeya.

Cuando el bailarin hubo terminado sus ejercicios, algunos músicos colocados fuera sobre el terrado, tocaron un aire vivo y brillante, que fué acogido con grandes aplausos, y cada uno de los convidados se puso tambien á cantar y á tocar el arpa.

El dia declinaba ya, si bien los convidados en la sala en que estaban reunidos no podian apercibirse

de ello. Algunos se levantaron para partir; pero Diomedes les detuvo aun para que tomasen parte en la última diversion.

Entró un esclavo con una pequeña fuente conteniendo muchas tablillas cuidadosamente, selladas y todas en apariencia exactamente iguales. Cada convidado debia comprar una: su precio era la moneda de plata mas pequeña. La diversion de esta especie de lotería estaba en la desigualdad y á veces hasta en la estrañeza de lotes, cuya naturaleza y valor estaban marcados en el interior de las tablillas. Así por ejemplo la hija de Diomedes recibió una copa, Lépido una caja de moscas, y otro á quien se acusaba de tahur, dados.

Glauco sacó el lote mayor, que era una estatuíta de mármol representando la Fortuna; mas el esclavo al presentársela la dejó caer y se hizo pedazos.

Apoderóse el terror de todos los presentes, quienes esclamaron: *Dii, avertite omen!* (¡O dioses, desviad el presagio!)

Unicamente Glauco pareció no conmoverse; «acepto el augurio,» esclamó con firme acento; é inclinándose al oído de Iona, que se habia tambien puesto pálida como la estátua rota, le dirigió algunas palabras que sus vecinos no pudieron oir.

A fin de desvanecer la impresion desagradable causada por este incidente, Salustio, coronando su copa de flores, brindó por el anfitrion. Este brin-

dis fué seguido de otro por el emperador, y luego se llenó otra copa en honor de Mercurio para que enviase sueños agradables á los convidados.

Glauco habia empezado ya á beber, cuando Iona le dirigió una pregunta á la cual exigia la cortesía que respondiese al instante. Dejó pues la copa sobre la mesa. Pero en el momento en que se volvia hácia ella, sintió en el corazon un dolor repentino seguido de vértigos. Apresuróse á salir, creyendo haberse embriagado, y sin atreverse empero á confesar su estado á nadie.

Los convidados casi no hicieron atencion en la desaparicion del Ateniense, y vacióse la última copa. Separáronse en seguida, y tomando sus mantos y sandalias, que se habian quitado al entrar en la sala, retiráronse á sus casas.

Iona preguntó por Glauco. Medon, el viejo esclavo cristiano que estaba encargado de la guarda de la puerta, dudó al principio qué respuesta darle; mas Iona insistió, y el esclavo le dijo que habia visto salir al Ateniense, quien parecia no estar en sí.

«Y sin embargo me parece que ha estado muy sobrio, repuso Iona, y no comprendo como ha podido embriagarse. Mañana sabré si es ó no culpable.»

Estaba muy distante de pensar en lo que el lector habrá ya adivinado. En medio de la confusion y

el ruído que acompañaran el fin de la comida, el esclavo que presentara la última copa al Ateniense habia derramado en ella, sin que nadie lo echase de ver, el fatal brevaje que recibiera de Caleno; y lo poco que Glauco habia bebido habia bastado para trastornar todos sus sentidos.

CAPÍTULO XVII.

El jóven confesor de la fe. — Feroz alegría de Arbaces.

Impaciente por conocer el efecto de la pocion preparada por la hechicera del Vesubio, Arbaces resolvió pasar al anochecer á casa de Diomedes.

Los hombres al salir de casa llevaban siempre consigo sus tablillas y su estilo (1) en la cintura, y

---

(1) Los antiguos se servian del estilo para escribir en tablillas cubiertas con una capa de cera, ó en hojas de árbol ó planchas de metal. Era una especie de punzon agudo por un estremo y aplastado por el otro, á fin de poder borrar lo escrito cuando se queria. Servíanse de la caña ó *calamus* para escribir sobre

que no dejaban hasta volver á casa. Pero bajo la apariencia de un instrumento para escribir, los romanos tenian en el estilo una arma aguda y terrible. Casio dió con él de puñaladas á César en el senado (1).

Arbaces salió pues de su casa despues de haberse puesto su manto y su ceñidor, y apoyándose en un largo palo, se dirigió á la morada de Diomedes. Era ya de noche cuando entró en el antiguo bosque de Cibeles, al través de cuyas ramas brillaban las estrellas silenciosás. La blancura del pequeño *sacellum* ó capilla situada en la parte mas oscura del bosque contrastaba de una manera estraña con el negro follaje, y hacian mas imponentes las sombras que reinaban bajo aquellos árboles, cuyo nacimiento se remontaba mas allá de la tradicion.

Desde la altura en que estaba situado el bosque, veíanse delante del *sacellum* las aguas del mar, que brillaban con una luz pálida á los primeros rayos del astro de la noche, y las blancas *villas* ó casas de campo de Estabias que bordaban la orilla.

Reinaba en el bosque un profundo silencio, que

---

papiro ó pergamino. Todavía se da en latin el nombre de *calamus* á la pluma para escribir.

(1) De la palabra estilo viene el *stiletto* de los italianos modernos, especie de puñal cuya hoja es triangular y tan pequeña, que es casi imperceptible la herida que hace.

interrumpian momentáneamente de vez en cuando los sonidos lejanos de algun instrumento ó la voz de algunos amigos del placer que volvian de sus orgías.

Al propio tiempo que Arbaces llegó Caleno al *sacellum* por otro sendero, y deslizándose por detrás de los árboles, se ocultó tan bien que nadie, á menos de saber que estaba allí, hubiera podido descubrirle.

Habíase sentado Arbaces para descansar un instante, cuando vió adelantarse hácia él Apecides, que habia escogido aquel sitio para sus conferencias con Olinto. Levantóse é yendo á su encuentro le dijo:

«¿Eres tú, Apecides? La última vez que hemos hablado eras enemigo mio, y no sé si has cambiado de sentimientos para conmigo desde aquella noche. Tu ausencia prolongada me da lugar á creer que has renunciado á ser mi discípulo y mi sucesor.»

Apecides se habia estremecido al ver al Egipcio; no tardó sin embargo mucho tiempo en reponerse, y lanzando á su antiguo maestro una mirada llena de amargura y de desprecio:

«Malvado é impostor, le dijo, ¿has vuelto de las puertas del sepulcro? No creas empero que puedas prenderme otra vez en tus pérfidas redes. ¡Vete! ¡ya no te temo!

—¡Silencio! ¡mas bajo! pueden oirte, replicó Ar-

baces con voz tranquila, si bien el temblor de sus labios y el encarnado de su atezada frente que iluminaba la luna, revelaban la herida hecha á su orgullo por la respuesta del jóven griego.

—Aun cuando debiese oirme toda la ciudad, no temeria darte el nombre que mereces.

—Mas reflexiona en tus palabras, Apecides; los manes de mis antepasados no me permitirian perdonarte la afrenta que les harias en mi persona, y las palabras que acabas de emplear son tanto mas injuriosas cuanto son menos merecidas..... Escúchame. Tú estás enojado de mi conducta para con Iona.

—¡Y para conmigo!

—¿Porque queria enseñarte á gozar de la vida?... Pero no hablemos mas de ello, y volvamos á lo de tu hermana. Falté, lo confieso, en dejarme llevar de la cólera. Así pues te pido perdon, aun que no me haya bajado todavía á tanto en presencia de ningun hombre vivo. Hasta quiero reparar mi falta pidiéndote á tu hermana en matrimonio.

¿Te estraña? mas considera la diferencia que existe entre Arbaces y ese jóven griego. Yo poseo riquezas inmensas, un nombre que por la antigüedad y la gloria con que brilla, eclipsa á los vuestros, griegos y romanos, que solo son conocidos de ayer; una ciencia en fin..... pero tú no ignoras todo eso. Sea yo el esposo de Iona y consagraré toda mi vida á hacer su felicidad.

—Aun cuando consintiese yo en ello, mi hermana se opondria. Ella aborrece hasta el aire que respiras. En cuanto á mí, no olvidaré jamás que me has convertido en instrumento de tus supercherías, y que me has hecho partícipe de tus infames placeres.

—¿Creía que la doctrina de los nazarenos les imponia el deber de perdonar á sus mas encarnizados enemigos?

—Sí; pero no les manda que olviden las seducciones empleadas por estos para arrastrarles á su perdicion. Les ordena, al contrario, que huyan de ellos..... ¿Con qué sabes que he abrazado la fe de Jesucristo?

—Me lo han dicho. Sin embargo me he negado siempre á creerlo.

—Pues bien! quiero que lo sepas por mí mismo. Sí, soy cristiano: he sido bautizado, y doy por ello gracias al cielo.

—¿Con qué no temes la venganza de Isis?

—¿La tuya?... porque tú mismo me dijiste que Isis era una fábula..... ¡Ah! tiembla mas bien tú mismo: aparecerá á la luz del dia tu vida disipada: tus mentirosos oráculos serán descubiertos, y el templo de Isis y el nombre real de su gran sacerdote serán objeto de la burla y de la execracion general.»

El color rojo que cubria la frente del Egipcio fué

reemplazado por una palidez lívida. Miró en torno de sí para cerciorarse de que nadie le observaba, y acercándose luego á Apecides clavó en él una mirada terrible.

El jóven neófito la resistió sin turbarse, sostenido como estaba por la fe y la esperanza.

«Apecides, replicó el Egipcio con voz ahogada, guárdate á tí mismo! ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Hablas bajo la influencia de un primer movimiento de cólera, ó tienes un proyecto fijo?

—Hablo por inspiracion de Dios verdadero, del cual tengo la dicha de ser servidor, y con la firme esperanza de que no está lejos el dia en que sean conocidos tu hipocresía y tu culto infernal. A Dios.»

Desencadenáronse en el seno del Egipcio todas las pasiones feroces que recibiera de su nacion y de su clima, y que solo con mucho trabajo habia podido ocultar bajo las apariencias de la calma. Veía destruídos para siempre sus mas queridos proyectos: veía á un cristiano que le amenazaba con revelar al público sus imposturas y sus vicios. Su reputacion y hasta su vida podian correr peligro. Acababa de saber por el mismo Apecides su conversion á la fe cristiana, y no ignoraba el celo que desplegaban los discípulos del Evangelio en combatir el error.

Tal era su enemigo. Mas este enemigo estaba

en su poder! Hallábanse delante del *sacellum*. Arbaces paseó otra mirada en torno suyo y no vió á nadie. El silencio y la soledad le tentaron, y empuñó su estilo.

«¡Muere temerario! murmuró entre dientes; ¡así no suscitarás obstáculos á mis designios!»

Y en el mismo instante en que el jóven neófito se volvia para continuar su camino, Arbaces le hundió la aguda hoja en el seno.

Apecides cayó. «Yo muero, Arbaces, dijo con voz entrecortada, pero te perdono mi muerte..... Nada tienes que temer de mí... Teme tan solo al Dios vengador delante del cual voy á presentarme... y que un dia te llamará tambien á su tribunal..... ¡Dios mio! perdonadle..... ¡Señor Jesus, recibid mi alma!.....»

Y exhaló el último suspiro.

Arbaces le contempló al principio con esa alegría feroz que inspira una victoria alcanzada sobre un enemigo que se teme y que se detesta; pero pronto dominó á todos los demás el sentimiento del peligro á que se hallaba espuesto. Enjugó con cuidado su arma en el cesped y en los vestidos de su víctima, y preparóse á partir.

En aquel mismo instante vió á un jóven cuyo andar vacilante anunciaba la embriaguez: era Glauco.

El desdichado creía andar por los aires: ha-

bíase apoderado de su espíritu una alegría delirante; palmoteaba, reía á carcajadas y danzaba como una pitonisa inspirada. Acababa de recorrer de esta suerte los barrios mas concurridos de Pompeya, donde los que pasaban le habian abierto paso sonriendo, porque le suponian en el estado en que le habia creído Medon; pero los que por casualidad le contemplaban mas atentamente, sentíanse sobrecogidos de terror, y helábase la sonrisa en sus labios.

Despues de haber seguido muchas calles que creía debian conducirle á su morada, entró en el bosque de Cibeles. Cantaba y mezclaba en sus cantares inconexos fragmentos de diversos himnos y odas profanas, de los cuales harémos gracia á nuestros lectores.

CAPÍTULO XVIII.

Ofrécense nuevas víctimas al Egipcio.

—

«¡Ah! dijo Arbaces, adivinando al momento por la palidez de Glauco la causa de su delirio, parece que la medicina de la maga de los Campos ardientes ha producido su efecto. Mas ¿cómo no está ya en los infiernos? Sin duda habrá bebido demasiado antes de tragar el brevaje. Sea lo que fuere el destino me lo envia para que acabe con mis dos enemigos á la vez.»

Retiróse por consiguiente aparte, y oculto entre las matas acechó, como un tigre en su cueva, á su segunda víctima.

Glauco continuaba avanzando como un hombre privado de razon. Cuando llegó cerca del ensangrentado cadáver de Apecides, aquel espectáculo le conmovió, y se detuvo, pasando la mano por la frente, como para recoger sus pensamientos.

«¡Y bien! Endimion, dijo, ¿cómo duermes tan profundamente? ¿Qué te ha dicho la luna? Ea,

tiempo es ya de que despiertes.» Y se inclinó para levantar aquel cuerpo.

Olvidando su propia debilidad, el Egipcio salió del sitio en que estaba oculto, y lanzándose sobre Glauco, le derribó sobre el cadáver de Apecides, y luego levantando su voz robusta, gritó:

«¡Socorro! ¡socorro! ¡acudid, ciudadanos!... Ha sido cometido un asesinato delante de vuestro templo. Venid, ó el asesino se me escapa.»

Así gritando, Arbaces habia puesto el pié sobre el pecho del Ateniense: precaucion bien inútil, porque el veneno obraba entónces con grande actividad y Glauco estaba sin movimiento. Escapábanse de vez en cuando de su boca algunos sonidos vagos y confusos, sus ojos estaban medio cerrados, y corria por su frente un sudor frio.

Arbaces sacó el estilo que llevaba Glauco en la cintura, y habiéndolo hundido en el seno del cristiano, lo puso en el suelo al lado del cadáver.

En esto habian acudido muchos ciudadanos; algunos llevaban antorchas que la luz de la luna hacia inútiles.

«Levantad al muerto, dijo el Egipcio, y guardad bien al asesino.»

Obedecieron; mas ¡cuál fué su horror y su indignacion al reconocer en aquellos restos inanimados á un sacerdote de la santa y venerable Isis! Su sorpresa subió de punto al descubrir en el acusado al

simpático Ateniense á quien tantas veces habian admirado en los juegos.

«¡Glauco! esclamaron todos á la vez. ¡Es posible que haya cometido un asesinato!

—Creeria mas bien, dijo en voz baja uno de los presentes al que tenia mas cerca, que el asesino es el mismo Egipcio.»

En esto atravesó un centurion por entre el concurso, que iba creciendo, y preguntó con aire de autoridad donde estaba el asesino. Señaláronle á Glauco.

«¿Él?... por el dios Marte que parece mas bien la víctima. ¿Quién le acusa?

—¡Yo!» dijo Arbaces con orgullo; y los adornos con que brillaban sus vestidos convencieron al oficial de que Arbaces era un testigo digno de fe.

«Perdonad: mas ¿vuestro nombre? preguntó de nuevo el centurion.

—Arbaces: yo creía que era bastante conocido en Pompeya. Pasando por este bosque he encontrado á ese sacerdote y á Glauco empeñados en una acalorada disputa. Los gestos violentos y la voz de este último me han hecho sospechar que estaba borracho ó loco. Vile de repente levantar el estilo; corrí, mas ya no llegué á tiempo. Cuando heria á su víctima le derribé yo mismo. Cayó sin resistencia, lo que me ha hecho creer que no estaba enteramente en sí al cometer el crímen, porque no hace mu-

cho que yo he salido de una enfermedad grave, al paso que Glauco, como veis, es todavía jóven y robusto.

—Sus ojos se abren, dijo el centurion; mueve los labios... ¡Y bien! prisionero, ¿qué has hecho?

—¿Qué podia hacer? respondió Glauco, ví á Hecate en su antro... Pero estoy débil; me encuentro mal: la vieja bruja me ha mordido... Llevadme á la cama y llamad al médico. El viejo Esculapio vendrá él mismo á visitarme si le decís que soy griego... ¡Yo sufro! ¡mis entrañas arden!»

Y dando un prolongado gemido, cayó entre los brazos de los que le rodeaban.

«Está delirando, dijo un oficial en tono compasivo. ¿Hay aquí alguno que le haya visto hoy?»

Muchos de los espectadores dijeron haberle visto algunos momentos antes recorriendo las calles, y hablando consigo mismo con gestos estraños.

«¡Pero su crímen es horrible! dijo una mujer jóven, matar á un sacerdote consagrado á Isis, y al pié del altar de Cibeles!»

Estas palabras recordaron á la multitud el horror del sacrilegio de que Arbaces acusara á Glauco, y todos esclamaron: «¡Llevadle, llevadle al momento á la cárcel!

—¡Ah! ¡qué dicha! repuso la mujer: las fieras tendrán combatientes.

—En verdad, repitieron otras voces, que eso no podia venir mas á propósito.

—Que traigan una litera para poner el muerto, dijo Arbaces: un sacerdote de Isis no debe ser llevado á su templo por manos vulgares, como un gladiador.»

Mientras que algunos se apresuraban á obedecer esta órden, un hombre vigoroso abríase paso por entre la muchedumbre, y un momento despues presentóse Olinto á los ojos del Egipcio.

Despues de haber contemplado algun tiempo las pálidas facciones de Apecides con la espresion de un dolor indecible, levantó de repente la cabeza, y fijóse su mirada en el rostro sombrío de Arbaces. Estendió el brazo derecho hácia el gran sacerdote, y dijo:

«¡Ha sido cometido un asesinato!... mas ¿dónde está el matador?... Adelántate, Egipcio, porque, como es verdad que nos alumbra la luna, creo que eres tú.»

Arbaces pareció turbarse, pero poniéndose casi al mismo instante sobre sí:

«Conozco á mi acusador, dijo con altivez, y adivino el motivo que le hace obrar. Este hombre es el mas fogoso de los nazarenos: ¿qué estraño pues que en su malicia y en su odio contra los dioses, se atreva á acusar á un Egipcio del asesinato de un sacerdote de Isis?

—¡Le conocemos tambien! gritaron muchas voces. Es Olinto el cristiano, ó mas bien el ateo, porque reniega de los dioses.

—Hermanos, dijo Olinto con dignidad, escuchadme. Ese jóven que veis asesinado habia abrazado la fe cristiana poco tiempo antes de su muerte. Habia revelado las supercherías de los sacerdotes de Isis, y Arbaces debia temer que esas mismas supercherías fuesen reveladas al público.

—¡Lo oís! replicó el Egipcio, ¡está blasfemando!... Preguntadle si cree en Isis.

—¡Si creo en una quimera!... contestó Olinto con valor.»

Todos los asistentes se estremecieron. Mas el sacerdote cristiano á quien no intimidaban los gritos de sus enemigos, continuó diciendo:

«Ese cadáver no os pertenece: Apecides ha muerto cristiano. Toca á nosotros, á los servidores del Cristo tributarle los últimos deberes: reclamo este polvo en nombre del gran Creador que ha separado de él el alma que lo animaba.»

Olinto pronunció estas palabras con un acento tan solemne é imponente, que la multitud misma no osó espresar en alta voz el odio y la execracion que sentia. La luna que iluminaba el cadáver, las antorchas colocadas detrás de los espectadores, y cuyo resplandor trémulo y rojo se reflejaba en el

sombrío follaje de los árboles, Glauco sostenido casi sin vida por algunos hombres, y por último las dos figuras de Arbaces y del sacerdote cristiano delante el uno del otro, todo en esta escena presentaba un cuadro digno del pincel de un gran pintor.

El Egipcio cuya elevada estatura aventajaba á la de todos los asistentes, tenia los brazos cruzados y los ojos fijos. Olinto llevaba impresa en su frente arrugada la majestad de los apóstoles; y la serenidad de sus facciones y la dignidad de su mirada se hallaban templados por esa dulce compasion que le inspiraba la ceguedad de los idólatras ante quienes estaba.

El centurion preguntó á Olinto si reclamaba el cadáver como perteneciente á un miembro de la secta de los nazarenos.

«Sí, respondió Olinto.

— Jura pues por este templo y por esta estátua de Cibeles que el difunto habia abrazado tu ley.

— Reniego de vuestros ídolos, y detesto vuestros templos: ¿cómo podria pues jurar por Cibeles?

— ¡Llevad, llevad al ateo! gritó la muchedumbre con una nueva esplosion de rabia: la tierra va á tragarnos si toleramos semejantes blasfemias en un bosque sagrado.

— ¡A las fieras! ¡á las fieras! gritó la misma

mujer que habia hablado antes. Tendrémos dos confectores, uno para el leon y otro para el tigre.

— Si no crees en Cibeles, añadió el centurion dirigiéndose á Olinto, ¿á cuál de nuestros dioses reconoces?

Olinto no contestó al oficial; adelantóse hácia el templo, y poniendo la mano sobre el pedestal que sostenia la estátua de Cibeles, que era de madera:

«¡Hombres vanos y ciegos! dijo levantando la voz, ¿podeis creer en esos dioses hechos de madera y de piedra? ¿Creeis que tengan ojos para ver, oídos para oir ó manos para ayudaros? ¿Ese objeto mudo puede ser una diosa? ¿ha creado hombres?... ¡Nó! debe al contrario su existencia á los hombres, y como se la habeis dado, así podeis quitársela.....»

Iba á continuar cuando de repente el pedestal que habia hecho mover sin quererlo al pronunciar estas últimas palabras, bamboleó y cayó sobre las escaleras.

Los espectadores, creyendo que lo habia derribado á propósito, se horrorizaron. Lanzáronse sobre el cristiano, y hubiéranle hecho pedazos á no impedirlo el centurion.

«¡Paz! esclamó el oficial: llevemos á ese blasfemo insolente delante del tribunal á quien pertenece castigarle, y que Glauco nos siga..... Arbaces, yo os dejo el cuidado de hacer llevar el cadáver de vuestro sacerdote.»

La multitud se dispersó dando gritos de alegría, porque se habian encontrado en un instante dos criminales para los juegos. Arbaces al volverse se encontró con la mirada de Caleno que llegaba. El Egipcio tembló. ¡Quizás le habia visto cometer el crímen! Supo no obstante contenerse, y despues de haberle mandado que hiciese llevar el cuerpo de Apecides, alejóse lentamente.

CAPÍTULO XIX.

Nuevos artificios de Arbaces.

—

El dia que siguió á aquella noche, en acontecimientos tan fecunda, los sitios públicos se llenaron de corrillos mas numerosos que de ordinario. Todos hablaban de la suerte que esperaba á Glauco y al cristiano.

En esto pasó un jóven muy de prisa por delante el pórtico del templo de la Fortuna.

«Deteneos por favor, Lépido, le gritó Diome-

des que atravesaba al mismo instante por entre la multitud. ¿Qué pensais de nuestro pobre amigo Glauco? ¿Creeis que sea juzgado por la curia?

—Sí. Dícesé que su crímen es de una naturaleza tan estraordinaria, que la curia ha creído deber avocar á sí el proceso. No dudo de que quedará terminado antes de los juegos.

—¡Los juegos!.... ¡seria posible que se condenase á ellos á un hombre tan jóven y tan rico!

—Es verdad; pero es griego: no seria lo mismo si fuese romano. Se tolera á esos estranjeros mientras son afortunados, pero si caen en la desgracia debemos tener presente que no son en realidad mas que esclavos. En cuanto á mí, yo no le condenaria; porque ¿qué es para nosotros un miserable sacerdote de Isis? ¿qué es la misma Isis?... Mas la generalidad del pueblo es supersticiosa: pide á voces la sangre del sacrílego, y seria espuesto no ceder á la opinion pública.

—¿Y el blasfemo cristiano?

—¡Oh! en cuanto á él se le perdonará si quiere sacrificar á Cibeles y á Isis; de lo contrario será echado al tigre..... Mas hé aquí á Arbaces que sale de casa del pretor. ¿Qué asunto puede haberle traído?

—Acaso habrá ido á pedir una conferencia con motivo del asesinato..... Pero ¿á qué motivo se atribuye el crímen de nuestro amigo? Glauco debia ca-

sarse con la hermana del sacerdote que ha asesinado.

—Sí. Hay quien cree que Apecides se habia negado á consentir en ese enlace. Sea lo que fuere, Glauco se hallaba en un estado completo de embriaguez, ó mas bien de delirio, y me han asegurado que esta mañana no habia recobrado aun la razon.

—¡Pobre jóven!»

Y Diomedes prosiguió su camino.

Lépido, que tomó la direccion opuesta, se encontó casi en seguida frente de Arbaces que se adelantaba lentamente. El Egipcio le pidió que le enseñase la morada de Salustio.

«Ya sabréis, añadió, que Salustio tiene en su casa á Glauco, el asesino de Apecides.

—Sé, respondió Lépido, que mi amigo cree que el griego es inocente. Hasta se ha constituído en su fiador, y no dudo que el infelíz se hallará mejor á su lado que en la cárcel. ¿Deseais hablar á Glauco?

—Quisiera tener una entrevista con él ahora que, segun se dice, ha recobrado la razon, y asegurarme de los motivos que le han impulsado á cometer el crímen de que se le acusa. Quizás encontrarémos circunstancias atenuantes que le salvarán de la muerte y le conservarán para sus amigos.

—Si se trata de salvarle, os acompañaré yo mismo gustoso á casa de Salustio. Pero decidme, ¿qué ha sido de Iona?

—¡Ay! la pobre está casi loca. Algunas veces profiere imprecaciones contra el asesino de su hermano; mas luego se detiene y se la oye esclamar: ¡O hermano mio! nó, Glauco no es tu asesino. Sin embargo, añade un instante despues, si fuese él!... Al presente la preocupan mas la muerte de Apecides y los preparativos de los funerales que el proceso de Glauco; mas cuando aquellos se hayan terminado, temo que sus amigos tengan el sentimiento de verla correr al socorro del matador de su hermano.

—Sí; preciso seria prevenir semejante escándalo.

—Para ello he tomado yo mis precauciones. Soy el tutor legal de Iona y acabo de alcanzar del pretor autorizacion para llevarla á mi casa luego despues de la fúnebre ceremonia.

—Habeis hecho muy bien, sabio Arbaces. Mas hé aquí la morada de Salustio. Que los dioses os protejan. Salud.»

Al llegar Arbaces delante de la puerta vió una figura pálida, acurrucada en las escaleras y en actitud de rogar.

«Levántate, le dijo el Egipcio; estás estorbando el paso.

—¡Ah! ¿quién eres? respondió Nydia levantándose, pues era ella la que allí estaba. Pero me parece conocer tu voz. Tú eres Arbaces, el sacerdote de

Isis, el acusador de Glauco, y quizás el asesino de Apecides!»

Al pronunciar estas palabras púsose de pié delante de la puerta, como para impedir la entrada. La palidez mortal que cubria sus mejillas, el movimiento convulsivo de sus labios y de su mano estendida hácia adelante llenaron de estupor al Egipcio, el cual permaneció inmóvil.

«¿Qué vienes á hacer aquí? preguntó la jóven.

—Vengo á salvar á tu amo.

—¡Nó! tú eres el que lo ha entregado á las manos de la justicia..... ¿A dónde ibas la noche que te encontramos que salias de la ciudad? Ha sido al dia siguiente, ha sido ayer cuando ha sobrevenido á mi pobre amo ese horrible delirio, que.....

—Calla, insensata, replicó Arbaces tapándole la boca con la mano: tus gritos van á reunir á los transeuntes delante de la puerta. Vete á buscar á Iona, que te aguarda en el templo de Isis. Yo iré pronto allí, y las buenas nuevas que te traeré te probarán cuan mal has juzgado mi corazon.»

Aunque Nydia no daba ninguna fe á las promesas del Egipcio, no creyó que la engañase al decirle que Iona la aguardaba. En la esperanza de que podria concertar con esta un plan de defensa en favor de Glauco, apresuróse á ir al templo de la diosa egipcia.

Pero Arbaces envió al propio tiempo allí por otro camino á uno de sus esclavos, con órden de apoderarse de la ciega y encerrarla, despues de lo cual llamó á la puerta de Salustio.

Al cabo de algunos instantes oyó quitar grandes barras de hierro que cerraban la puerta, y apareció en la entrada un esclavo que le preguntó qué queria.

«Soy Arbaces, el sacerdote de Isis, contestó el Egipcio; vengo de parte del pretor á comunicar un asunto importante á Salustio relativamente á Glauco.»

Arbaces fué introducido, y el portero le condujo al lado de su amo.

«¡Cómo! ¡sois vos, Arbaces! dijo Salustio admirado de una visita que estaba léjos de esperar.

—Vengo á pediros noticias de vuestro preso, respondió el Egipcio con fingido acento de piedad. Dicen que está mejor, que ha vuelto en sí.

—Es cierto, dijo Salustio enjugando una lágrima; pero está tan cambiado que cuesta trabajo conocerle. No sabe esplicarse el repentino frenesí que se apoderó de él, y tan solo conserva un débil recuerdo de lo que pasó ayer noche en el bosque de Cibeles. Sin embargo y apesar de vuestro testimonio, sabio Arbaces, sostiene solemnemente que es inocente de la muerte de Apecides.

—Salustio, replicó el sacerdote con gravedad,

hay en el asunto de vuestro amigo muchas circunstancias que merecen una particular indulgencia, y si pudiésemos sacar de él la confesion de su crímen y de los motivos que le han conducido á cometerlo, podríamos esperar mucho de la clemencia del tribunal. A este fin he pedido y alcanzado el permiso de hablar hoy con el culpable. Mañana empezarán los debates del proceso.»

Salustio hizo un signo de asentimiento y condujo al Egipcio á una salita guardada por dos esclavos. Abrióse la puerta, y Arbaces entró en el aposento.

Glauco estaba tendido sin movimiento en su cama: se le hubiera tomado por un muerto aguardando á los que debian llevarlo á la tumba. Habian desaparecido los bellos colores de su tez; sus mejillas estaban hundidas, sus labios contraídos y lívidos; tan terrible habia sido en él la lucha entre la razon y la locura, entre la vida y la muerte. La juventud y la fuerza del Ateniense habian triunfado; pero la frescura, la belleza, las gracias de la juventud todo se habia ajado.

El Egipcio se sentó tranquilamente al lado de la cama, sin que Glauco se apercibiese de su presencia.

«Glauco, dijo Arbaces despues de un largo silencio, hemos sido enemigos: vengo á ofrecerme á tí como un amigo y acaso como un salvador.»

El Ateniense se incorporó en su lecho: parecia como asustado de la súbita aparicion de su rival. Sus miradas se encontraron, y ni uno y otro tuvieron bastante fuerza para desviar los ojos.

«¿Sueño todavía? dijo al fin Glauco suspirando y pasándose la mano por la frente.

—Nó, Glauco, tú no duermes; tú estás despierto, continuó el Egipcio, cuya tez bronceada habia tomado un tinte pálido. Por la cabeza de mi padre, tienes delante de tí un hombre que puede salvarte la vida..... Escucha. Yo conozco tu crímen, pero sé tambien como puede ser disculpado. Yo puedo probar que tú estabas privado del uso de la razon, y por consiguiente de tu poder de pensar y de obrar libremente. Mas para salvarte necesito antes una confesion. Reconócete culpable del homicidio, firma este pergamino, y te librarás de la muerte.

—¡Mientes, miserable! ¡yo no he muerto á mi amigo, á mi hermano! ¡Retírate!

—Sosiégate, Glauco: el hecho está probado...

—¿Y quién ha podido probarlo?

—Yo que lo he visto..... Pero permíteme que ayude á tu memoria. Tú disputabas con el hermano de Iona, quien despues de haber abrazado la fe de los nazarenos rehusaba darte su hermana en matrimonio; y en un arranque de cólera y de frenesí, fué cuando descargaste el golpe fatal. ¿Te

acuerdas? Toma, lee este escrito: el relato que contiene de todo lo que ha pasado en esa malhadada noche está conforme con la verdad. Tu crímen está probado: solo falta atribuir la causa á tu delirio. Firma, y te salvas.

— ¡Bárbaro! dame ese escrito para hacerlo pedazos...... Yo asesino del hermano de Iona! ¡Ah! antes morir mil veces!

— Míralo bien, Glauco, no hay otra alternativa: ó la confesion de tu crímen ó las garras del leon.»

Un lijero estremecimiento agitó los miembros del Ateniense, y en sus ojos y en su frente dejóse ver una espresion indefinible de terror y de sorpresa.

«Dioses soberanos, dijo en voz baja, hace no mas que un dia que me sonreía la vida..... y ahora esta tan solo me ofrece la infamia, el sufrimiento, la locura y la muerte! ¡Desgraciado de mí! ¿habré cometido ese crímen?.... ¡Nó!

— ¡Firma y te salvas! repitió el Egipcio en voz algo mas baja.

— ¡Nó, jamás! esclamó Glauco en un nuevo acceso de rabia. ¡Tú no me conoces, Arbaces! no conoces el alma altiva de un ateniense. ¿Crees que querria envilecer mi nombre para salvar mi vida? ¿mentirme á mí mismo y sumergir á la hermana de Apecides en la desesperacion? Vete, eres un miserable. Retírate y déjame vivir sin infamia ó morir sin temor.

—¡Piénsalo bien! el anfiteatro te aguarda. Figúrate tus miembros mutilados y pulverizados, tu cuerpo privado de sepultura, y la infamia que quieres evitar unida para siempre á tu nombre.

—¡Ah! no soy yo el que deliro, eres tú! No está la infamia en la pérdida de la estimacion de los demás hombres, sino en la pérdida de la nuestra. Vete: mis ojos no pueden mirarte. Te he aborrecido siempre, mas hoy te desprecio.

—Voyme, dijo Arbaces ofendido y exasperado; pero nos volverémos á ver dos veces todavía: la primera ante el tribunal, la segunda en el anfiteatro. A Dios.»

Al decir esto el Egipcio levantóse lentamente y se fué.

«No hay esperanza de salvarle, dijo á Salustio al reunirse con él: rehusa obstinadamente los ausilios que le ofrecen sus mejores amigos.

—No digais esto, por los dioses, respondió Salustio. Todavía no ha muerto; es preciso salvarle á pesar suyo.

—Deseo de todo corazon que se libre de la sentencia de muerte que le amenaza. Quizás obre con mas prudencia delante del tribunal.

—Los jueces, al menos así lo espero, tomarán en cuenta el estado en que se halla.»

Quitáronse de nuevo las aldabas de hierro, abrióse la puerta y Arbaces desapareció.

CAPÍTULO XX.

Funerales de Apecides.—Iona es confiada á su tutor.

—

Al dia siguiente debian celebrarse los funerales de Apecides. Su cadáver habia sido trasladado desde el templo de Isis á la morada de Iona, que supo á la vez la muerte de su hermano y la acusacion dirigida contra Glauco; si bien ignoraba aun las circunstancias del crímen y el proceso que se estaba formando al acusado. Solamente cuando le dijeron el nombre del acusador ya no tuvo ninguna duda de que el Egipcio fuese el asesino.

La importancia que daban los antiguos á las ceremonias que acompañaban á la muerte de un pariente, fué lo único que pudo impedir á la desgraciada ateniense el salir de su casa, como lo temia Arbaces, para ir á defender ella misma la causa de Glauco contra su mas encarnizado enemigo. Veló al lado de los restos de su hermano, que habia sido colocado en un lecho fúnebre, y en medio de sus

ruegos y de sus lamentos acabó por olvidar hasta al mismo Glauco.

Segun una costumbre mas bien griega que romana admitida en aquella época en Italia, los funerales de un jóven se hacian al amanecer, y como Apecides continuaba siendo á los ojos del público lo que habia sido antes de su reciente conversion al cristianismo, debia recibir los honores reservados á los sacerdotes de Isis.

Iban desapareciendo las unas en pos de las otras las estrellas, y la noche cedia lentamente su puesto á la aurora que se adelantaba, cuando un triste grupo, llevando antorchas largas y delgadas, que la luz del dia hacia insensiblemente palidecer, se detuvo inmóvil á la puerta de la morada de Iona.

Oyóse entónces una música pausada y triste acompañando un coro de esas mujeres tantas veces citadas por los poetas latinos bajo el nombre de *præficæ*, las cuales entonaron el canto de los funerales:

«En el triste suelo donde la rama de ciprés ha reemplazado á la rosa que debia adornar tu morada, ven, ó viajero del Cocito, á empezar la última peregrinacion que harás sobre la tierra. Nosotros te invitamos llorando á que nos sigas.

«Tú no tienes mas huésped que la muerte: convidada está tu alma á su banquete. Tus guirnaldas

están colgadas en la casa de la noche, y llenará tu copa el rio de las aguas negras.

« Se acabaron para tí las risas, acabáronse para tí los cantos. Las Danaides con su larga labor, el buitre devorando las entrañas del Titan, Sísifo subiendo el eterno peso por la eterna montaña; tales serán los objetos que en adelante verás á través de los sombríos vapores que oscurecen el cielo de Pluton.

« Pálido y temblando aguardas ya en la ribera la barca que debe llevarte. Venid, vosotros todos que le llorais; apresurémonos á conducirle á su última morada, á fin de que no se consuma padeciendo por mas tiempo entre los que se hallan privados de sepultura. »

Terminado el canto, el grupo se dividió en dos: el cuerpo de Apecides, colocado sobre su lecho y cubierto de un paño mortuorio de púrpura pasó por en medio, y el fúnebre convoy se puso en marcha.

Abríanla los músicos tocando un aire grave, cuyas armonías eran de vez en cuando interrumpidas por los sonidos de la trompeta funeraria; seguian detrás las lloronas alquiladas, cantando himnos, y los sacerdotes de Isis, con sus vestidos blancos como la nieve, descalzos y llevando en la mano hacecitos de trigo.

Delante del cadáver eran llevadas la imágen del

difunto y las de sus numerosos ascendientes. Cerraba el acompañamiento Iona con sus mujeres. La jóven llevaba la cabeza descubierta y los cabellos flotantes: su rostro tenia la palidez del mármol. Lloraba, mas sus lágrimas eran mudas como su dolor.

Despues de haber atravesado lentamente la ciudad, el acompañamiento llegó á la plaza de los sepulcros. Allí se elevaba la hoguera fúnebre, compuesta de ramas y troncos de abetos, y rodeada de esos sombríos cipreses que la antigüedad habia consagrado á la mansion de los muertos.

Cuando el cadáver estuvo colocado en la hoguera, Iona se acercó á él y permaneció algun tiempo inmóvil y silenciosa. Las facciones del difunto habian perdido todas las señales de una muerte violenta: su frente serena y su boca que parecia sonreirse, revelaban aun la calma que reemplazara en él á la duda y á los tormentos morales de que por tanto tiempo fué víctima. Habia muerto para dar testimonio de su Dios, y Dios queria manifestar cuan grato le habia sido este sacrificio volviéndole los primeros encantos de la juventud.

Iona le contempló largo rato sin que se dejase oir el menor rumor en la multitud. Habia algo de terrible y de dulce á la vez en el silencio de la jóven, y cuando lo rompió, fué de una manera brusca y repentina, fué con el acento de la desesperacion.

«¡Hermano mio! ¡hermano mio! esclamó la pobre huérfana cayendo sobre el cuerpo inanimado de Apecides; ¿es verdad que no te volveré á ver?... ¡Oh! ¡despiértate! ¡despiértate! ¿Porqué nos han separado el uno del otro?..... Pero nó, tú no estás muerto, tú duermes. ¡Despiértate! ¡despiértate!»

El sonido de su voz penetrante escitó la compasion de los espectadores, los cuales empezaron tambien á dar gemidos que volvieron á Iona en sí: levantó los ojos, y vió que no estaba sola: mas á lo léjos descubrió á Medon, el esclavo de Diomedes, que con la mano levantada al cielo parecia decirle: «No lloreis; aquel á quien acabais de perder está en el seno de Dios; podréis encontrarle allí arriba.»

Aquel gesto que nadie mas que ella pudo ver ó interpretar, pareció calmar su dolor: levantóse, besó muchas veces los ojos, la frente y la boca del difunto, y luego sin saber fijamente lo que hacia, tomó la antorcha fúnebre de las manos del gran sacerdote de Isis.

Los sonidos de la música y los cantos de las lloronas que entonaron un himno al viento, anunciaron que iba á elevarse la llama sagrada.

Iona estaba sentada un poco apartada mientras se consumian lentamente el cuerpo de su hermano y la hoguera. Apoyada la cabeza entre las manos, ni

veía la llama, ni oía la música: solo la dominaba un sentimiento, el del abandono. Mas este sentimiento se hallaba templado por otro que ella no podia esplicarse, el de una esperanza todavía vaga que habia hecho nacer en su alma el espresivo gesto de Medon, ó para hablar con mas exactitud, la bondad del Señor que su hermano imploraba por ella.

La brisa de la mañana aceleró la accion del fuego. Emblema de la vida del hombre, la llama se amortiguó poco á poco hasta apagarse; pronto no quedó mas que un poco de ceniza en el lugar que ocupara la ardiente hoguera.

Los asistentes apagaron las últimas chispas y en seguida recogiéron las cenizas. Mojados en los vinos mas esquisitos y envueltos con los mas preciosos perfumes, aquellos restos fueron colocados en una urna de plata, la cual junto con el vaso lacrimatorio y la moneda consagrada á Caronte fué encerrada en un sepulcro inmediato al camino.

Mas al dia siguiente, cuando el sacerdote que estaba de servicio volvió al sepulcro con nuevas ofrendas, encontró en medio de esos vanos adornos de la supersticion pagana un ramo verde de palmera que una mano desconocida habia puesto en él. No la quitó, porque ignoraba que era el emblema sepulcral de que se servian los cristianos.

Terminadas todas las ceremonias, una de las *præficæ* roció tres veces á los asistentes con el ramo

purificador de laurel, y pronunció las últimas palabras: *I, licet*, y todos repitieron llorando el afectuoso saludo: *Salve æternum.*

Mientras que algunos de los que habian acompañado el convoy se quedaban para compartir con los sacerdotes el banquete funerario, Iona y sus mujeres volvian tristemente á la ciudad. Mas una vez tributados los últimos deberes á su hermano, pudo dirigir sus pensamientos hácia su futuro esposo, y la acusacion contra él dirigida.

Preguntó á sus mujeres, que hasta entónces habian guardado silencio para no turbar su dolor, y supo que Glauco habia estado peligrosamente enfermo, que estaba preso en casa de Salustio, y que debia comparecer pronto ante el tribunal.

Confusa, fuera de sí y sin saber apenas á donde iba, apresuró como por instinto el paso. Tan pronto queria ir á ver el pretor y comunicarle sus sospechas, como volar al lado de Glauco para consolarle, prodigarle sus cuidados y probarle de esta suerte que le creía inocente.

Hallábase ya de regreso en la ciudad: estaban ya abiertas las puertas, pero habia aun poco movimiento en las calles, cuando de repente se encontró cerca de un grupo que rodeaba una litera abierta. Un hombre salió del grupo, y Iona dió un grito al reconocer á Arbaces.

«Perdonadme, Iona, dijo el Egipcio con fingi-

do dolor, si interrumpo vuestros piadosos dolores: mas el pretor, temiendo que os halleis complicada en el proceso de un hombre á quien no podeis menos de compadecer, como á vuestro futuro esposo, sin dejar de perseguirle como asesino de vuestro hermano, os ha confiado á los cuidados del que es vuestro tutor ante la ley. Ved ahí el escrito que os pone bajo mi vigilancia.

—¡Retírate, miserable! esclamó con orgullo Iona: ¡eres tú el que ha asesinado á mi hermano, y querrian confiar su hermana á tus manos que humean aun con su sangre!... ¡Ah! ¡te pones pálido! ¡tiemblas al pensar en los rayos de un Dios vengador!

—Vuestro dolor os ha turbado la razon, repuso Arbaces, esforzándose en vano para recobrar su calma: os perdono vuestras palabras insensatas, y me encontraréis siempre, como hasta aquí, vuestro mas seguro y leal amigo. Vamos, Iona, la litera os aguarda.

—Arbaces, dijo entónces la de mas edad de las sirvientas de Iona, eso no está conforme á la ley. ¿No está escrito que durante los nueve dias despues de los funerales, los parientes del difunto no deben ser molestados en su morada, ni interrumpidos en su dolor solitario?

—Mujer, dijo Arbaces en tono imperioso, te digo que he alcanzado la autorizacion del pretor.....

Mas este retardo es inoportuno; traed la litera.»

Un minuto despues Arbaces habia colocado en ella á Iona, que habia perdido el conocimiento, y que desapareció pronto de la vista de sus mujeres desconsoladas.

CAPÍTULO XXI.

Nydia y su custodio. — Astucia de la ciega.

—

Apenas llegó Nydia á las inmediaciones del templo de Isis, donde le dijera Arbaces que encontraria á Iona, cuando dos esclavos vigorosos la cogieron y la encerraron apesar de sus gritos èn una celdita apartada, donde era imposible que nadie la oyese.

Tres dias habian trascurrido sin que el esclavo encargado de su custodia hubiese querido responder á las preguntas que le dirigia, y habia pasado orando aquellos tres dias de angustia.

Al terminar el tercer dia, cuando empezaban á

derramarse ya por la tierra las sombras de la noche, Nydia se puso á gritar de nuevo, con la esperanza de que alguno la oiria y acudiria en su ausilio.

«Hola! muchacha, dijo el esclavo abriendo la puerta ¿te ha mordido acaso algun escorpion?»

Por el sonido de la voz de su custodio, Nydia conoció que no era el que tan obstinadamente se habia negado á contestarle, y renovó sus preguntas.

«¿Dónde está tu amo? dijo, ¿y porqué estoy encerrada aquí? tengo necesidad de aire y de libertad: déjame salir.

—¡Ay! niña, ¿ignoras acaso que la voluntad de mi señor es absoluta? Mandó que te encerrasen, así se hizo y yo soy tu custodio. Tú no puedes gozar aquí ni de aire ni de libertad; pero puedes tener lo que vale mas que esto, buen alimento y vino.

—¿Y qué es lo que puede exigir el grande Arbaces de una jóven como yo?

—No sé, á menos que te destine á servir á su pupila.

—¡Cómo! ¿Iona está aquí?

—Sí; ¡la pobre! y temo que no esté aquí muy á su gusto.

—¿Quieres conducirme á su lado?

—Está enferma; por otra parte no tengo órden

para ello, y nuestro amo nos ha enseñado á no pensar jamás por nosotros mismos.

— Pero ¿qué mal hay en permitirme ver á Iona?

— Presumo que ninguno. Mas ¿porqué te interesas tanto en su suerte?

— Porque ella se interesa en la de mi amo.

— ¡Glauco! ¡Ah! ayer ha empezado su proceso, el mismo dia en que se tributaban los últimos honores á su víctima. Créese que darán cuenta de él las garras del leon ó los dientes del tigre.»

Nydia saltó de su asiento como si una flecha le hubiese atravesado el corazon: dió un grito penetrante y echándose á los piés del esclavo:

«¿Quieres matarme? le dijo con un acento que enterneció el corazon duro de aquel hombre. Pero no, no es posible; dime que quieres asustarme, que me ocultas la verdad. ¡Habla! ¡habla!

— En verdad, cieguecita, que no entiendo nada en eso, y puede ser que la ley sea menos severa de lo que creía. Pero Arbaces es el acusador de tu amo, y el pueblo aguarda un criminal para la arena. Podria ser, sin embago, que se contentase con el Nazareno.

— ¿Su nombre? preguntó con viveza la ciega.

— Olinto, el enemigo mas encarnizado de nuestros dioses. Va á ser condenado á muerte por haber blasfemado de Cibeles.

— ¡Oh! no temo la muerte por él, repuso Ny-

dia con una calma que sorprendió al esclavo.

— Pues yo creía que pertenecias á la nueva secta.

— Pór esto mismo me alegro, pensando que la muerte le valdrá á Olinto la palma del martirio.

— Es preciso convenir en que vosotros los nazarenos sois una gente muy estraña. No estais contentos sino cuando se os persigue, y correis á la muerte con tanta prisa como la tenemos nosotros en huir de ella.»

Nydia hubiera por ventura aprovechado esta ocasion para esplicar al esclavo la causa de semejante prodigio, si no se hubiese ofrecido de nuevo á su mente el peligro que corria su amo. Despues de haber reflexionado largo rato en los medios de escaparse del cautiverio á que se veía condenada, impaciente por hallarse al lado de Glauco, se volvió al esclavo que la observaba con curiosidad, y le dijo:

«Puesto que ni tú ni tu amo me quereis dejar salir, permíteme al menos respirar el aire fresco á la puerta de este cuarto: sufro de estar así encerrada.»

Sosia, que así se llamaba el esclavo, no se atrevió al principio á ceder á la súplica de la ciega por mas que le parecia justa, puesto que hacia en el cuarto un calor sofocante; pero reflexionando en la órden precisa que le habia dado su señor de no re-

husar nada á la prisionera, escepto toda comunicacion con el esterior, y creyendo que no habia peligro alguno en dejarla estar en la puerta; acabó por consentir, y abrióla él mismo.

Nydia le dió las gracias, y habiéndose levantado, fué tentando por la pared, y se detuvo en la entrada. Con una mano tenia cogida la puerta y con la otra apartaba los cabellos de su frente, como para mejor respirar el aire de la noche.

« ¡ Qué bien se está aquí! dijo un instante despues. Creo que en esta atmósfera tan fresca y tan suave comeria mas á gusto que en esa cárcel estrecha y mal sana. »

El buen Sosia se apresuró á satisfacer los deseos de la cieguecita; y entró en el aposento para ir á buscar la cestita de fruta que habia traído aquella misma tarde. Mas al bajarse para cogerla, cerróse bruscamente la puerta y se quedó en una oscuridad completa: la corriente de aire habia apagado la lámpara.

Corre al momento á la puerta y quiere abrirla; estaba cerrada por fuera, y ya Nydia atravesaba el jardin.

Entónces, aunque tarde, reconoció su yerro. Veíase preso en lugar de aquella á quien debia custodiar. Quiso al principio llamar; pero temiendo que Arbaces lo oyese, resignóse á su suerte y resolvió aguardar hasta al dia siguiente con la espe-

ranza de que los demás esclavos, viendo que no volvia, vendrian á sacarle de su encierro.

Mientras que, cogido de esta manera en el lazo, Sosia se lamentaba de su suerte, Nydia, con esa habilidad particular en hallar su camino que le hemos reconocido, se dirigia hácia la puerta del jardin, palpitando de temor y de esperanza.

De repente oyó una voz fuerte y los pasos de dos personas que se acercaban. Era la voz de Arbaces. Detúvose un momento llena de terror, y luego, encomendándose á la proteccion de la Providencia, continuó marchando al acaso bajando por una rampa muy inclinada.

El aire era de cada vez mas frio y húmedo: esto la tranquilizó; pues sospechó que estaba cerca de los subterráneos de aquella opulenta morada, ó por lo menos en un sitio donde se podia creer segura. No tardó sin embargo en oir de nuevo las pisadas, y distinguió la voz de Caleno que conversaba con su maestro.

Tornó de nuevo á huir estendiendo los brazos hácia delante, á fin de no tropezar en los macizos pilares que sostenian la bóveda; mas cada vez que se detenia para tomar aliento oía los mismos pasos y las mismas voces. Por fin se halló detenida por una pared que parecia deber cortarle el paso.

Despues de haber buscado inútilmente un sitio donde esconderse, resolvió seguir la pared en toda

su longitud, y habia recorrido ya un largo trecho, cuando dió de cabeza contra un botarel.

La pobre Nydia cayó al suelo, aunque sin perder el conocimiento: no exhaló ningun grito y hasta dió gracias al cielo por un incidente que le habia conducido á un sitio donde podria ocultarse á las miradas del que parecia perseguirle. Deslizándose en el ángulo formado por el botarel, se agachó tanto como pudo, y aguardó su suerte con una entera confianza en los ausilios de Aquel que le habia librado ya de su encierro.

CAPÍTULO XXII.

Arbaces y Caleno. — Nydia recobra la esperanza.

—

Nydia habia distinguido la voz de Arbaces y de su interlocutor; mas la inquietud que la atormentaba no le permitió seguir su conversacion.

Vamos á referirla sucintamente.

«Hace una noche deliciosa, dijo el Egipcio á

Caleno, que lo mismo que su maestro habia bajado al jardin para respirar los perfumes de la tarde: ella me recuerda el dia en que, hace veinte años, admiraba por vez primera las bellas playas de Italia. La edad avanza, querido Caleno; sepamos al menos gozar de la que nos queda.

—Vos podeis disfrutar de la vida, respondió Caleno. Teneis una salud robusta, grandes riquezas, os son asequibles todos los placeres, y hoy podeis saborear el de la venganza.

—Sí, espero que mañana el tribunal nos librará á mí de un rival odioso y al mundo de un asesino.

—¡Asesino! repitió lentamente y con aire significativo Caleno. Haceis bien en acusarle de ese crímen; vuestro interés así lo exige. Vos sabeis sin embargo mejor que nadie que es inocente.

—Esplícate, dijo friamente Arbaces, que estaba preparado á oir lo que él habia ya sospechado.

—Oculto en el bosque detrás de los árboles lo ví y lo oí todo. No os acuso; vuestro valor os ha librado de un enemigo y un apóstata..... Por otra parte yo estaba solo.

—¿Y qué hacias en el bosque en aquellas horas?

—Habia sabido la apostasía del hermano de Iona y que debia hallarse en aquel sitio con Olinto.

Queria sorprenderles en la discusion de los infames proyectos trazados contra nosotros por los nazarenos.

—¿Has dicho nada á nadie de lo que viste?

—Por los dioses.....

—¡Basta! nos conocemos: ¿qué son para nosotros los dioses?

—¡Pues bien! por el temor de vuestra venganza juro que no.

—¿Y porqué me has ocultado hasta ahora este secreto?

— Porque, porque..... tartamudeó Caleno confuso y turbado:

—Porque, le interrumpió Arbaces sonriéndose, querias hacerme comprender que una palabra tuya bastaria para echar por el suelo todos mis proyectos, y probarme que tan solo de tí dependia el hacer que cayesen sobre mi cabeza los furores del pueblo que he dispertado con mis intrigas, de suerte que si la boca del leon no se abria para Glauco, se abriese para Arbaces; ¿no es verdad?

—¡Sois realmente un mago! y puesto que tan bien habeis leído en mi corazon, no quiero desmentiros.

—¿Así pues tú aguardas una recompensa proporcionada al servicio que me has hecho? Pronto estoy á dártela. Si puedo pagarte con oro, fija tú mismo la suma.

— He oido decir que en los subterráneos que se estienden debajo de esta casa conservabais tesoros no inferiores á los que poseía Neron. Una pequeña parte de esas riquezas haria de Caleno el sacerdote mas rico de Pompeya, al paso que seria para vos un insignificante sacrificio.

— Ven pues, Caleno, tú eres un antiguo amigo, y has sido siempre mi mas fiel servidor. Tú no puedes abrigar ningun deseo de quitarme la vida, ni yo de acortar la recompensa que mereces. Vas á bajar conmigo á esos subterráneos, y esta noche misma te llevarás todo lo que puedas ocultar bajo tu traje. Al ver lo que posee tu amigo, comprenderás lo insensato que seria hacer traicion á quien tiene tanto que dar. Cuando Glauco haya dejado de existir harás una segunda visita al tesoro..... ¿Crees ahora que te hablo como amigo y con franqueza?

— ¡O el mas grande y mejor de los hombres! esclamó Caleno llorando casi de alegría, podríais olvidar los...

— Silencio; me darás las gracias mas adelante.»

Caleno se estremeció cuando al llegar al fondo de los subterráneos donde no se habia atrevido jamás á bajar, vió á su derredor los muros desnudos y los enormes pilares sobre los cuales tan solo derramaba la lámpara que llevaba Arbaces una luz triste é incierta.

«Y sin embargo, dijo el gran sacerdote que ha-

bia notado el temor de Caleno, estos horribles sitios son los que proporcionan los recursos para el lujo de las salas que se levantan encima de nosotros. Son como los operarios cuyos modales groseros miramos con desden, y que sin embargo alimentan el orgullo del que les desprecia.

—El festivo Glauco habitará mañana un lugar que será no mas seco, pero sí mucho menos espacioso que este, dijo Caleno en el momento en que pasaban por delante del botarel detrás del cual estaba la ciega agazapada.

—Sí, mas al dia siguiente tendrá un espacio mucho mas vasto y ventilado en el anfiteatro. Y ¡cuándo pienso que una palabra tuya podria salvarle y poner en lugar suyo á Arbaces!...

—Esta palabra no será jamás pronunciada.

—Tienes razon, querido Caleno, replicó el Egipcio apoyándose familiarmente sobre el hombro del sacerdote; *no lo será jamás*. Mas hénos aquí á la puerta.»

Arbaces sacó del cinturon un anillo del cual pendian muchas llaves, y abrió una pequeña puerta profundamente empotrada en la pared y guarnecida de barras de hierro.

«Entra, amigo mio, mientras yo levanto la lámpara á fin de que puedas saciar tus ojos con la vista de mis tesoros.»

Impaciente Caleno no aguardó una segunda in-

vitacion; mas apenas hubo pasado el dintel de la puerta cuando la mano vigorosa de Arbaces le empujó hácia adelante.

« *¡Aquella palabra no será jamás pronunciada!* » dijo soltando una carcajada y cerrando la puerta detrás del sacerdote.

Caleno habia caído derribado de muchas escaleras; pero no sintiendo por el momento el dolor de la caída, subió hácia la puerta, y golpeándola con fuerza con sus puños cerrados, esclamó con una voz semejante al ahullido de una fiera.

« ¡Ah! ¡abrid! ¡abrid! yo no os pediré nada.

—Todo el oro de la Dalmacia, respondió Arbaces, no te proporcionaria un mendrugo de pan. ¡Muere miserable! Tus últimos gemidos no despertarán los ecos de estas paredes, ni el aire revelará jamás que el insolente que ha amenazado que podia perder á Arbaces, ha muerto royendo en medio del hambre la carne de sus huesos. ¡A Dios!

— ¡Ten piedad de mí!... ¡infame malvado! Qué es lo que...»

El resto de esta frase no llegó á oídos de Arbaces que subia ya la rampa. Halló en medio de su camino un inmundo sapo y se apartó para no hacerle daño.

«Eres un animal inmundo y asqueroso, dijo, pero no puedes hacerme daño; por esto te dejo vivir.»

Desde el rincon donde estaba oculta, Nydia habia sabido la desgracia que amenazaba á su amo. ¡Debia ser condenado al dia siguiente! El terror sin embargo que le sobrecogiera al principio, cedió pronto el lugar á la esperanza: existia aun un hombre que podia salvar á Glauco, y ese hombre respiraba allí cerca. Ella oyó sus gritos, sus imprecaciones, sus ruegos. Estaba preso, pero ella sabia el secreto de su calabozo: si lograba escaparse, podia ir á avisar al pretor y hacer que diese libertad á su amo.

Despues de haber aguardado con la mas viva ansiedad que Arbaces se hubiese alejado y que todo estuviese en silencio, se deslizó hasta la puerta del subterráneo donde estaba encerrado Caleno.

Tres veces probó de hacerse oir, y tres veces interceptó su débil voz la maciza puerta. Por fin habiendo encontrado la cerradura, aplicó á ella los labios, y el preso oyó pronunciar su nombre.

«¿Quién va allá? esclamó Caleno, cuya sangre se helaba y cuyos cabellos se erizaban de sorpresa y espanto.

— Tranquilízate, Caleno, respondió la ciega, no soy ningun espectro. Sin que Arbaces lo sepa acabo de ser testigo de su perfidia. Si puedo salir de aquí, te salvaré; pero responde antes á mis preguntas.

— ¡Ah! bienaventurado espíritu, sálvame, y

venderé hasta los vasos del altar para pagarte este beneficio.

—No tengo necesidad de tu oro, sino de tu secreto. ¿Puedes librar al ateniense Glauco de la muerte que le aguarda? ¿Te hallas en estado de probar su inocencia?

—¡Lo puedo!... ¡lo puedo!... Por esto me ha encerrado Arbaces en este calabozo donde quiere que perezca de hambre. Sálvame, y te aseguro que no habrá en Pompeya cabeza mas segura que la de Glauco. Yo mismo he visto á Arbaces dar el golpe fatal: yo puedo probar el crímen de este y la inocencia del otro. Si muero, Glauco morirá tambien. ¡Ah! aun cuando viese el infierno abierto debajo de mis piés, hablaria. Sí, ¡venganza contra el pérfido! ¡venganza!

—Basta, dijo Nydia, yo te sacaré de aquí. Dios que me ha conducido hasta este sitio, me protegerá al través de los peligros que tengo aun que arrostrar. Aguarda con confianza y paciencia.

—Pero sé prudente, jóven estranjera. No vayas á probar de ablandar el corazon de Arbaces: ese corazon es de mármol. Ve á ver al pretor: dile todo lo que sabes. Trae aquí soldados y cerrajeros: pero no pierdas tiempo: puedo, si no te das prisa, morir de hambre. ¡Oh! anda... ó mas bien, aguarda... Es horrible estar solo en esta tumba en me-

dio de escorpiones... ¡Ah! y las pálidas larvas... ¡Oh! ¡quédate! ¡quédate!

—¡Valor! te dejo para tu bien. A Dios.»

Y así diciendo Nydia se deslizó poco á poco por entre los pilares, y llegó por fin á la entrada del pasillo que conducia fuera. Mas detúvose allí, creyendo que seria mas seguro aguardar que todos los de la casa durmiesen. Agachóse segunda vez en el suelo y se puso á orar. Su alegría era sin embargo mayor que su inquietud. Glauco estaba en peligro de muerte... y ella iba á salvarle.

CAPÍTULO XXIII.

Arbaces en presencia de Iona. —Nydia cae otra vez cautiva.

—

Despues que hubo vuelto á sus aposentos, la primera diligencia de Arbaces fué dar calor con muchas copas de un vino fuerte y cargado de especies á sus miembros ateridos por el frio y la humedad de los subterráneos. El triunfo que acababa de alcan-

zar reduciendo al silencio á un hombre que podia de un momento á otro ser su enemigo, habia llenado su corazon de alegría y de orgullo, y poco trabajo le costó arrojar de su espíritu la idea de los sufrimientos y de la muerte lenta y cruel de su antiguo cómplice.

Faltábale tan solo dar cuenta á los sacerdotes de Isis de la desaparicion de su cólega. Pero habíale empleado muchas veces en diversas misiones religiosas en las ciudades inmediatas, y podia suponer que esta vez lo habia mandado á llevar á los templos de Isis, de Estabias y de Nápoles, ofrendas espiatorias por la muerte de Apecides.

«Y una vez que Caleno haya muerto, añadió el Egipcio hablando consigo mismo, podré arrojar su cadáver al Sarno. Si algun dia se le descubre no podrán menos de recaer las sospechas sobre los nazarenos, á quienes se acusará de haber querido vengar la muerte de Olinto entregado á las fieras.»

Animado por esta esperanza Arbaces olvidó á Caleno para dirigir todos sus pensamientos hácia Iona. La última vez que la habia visto, le habia obligado á retirarse por el amargo desprecio que le manifestara. En aquel momento sintióse con valor para renovar sus tentativas, y en su consecuencia se dirigió al aposento que servia á su pupila de cárcel.

Habiendo sabido por la esclava que estaba fuera

de la puerta, que Iona no se habia aun acostado y que parecia estar mas tranquila que de ordinario, entró atrevidamente en su aposento.

Encontró á su pupila sentada delante de una mesita, con la cabeza apoyada en ambas manos, los labios entreabiertos y los ojos fijos: sus largos cabellos negros que caían en desórden sobre sus espaldas, aumentaban con su contraste la palidez de sus mejillas.

Arbaces estuvo contemplándola un momento antes de acercarse. Ella levantó los ojos, y cuando hubo reconocido al Egipcio los bajó de nuevo con una espresion de dolor, pero sin hacer ningun movimiento.

« ¡ Ah! dijo Arbaces adelantándose respetuosamente y sentándose cerca de la mesa, ¡ ah! si mi muerte pudiese disipar vuestro odio, ¡ con qué placer consentiria en morir! ¡Me habeis cogido aversion!... Pero respondedme, Iona, aunque sea para denostarme.

—¡Volvedme mi hermano y mi esposo! contestó esta con voz tranquila y suplicante, y rodaron copiosas lágrimas por sus mejillas.

—¡Pluguiera á los dioses que pudiese volver la vida al uno y al otro la libertad! Mas tal vez Glauco sea absuelto, y entónces seréis libre de absolverle ó condenarle vos misma. Y no creais, Iona, que quiera obligaros á unir vuestra suerte á la mia:

permitidme tan solo que sea para vos lo que fuí antes, un amigo, un padre, un protector. ¡Ah! ¡compadecedme y perdonadme!

—Yo os perdono. Salvad á Glauco, y la infelíz Iona renunciará á él para siempre.»

Y levantándose débil y temblando fué á echarse á los piés de su tirano.

«Arbaces, continuó diciendo, acordaos de las cenizas de mi padre, acordaos de los dias de mi infancia, y salvad á Glauco.

—Mas si lograse salvarle, apesar de la severidad de las leyes romanas, ¿consentiríais en ser mi esposa?

—¡Vuestra esposa! repitió Iona poniéndose en pié, ¡vuestra esposa!... La sangre de mi hermano no ha sido vengada todavía. ¿Quién le mató?... ¡Oh Nemesis! ¿debo para salvar á Glauco revelar el secreto que me has confiado? Arbaces... ¿vuestra? ¡jamás!

—¿Qué significan, Iona, estas palabras misteriosas? ¿Porqué unir mi nombre con la idea de la muerte de vuestro hermano?

—Los sueños los unen, y los sueños vienen de Dios. Escuchadme, Arbaces. Vos sois grande para el mal como para el bien. Si salvais á Glauco, renunciaré á ser su esposa; pero no puedo serlo vuestra. Esta es mi resolucion, que nada podrá hacerme cambiar. Así pues, Arbaces, repa-

rad el mal que habeis hecho; salvad á un hombre que jamás será vuestro rival. De esta suerte probaréis que teneis un corazon noble y generoso.

—Basta, Iona. Todo cuanto pueda hacer por Glauco, lo haré; pero no me acuseis si nada alcanzo. Mis propios enemigos os dirán si he perdonado ó no fatigas para desviar de su cabeza la fatal sentencia. Yo os dejo. ¡Ojalá que tengais sueños mas agradables!»

Iona no replicó, y Arbaces salió abandonándose á las incertidumbres de lo porvenir, y lisonjeándose de que algun dia lograria triunfar de la obstinacion de su pupila: mas era ya demasiado tarde para salvar al Ateniense.

Al entrar en su cuarto se acordó de Nydia, y envió al momento á Callias, uno de sus libertos, á que fuese á advertir á Sosia que no permitiera á la ciega, bajo ningun pretexto, el que saliese de su aposento. Temia que encontrase algun medio de hacer saber á Iona que estaba allí.

Despues de andar buscando largo tiempo á Sosia, Callias lo llamó en alta voz. La respuesta salió del cuarto de Nydia.

«Callias, ¿sois vos quién me llama? ¡Abridme al momento! ¡os lo suplico!»

El liberto retiró el cerrojo, y Sosia se apresuró á salir de su encierro. «¡Ah! la bruja, dijo,

me ha engañado: ¡ella será causa de mi perdicion!

— En efecto, repuso Callias, venia de parte de Arbaces á recomendarte que no la dejases salir ni un instante de su aposento, y encuentro que ella se pasea libremente, mientras que tú estás preso en su lugar.

— ¡Infeliz de mí! ha abusado de mi condescendencia; mas yo os lo contaré todo despues. Corramos en pos de ella para alcanzarla..... Sin embargo ¿si estuviese ya en salvo?

— La puerta del jardin está cerrada; tengo la llave en el cinto.»

Y entrambos se pusieron á registrar los aposentos y todos los rincones del peristilo, despues de lo cual salieron al jardin.

Pasaba esto poco mas ó menos en el momento en que Nydia acababa de dejar su escondrijo. Atreviéndose á respirar apenas, adelantábase con lijera planta, primero marchando á lo largo de las colunas, rodeadas de flores, que bordaban el peristilo, luego subiendo al terraplen del jardin, y por último pasando por debajo de los árboles mas copudos donde esperaba estar menos espuesta á ser vista. De esta manera llegó á la puerta, mas ¡ay! la puerta estaba cerrada.

Mientras que sus manos pasaban una y otra vez temblando sobre el inexorable obstáculo que aca-

baba de detenerla en su fuga, Callias y Sosia, que se hallaban tan solo á algunos pasos de distancia, se reían de sus esfuerzos y se preparaban á apoderarse de su presa.

«Mirad, dijo Sosia en voz baja al liberto, levanta los ojos al cielo... ruega..... ahora se postra á la manera de los nazarenos; pero por mas que haga, no la salvará su Dios de nuestras manos... Levántase de nuevo, y se vuelve por donde ha venido. Ya es tiempo de detenerla.»

Terminadas estas palabras, acercóse poco á poco á la cieguecita, y cogiéndola por el brazo:

«¡Ah! ¡querias escaparte! le dijo; ya te cogí.»

Lanzó la infeliz un grito penetrante al sentir la mano de su carcelero. ¡Pobre Nydia! acababa de perder la última esperanza de salvar á su desgraciado bienhechor.

«¡Dioses! dijo Callias, este grito va á derramar la alarma en toda la casa: y Arbaces que tiene el sueño tan lijero! será preciso poner á esa hechicera una mordaza.

—¡Sí, sí! ya que es ciega, será necesario hacerla muda.»

Sosia le ató un pañuelo á la boca, la cogió en brazos, y la llevó al cuarto de donde se habia escapado.

Al encontrarse sola y libre del lienzo que cerraba su boca, el primer uso que hizo de la palabra

fué invocar con mayor fervor al árbitro soberano de los destinos del mundo.

«¡Dios mio! dijo, ¡vos sabeis que tan solo os pido la vida de mi amo para la salvacion de su alma! ¡Oh! no permitais que muera antes de haberos reconocido por su Dios y su Salvador. Si pudiese seros grato el sacrificio de mi existencia, yo os la ofreceria de todo corazon para salvar la suya.

Yo estoy, cual él, á merced de mis enemigos: porque son ellos, los ministros de un ídolo infame, los que han muerto á vuestro servidor Apecides, y los que para ocultar su crímen lo han hecho recaer sobre un inocente á quien aborrecen, porque no cree en todos los locos errores que imponen á los ignorantes.

¡O bienaventurado Apecides! vos que habeis muerto mártir de la fe; vos que gozais al presente de la recompensa prometida por nuestro Salvador á los que dan testimonio de su santo nombre, ved nuestra debilidad. Nuestros enemigos se regocijan con nuestra humillacion: rogad al Señor que confunda su orgullo, y que conceda á mi amo y á vuestra hermana, á la vez que la libertad, la dicha de conocerle y amarle.»

Despues de esta oracion Nydia se sintió aliviada. Echóse en seguida en su cama, donde se durmió pronto con un sueño profundo y tranquilo.

CAPÍTULO XXIV.

Los amigos de Glauco.—El calabozo y las víctimas.

—

Iba á terminar el tercero y último dia del proceso de Glauco y de Olinto. Algunas horas despues que el tribunal hubo levantado la sesion y proclamado la sentencia, hallábase reunida una sociedad escogida en casa de Pansa.

«¿Con qué nuestro amigo ha sido condenado á muerte? dijo Lépido.

—Sí, á pesar de sus negativas, respondió Salustio. Verdad es que el testimonio de Arbaces era irrecusable. Le vió dar el golpe.

—¿Pero qué motivo podia tener Glauco?

—Segun la deposicion del gran sacerdote de Isis, Apecides echó en cara á Glauco su vida disipada y le rehusó la mano de su hermana. De ahí provino una disputa bastante acalorada, entre el novio y el hermano de Iona, y en fin el polpe dado por el primero en un acceso de delirio del cual no ha curado aun

enteramente. Todavía en la actualidad el infelíz ignora el crímen que ha cometido. Tal es al menos el parecer de Arbaces, que ha manifestado en la declaracion tanta indulgencia y miramientos como la justicia permitia.

—¡Oh! en esta ocasion se ha hecho sumamente popular, repuso Lépido. En consideracion sin embargo á las circunstancias atenuantes que acompañaron al crímen, me parece que la curia hubiera debido aflojar un poco en su severidad.

—Y es lo que indudablemente hubiera hecho, á dejarle el pueblo en libertad de obrar. Los sacerdotes nada habian descuidado para exasperar al populacho, al cual hicieron creer que siendo Glauco rico no le seria difícil escapar al castigo; y la curia, aturdida por los clamores de esas fieras no se ha atrevido á negarse á despojarle de sus derechos de ciudadano y condenarle á muerte, á pesar de que solo hubo contra el Ateniense una mayoría de tres votos. Nuestro amigo no es lo que era en otro tiempo, si bien nada ha perdido de su serenidad y de su firmeza.

—Es preciso ver, añadió el edil, si esa misma firmeza la conservará mañana. Por otra parte ¿qué mérito hay en ese valor cuando Olinto, el infame ateo, demuestra otro tanto?

—¡Blasfemo! esclamó Lépido con piadoso despecho: ya no hay que estrañar que últimamente

uno de los decuriones haya sido muerto por un rayo estando el cielo sereno (1). Los dioses están irritados contra Pompeya porque encierra á ese mónstruo dentro de sus muros.

—Y sin embargo, replicó Pansa, el tribunal le ha ofrecido su perdon con tal que consintiese tan solo en quemar algunos granos de incienso sobre el altar de Cibeles. Dudo que los nazarenos se mostrasen tan tolerantes como nosotros si fuesen ellos los dominadores y blasfemáramos nosotros de sus ritos, por mas que, segun dicen, no quieren forzar la voluntad de nadie y solo piden la libertad de honrar á su Dios á su modo. En cuanto á Glauco se le concede una esperanza de salvacion en consideracion á las circunstancias atenuantes: se le permite defenderse del leon con el mismo estilo de que se sirvió para su crímen.

—Es una esperanza bien menguada, replicó Salustio, cuando una espada y un escudo podrian bastar apenas á nuestro antiguo amigo para librarse de los dientes y de las uñas de esa fiera terrible. Pero me alegro que le hayan dejado poco tiempo entre la sentencia y su ejecucion, porque es morir dos veces aguardar la muerte. Ha sido una dicha para él el que

(1) Plinio refiere este fenómeno acaecido algunos dias antes de la destruccion de Pompeya.

los juegos del anfiteatro estuviesen precisamente señalados para el dia despues de su sentencia.

—El pueblo, dijo Pansa, está contentísimo del resultado del proceso. ¡Temia tanto ver pasar los juegos sin que se hallase un criminal para las fieras! y ahora tenemos dos... Pero es necesario ser justo para con el pueblo. Él sobrelleva todos los trabajos, y por consiguiente no debe privársele de una diversion que hace su felicidad y que nada nos cuesta.»

Durante esta conversacion, algunos soldados conducian á Glauco á una pequeña puerta situada al lado del templo de Júpiter: la puerta se abrió y se le hizo entrar por ella en la cárcel. Pusiéronle delante un pan y un cántaro de agua, y le dejaron sepultado en las tinieblas.

Abandonado de esta suerte á sus reflexiones apenas podia el infelíz persuadirse de que no era un sueño todo lo que por él pasaba; tan súbito habia sido el cambio de fortuna que precipitara su juventud en el abismo de la ignominia.

La robustez de su constitucion habia triunfado del veneno, del cual por fortuna no bebiera mas que una escasa parte, y habia recobrado el uso de sus sentidos y de su razon: quedábale no obstante una vaga opresion que oscurecia su mente. Su valor natural y su orgullo de griego le habian dado fuerzas para vencer todo temor indigno de él, y oir la sen-

tencia de muerte con una serenidad que sorprendió hasta á los que le conocian mas particularmente.

Mas ahora que se hallaba solo y en silencio, y que las miradas de los hombres no sostenian su valor, se hallaba triste y abatido. Los gritos de la multitud que antes le aplaudiera en los juegos y que pedia despues su muerte, resonaban todavía en sus oídos; parecíale ver aun los rostros indiferentes y glaciales de sus antiguos amigos, de sus compañeros de placer, ninguno de los cuales estaba allí para consolarle, para alentarle. Aquellas paredes solo debian abrirse para él por el lado del circo, donde le aguardaba una muerte cruel é ignominiosa.

¡Y Iona!... ni una sola palabra para animarle, ni un mensaje de compasion recibido de ella. ¡Le habia abandonado tambien! ¡tambien ella le creía culpable! ¡y de qué crímen! ¡de la muerte de su hermano!

Apretó los dientes, suspiró en alta voz, y se preguntó si en su delirio habia realmente cometido el crímen de que se le acusaba. Sin embargo y por confusa que fuese su memoria de lo pasado, creía recordar distintamente el bosque de Cibeles, el rostro pálido del hermano de Iona y por último el golpe que le habia derribado á él. Mas estaba allí tambien Arbaces, el hombre á quien habia temido siempre por instinto, antes de haber descubierto en él

un rival!... Acaso era víctima de alguna trama infernal urdida por ese enemigo tan poderoso, tan astuto, y al asaltarle esta idea suspiró de nuevo.

Una voz salida del fondo del calabozo respondió á esos acentos de desesperacion.

«¿Quién es mi compañero en este sitio? dijo la voz. Ateniense Glauco, ¿eres tú?

—Tal era al menos el nombre que me daban en los dias de mi felicidad. ¿Y el tuyo, estranjero?

—Olinto, el sacerdote cristiano.

—¿Aquel á quien llaman el ateo?

—¡Ay! dijo Olinto, los que me han condenado merecen mas que yo este nombre, porque ellos reniegan del único Dios verdadero, de ese Dios desconocido al cual levantaron tus padres un altar, y que el Apóstol fué á revelarles.

—Y ese Dios no ha podido salvarte de la muerte, de la misma manera que los mios no han podido convencer de mi inocencia á mis jueces.

—Lo hubiera podido y lo puede aun, mas ha preferido en su infinita bondad concederme el favor de morir por él, y léjos de quejarme le doy las gracias por esta prueba de su amor. No creas que me haya abandonado: está conmigo en este calabozo: su sonrisa atraviesa estas tinieblas, y esperimento ya un preludio de esa felicidad eterna que nos ha merecido la muerte de nuestro Salvador.

—Dime, replicó con viveza Glauco, ¿no he oido

tu nombre unido al de Apecides durante el curso del proceso? ¿Me crees culpable?

—Nó, no es sobre tí sobre quien recaen mis sospechas; es sobre tu mismo acusador, sobre Arbaces.

—¡Ah! tú me consuelas... Y ¿porqué sospechas de Arbaces?

—Porque me es conocido el perverso corazon de ese hombre, y porque debia temer á aquel de quien le ha libertado la muerte.

—Es verdad. Apecides habia sido iniciado por tí en los misterios del cristianismo, y su antiguo maestro debia temer que revelase los de Isis. Ahora comienzo á comprender lo que en vano me esforzaba en esplicarme. Arbaces se habrá aprovechado de mi embriaguez ó de mi delirio para hacer creer á una multitud imbécil, y quizás para hacerme creer hasta á mí mismo, que era yo quien habia cometido el asesinato. No puedo sin embargo comprender aun esa locura que me sobrevino tan de repente.

—Solo Dios puede leer en el fondo de los corazones; mas creeré siempre que has sido víctima de una traicion. Apecides me habló de tí con los mayores elogios; me ha dicho muchas veces que se tenia por dichoso en poder darte su hermana en matrimonio, porque te distinguias entre todos sus amigos por tu templanza, y esta es una cualidad

muy rara entre los ricos de nuestra época. No era pues la embriaguez la que te hacia obrar: por otra parte tu delirio presentaba síntomas tan espantosos, que no pude menos, al verte, de mirarlos como efecto de un veneno. Pero sea lo que fuere, estás sentenciado y mañana serémos borrados los dos del número de los vivos.»

Glauco habia escuchado las palabras de Olinto con un interés fácil de comprender; pero le chocaron sobre todo las últimas, que resonaron en su alma mas fuertemente que las que, despues de su proceso, le habian anunciado su sentencia. No respondió y hubo un silencio que duró algunos minutos. Al fin replicó con un acento dulce pero lleno de timidez:

«Cristiano, ¿cuál es pues la esperanza que te sostiene en esta hora fatal en que el mundo solo se nos presenta como una sombra?

— La de ver á mi Dios cara á cara, y gozar en compañía de los ángeles y de los santos de una felicidad que no tendrá fin... ¡Ah! ¡qué no puedas participarla contigo, Glauco!»

Este deseo y la espresion de ternura con que fué pronunciado, movieron el alma del jóven griego. Sintió por Olinto una simpatía mas profunda que la que inspira una simple comunidad de infortunio, y se acercó á él; pues los italianos, hasta feroces en ciertas ocasiones, no eran inútilmente crueles en

otras circunstancias, y permitian á las víctimas condenadas á morir en la arena conversar y consolarse mútuamente.

«Sí, continuó el cristiano con una santa firmeza, la inmortalidad del alma, la resurreccion y una eternidad de dichas, son las grandes verdades que nuestro Dios vino á anunciar á los hombres, cuando descendió entre ellos para redimirles con su sangre.

— Enséñame pues tus doctrinas y esplícame tus esperanzas,» dijo Glauco profundamente conmovido.

Olinto se apresuró á satisfacer los deseos del Ateniense y, segun acontecia muy á menudo en los primeros siglos del cristianismo, la luz de la fe iluminó el alma de Glauco en medio de las tinieblas del calabozo y estando en presencia de la muerte.

———

CAPÍTULO XXV.

Sosia compra su libertad.—Una nueva esperanza para Glauco.

—

El encargado de la custodia de Nydia, cual si hubiese temido un nuevo engaño de parte de la ciega, no fué á visitarla hasta al dia siguiente de su desgraciada tentativa, muy entrado ya el dia. Aun entónces, despues de haber dejado en su cuarto la cesta que contenia sus alimentos y el vino, se apresuró á salir cerrando la puerta.

Si bien no veía ninguna posibilidad de escaparse de su encierro, la cieguecita resolvió no abandonarse á la desconfianza; sabia que la única esperanza de salvacion que quedaba á Glauco estribaba en ella, y llena de fe en la Providencia, supo conservar su sangre fria.

A fin de que no le faltasen las fuerzas por si acaso se presentaba alguna ocasion favorable, tomó como de costumbre su alimento, y continuó revolviendo en su mente una multitud de pro-

yectos que tenia que abandonar apenas los concebia.

En el interin Sosia era su sola esperanza, el único instrumento que pudiese hacer servir para su objeto. Cruzando los brazos sintió el roce de unos ricos brazaletes que le regalara su amo y de una cadena de oro que Iona le habia, hacia poco, pasado al rededor del cuello, y atravesó su mente una idea luminosa.

Despues de haber aguardado en vano hasta la tarde á que volviese su carcelero, púsose á gritar con tanta fuerza, que Sosia acudió muy mal humorado y preguntó la cáusa de aquel alboroto.

«¿Qué significa esto, jóven esclava? Si continuas gritando así será preciso ponerte una mordaza. Si mi amò lo oyese no serian tus espaldas, sino las mias las que lo pagarian.

—No me riñas, buen Sosia. ¡Me es tan penoso estar tanto tiempo sola en este cuarto! Quédate un poco conmigo, te lo suplico. Te prometo que no procuraré escaparme: pon tu silla arrimada á la puerta y ten los ojos fijos en mí; yo no me moveré de mi sitio.»

Movido Sosia de esta súplica, ó satisfecho quizás de haber hallado con quien conversar, porque estaba solo como Nydia, tomó una silla que colocó delante de la puerta, y sentándose en ella:

«Consiento gustoso en tu demanda, respondió;

pero cuidado con ello: nada de burlas como la de ayer.

—Nó, nó... Dime, querido Sosia, ¿qué hora es?

—El dia toca á su término; las cabras vuelven de los pastos.

—¡O Dios!... ¿y el proceso?

—Glauco y Olinto han sido condenados. El dia de mañana será el último para ellos. Sin tí, desdichada, me hubiera sido permitido ir al circo con los demás esclavos.»

Nydia se habia desmayado: la naturaleza habia sido mas fuerte que su valor. Sosia no lo echó de ver, porque anochecia, y estaba demasiado preocupado con sus propias privaciones. Continuó lamentándose y acusó á Arbaces de injusticia por haberle elegido entre todos sus compañeros para hacer el oficio de carcelero. Estaba todavía hablando, cuando Nydia recobró el uso de sus sentidos exhalando un largo y doloroso suspiro.

«Te hace suspirar mi desgracia, dijo el esclavo: bien está, esto es al menos un consuelo, puesto que reconoces lo que me cuestas; así pues no quiero quejarme mas.

—¿Cuánto necesitas, Sosia, para comprar tu libertad?

—¿Cuánto?... cerca dos mil sestercios.

—¡Alabado sea Dios! ¿Vés estos brazaletes y esta cadena? valen dos veces mas esta cantidad. Te los daré, si...

—Calla, no vayas á tentarme; no puedo librarte. Arbaces es un amo severo y terrible; y todos los sestercios del mundo no me librarian de su cólera.

—Pero yo no te pido mas que una hora. Déjame salir á media noche y volveré antes que amanezca, á menos que quieras acompañarme tú mismo.

—Nó, replicó Sosia con resolucion. Un esclavo desobedeció un dia á Arbaces, y no se volvió á hablar mas de él. Si la ley no da al dueño derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, tambien puede decirse de ella que es mas humana que eficaz. Yo sé que Arbaces siempre encuentra medio de tenerla en su favor. Por otra parte, una vez esté muerto ¿podrá resucitarme la ley? Nó, no quiero esponerme á semejante peligro.

—¡Pues bien! no te negarás al menos á llevar por el mismo precio una carta en mi nombre. Tu amo no puede matarte por esto.

—¿Y á quién?

—Al pretor.

—¿Al magistrado?... Es imposible. Se me obligaria á declarar en justicia, y las preguntas que se dirigen á un esclavo van siempre acompañadas del tormento.

—Sea; no hablemos mas del pretor: pero supongo que no tendrás que temer los mismos peligros de parte de un amigo de tu amo, de Salustio.

—¡Ah! ¿qué quieres de él?

—Glauco fué siempre para conmigo un amo generoso y lleno de bondad. Va á morir y no puedo suportar la idea de que en su última hora dude acaso de mi agradecimiento. Salustio es su amigo y se encargará gustoso de mi mensaje.

—¡Y crees tú que á estas horas se ocupe Glauco mucho en una esclava ciega!

—¿Sosia, quieres ser libre? dijo Nydia levantándose: hoy está en tu mano el serlo: mañana será tarde.»

El esclavo se dejó vencer, y consintió.

«Dame esas joyas, dijo, y me encargaré de tu carta... ¡Pero aguarda!... ellas no te pertenecen: tú eres esclava.

—Fué Glauco quien me las dió. Por otra parte ¿para qué las necesitaria? no temas que las reclame.

—Basta. Voy á traerte papiro.»

Aunque ciega de nacimiento, Nydia sabia escribir. Su padre le habia enseñado á formar las letras conduciéndole la mano, y ella se aprovechó tan bien de sus lecciones, que escribia con una facilidad sorprendente.

En algunos minutos hubo concluído su carta, que tuvo la precaucion de redactar en griego, su lengua materna, y que todo italiano de un rango elevado se creía obligado á saber. Ató cuidadosamente el papiro con el hilo protector, cuyo nudo cubrió con cera, y poniéndolo en manos del esclavo:

«Sosia, le dijo, yo soy ciega y cautiva: tú puedes engañarme no llevando la carta á donde va dirigida. Quiero que me prometas que no abusarás de mi confianza.

—Juro por...

—¡Silencio! no quiero tus juramentos. Piensa tan solo que esta carta no puede esponerte á ningun peligro, con tal que la entregues en secreto al amigo de mi amo. Además de las joyas que te he prometido, recibirás de otra persona que se interesa por mí una recompensa que te permitirá gozar plenamente del beneficio de tu libertad.

—¡Eres una muchacha particular, y haces de mí todo lo que quieres! pero tranquilízate, tus deseos quedarán satisfechos.»

Era de noche cuando Sosia se separó de la ciega. No dejó de echar la pesada barra á la puerta de la cárcel, de donde temia siempre que la jóven se escapase, y habiendo atado la llave á su cinturon se fué á su cuarto, donde se envolvió en un ancho manto que podia cubrirlo enteramente, y luego salió de la casa por una puerta secreta y sin que nadie le viese.

No tardó en llegar á la habitacion de Salustio. El portero quiso coger la carta, pero Sosia le puso algunos sestercios en la mano, y le pidió hablar con su amo.

«Bien está, respondió el portero en tono mas

amable; podeis entrar si quereis, aunque á decir verdad, no está mi amo en estado de hablaros. Ha tomado la costumbre de ahogar sus pesares en el vino, y hoy sobre todo no se levantará de la mesa hasta que la borrachera haya echado de su cabeza todas las ideas que le atormentan.

— ¡Escelente sistema en verdad! repuso Sosia. ¡Lo que vale el ser rico! Si yo fuese Salustio, me sentiria inclinado á tener pesares todos los dias..... Pero introdúceme.»

Como habia dicho su esclavo, Salustio desde que volviera de casa de Pansa procuraba olvidar en la embriaguez la desgracia de su amigo. No cesaba casi de suspirar y de llorar, y cuando interrumpia un instante sus lamentos, era para hacer llenar y vaciar su copa.

«¡Ah! ¿quién eres? preguntó á Sosia al serle este presentado.

— «Soy un enviado encargado de entregaros esta carta. No creo que aguarden respuesta.»

Al decir esto Sosia ocultaba su rostro con el manto, y disfrazaba la voz tanto como podia, á fin de no ser conocido por nadie.

«¡Está bien! vete, repuso Salustio en tono desabrido.

Y Sosia se retiró.

«¿Quereis leer la carta? preguntó el liberto que hacia compañía á su antiguo amo.

—¡Una carta!.... ¿Qué carta? replicó Salustio que empezaba ya á perder la razon; como se atreven á invitarme á comer cuando mi..... cuando mi amigo va á servir de pasto á las fieras!»

Y no pudo decir mas: el liberto tuvo que mandar que le metiesen en cama.

Entretanto Sosia volvia á su morada contento con haber ganado á tan poca costa su libertad. Al pasar delante de una casa cuyas ventanas estaban abiertas, vió en el *atrium* un gran número de convidados reunidos al rededor de una mesa espléndida.

Era una reunion de epicúreos cuyos cantos respiraban la filosofía entónces en boga, y que consistia en no conocer mas dios que el placer.

Sosia se detuvo un momento para mirarlos, mientras pasaba una pequeña comitiva de hombres sencillamente vestidos por cerca del sitio donde se habia sentado. En aquel instante los convidados entonaban este canto:

«Amigos, dejemos que los dioses duerman allí arriba. Nosotros sabemos que no hay Dios para esta tierra.»

Antes que hubiesen terminado estas palabras, los cristianos, que tales eran los que acababa Sosia de ver, entonaron á su vez uno de sus himnos favoritos.

«¡El Señor se adelanta en su carroza! ¡Ay de

los impíos que osan desafiarlo! ¡Ay de los insensatos que le niegan!

«Cuando resuene la trompeta del Arcángel los sepulcros se abrirán, el mar saldrá de sus límites, palidecerá el sol y los astros caerán del cielo.

«Al través de las tinieblas que cubrirán la tierra veráse relucir la espada de fuego que separará á los justos de los réprobos.

«¡Infelices, infelices entónces los impíos que blasfeman del Señor! El dia de su venganza se acerca: temblad, pecadores, temblad.»

A estas palabras proféticas sucedió en la sala del festin un silencio repentino. Los cristianos prosiguieron su camino, y Sosia asustado se levantó para continuar el suyo.

Dirigiéronse sus ojos hácia el Vesubio, de cuya cima salia una luz pálida y amarillenta que brilló un instante y desapareció.

CAPÍTULO XXVI.

Presagios siniestros. — Sueño de Arbaces. — El Egipcio recibe una visita inesperada.

—

Habia pasado la noche que debia preceder á los bárbaros placeres del anfiteatro, y habia empezado ya el *último dia* de Pompeya.

El aire estaba en estremo tranquilo y pesado, y cerníase sobre los campos de la bella Campania una niebla lijera, pero triste. Sin embargo los pescadores al volver de sus faenas observaron con sorpresa que, apesar de la escesiva tranquilidad de la atmósfera, las olas del mar estaban agitadas y parecian apartarse de la playa, mientras que el majestuoso Sarno, cuyo cauce se pretende en vano reconocer en el dia, hacia oir un ruído sordo y ronco.

Elevábanse todavía encima de la niebla las torres de la antigua ciudad, los techos cubiertos de tejas rojas, las colunas de los templos, y las estátuas que coronaban las puertas del Foro y el arco

de triunfo. Habíase disipado de repente la nube que por tanto tiempo cubriera la cima del Vesubio, y la montaña parecia sonreir nuevamente á las amenas campiñas que se estendian á sus piés.

Se habian abierto desde muy temprano las puertas de la ciudad. Veíanse llegar de todas partes coches y ginetes, y el aire resonaba con los gritos de los numerosos grupos de gente de á pié que se dirigian, en traje de fiesta, al anfiteatro.

Aunque este era bastante vasto para contener toda la poblacion de Pompeya, era tan grande el concurso de los forasteros en las ocasiones estraordinarias, que la gente se daba prisa en llegar muchas horas antes de que comenzase el espectáculo. En aquel dia la concurrencia era mayor que de costumbre: eran muchísimos los curiosos que querian ver á Glauco y Olinto espuestos á las fieras.

Mientras que el pueblo asediaba la entrada del circo, dirigíase una mujer hácia la morada solitaria de Arbaces. Su traje antiguo y estraño escitaba la risa de los transeuntes; mas esta cesaba apenas le miraban el semblante: su cara era la de un cadáver. Los grupos se apartaban de ella en silencio y con horror, y los que seguian el mismo camino aflojaban el paso para quedarse rezagados. Pronto llegó ante el ancho pórtico del palacio del Egipcio.

Aquella noche, contra lo acostumbrado, Arba-

ces habia dormido tranquilamente; mas cuando empezaba á apuntar el dia, sintióse turbado por sueños espantosos.

Creyóse trasportado á un lugar lleno de huesos humanos, mas en medio de aquellos huesos habia un cráneo, el cual se trasformó poco á poco en la cabeza de Apecides, de cuya boca entreabierta salió un gusano que se fué arrastrando hasta los piés del Egipcio.

Arbaces quiso aplastarlo, pero cuantos mas esfuerzos hacia mas se alargaba aquel y ensanchaba, hasta convertirse en una serpiente enorme que rodeó con sus anchas roscas los miembros del gran sacerdote. Quebrantábale los huesos, y volvia hácia él sus ojos chispeantes y su boca venenosa.

Arbaces luchaba en vano, y se consumia y jadeaba, ahogado por el aliento emponzoñado del mónstruo: sentíase abrasar. En aquel momento salió una voz del reptil que le dijo:

¡Tu víctima es tu juez! El gusano que quisiste aplastar es la sierpe que te devora.

Al querer gritar y resistirse el Egipcio se dispertó. Sus cabellos estaban erizados, cubrian su frente anchas gotas de sudor, tenia la mirada fija y apagada, y sus miembros vigorosos temblaban como los de un niño.

Despues de haber recobrado, no sin dificultad, su sangre fria, dió gracias á los dioses, en los cuales

sin embargo no creía, de que no hubiese sido mas que un sueño.

Paseó sus miradas por todas partes y sonrióse de placer al ver que amanecia. De repente descubrió delante de sí las lívidas facciones de la bruja del Vesubio.

«¡Ah! esclamó tapándose los ojos con las manos, ¿es eso otro sueño? ¿Estoy con la muerte?

—¡Nó, poderoso Hermes! estás delante de una persona parecida á la muerte, pero que vive todavía. Reconoce á tu amiga y á tu esclava.»

Siguióse un largo silencio. Debilitóse gradualmente el frio que helaba la sangre del Egipcio, el cual volvió en sí.

«¡Es pues un sueño!.... dijo. Mujer, ¿qué motivo te trae aquí?

—He venido para darte un aviso, respondió la Maga acercándose á Arbaces.

—¿Un aviso? ¡con que mi sueño no me engañaba! ¿qué peligro vienes á anunciarme?

—Escúchame. Amenaza á la ciudad alguna grave desgracia: huye, mientras que todavía es tiempo. Tú sabes que habito en esa montaña en cuyas profundidades, segun una antigua tradicion, arden todavía los fuegos del rio Flegetonte. En mi caverna hay un abismo profundo; pues bien, en ese abismo he observado recientemente un torrente rojo y sombrío y he oído un ruído alarmante; no sé qué

de terrible parecia silvar y rugir en las tinieblas.

«Mas esta noche, mirando en el abismo, he visto el torrente arrastrando olas de fuego de un brillo espantoso. El animal que vivia conmigo y que estaba á la sazon echado á mis piés, dió un ahullido agudo y espiró (1). De vuelta á mi cueva, he sentido durante toda la noche temblar la tierra bajo mis piés, y aunque el aire estaba tranquilo, oí silvidos de vientos y un ruído semejante al de un carro rodando sobre guijarros.

«Hoy ántes de la aurora he subido á la cima de la roca, y he encontrado en ella una vasta cavidad que no habia visto aun, y de la cual salia un humo que, si bien leve, ha faltado poco para que me asfixiase. He bajado en seguida á mi cueva, y cogiendo mi oro y mis filtros, héme apresurado á dejar ese lugar que me ha servido tanto tiempo de retiro, porque he recordado la siniestra profecía etrusca que dice:

«Cuando se abra la montaña perecerá la ciudad;
« cuando corone el humo los campos ardientes ha-
« brá dolor y lágrimas en los corazones de los hijos
« del mar.»

«Los muros de Pompeya estan construídos sobre rios del infierno, y no dudo que el terremoto que diez y seis años hace, hizo estremecer esta ciudad

(1) Puede suponerse que la muerte del animal fué causada por exhalaciones parecidas á las de la Gruta del Perro.

hasta sus cimientos, era un preludio de una catástrofe mucho mas terrible.

«Ved ahí lo que tenia que deciros, mi temible maestro, antes de abandonar estos sitios.

— Te doy las gracias, hija de Etruria, replicó Arbaces. ¿Ves esa copa de oro que hay sobre esta mesa? tómala; es tuya. Las señales que has visto anuncian ciertamente algun peligro próximo. Mas dime ¿por qué huyes? ¿Qué atractivos encuentras en la vida?

— No es que encuentre agradable la vida, sino que temo la muerte,» respondió la hechicera con una voz sepulcral que aterró al orgulloso astrólogo. Tembló, é impaciente por alejar de sí aquella mujer, que acababa de renovar todos sus terrores de la noche, dijo:

«El tiempo pasa. Es preciso que me prepare para el grande espectáculo de este dia. Hasta la vista, hermana: pronto huiré tambien, y volverémos á encontrarnos.

— Hoy es quizás la vez última que nos verémos sobre la tierra, repuso la Maga levantándose y guardando el regalo de Arbaces entre los pliegues de su vestido; mas ¿á dónde va la llama cuando sale de las cenizas?..... Puede verse la llama en el cieno del lago; y la hechicera y el mago, la discípula y el maestro, el hombre ilustre y la mujer maldita pueden aun volver á encontrarse. A Dios.»

—¡Sal de aquí, mensajera de desgracias! murmuró Arbaces en cuanto se cerró la puerta detrás de la hechicera; y á fin de arrojar de sí las ideas sombrías que habia dispertado aquella mujer en su alma, llena todavía del recuerdo de su sueño, apresuróse á llamar á sus criados.

Era costumbre ir al anfiteatro en traje de fiesta. Aquel dia quiso Arbaces adornarse con su vestido mas ostentoso. Su túnica era de una blancura deslumbradora, y sus numerosas *fibulæ* (1) estaban formadas de otras tantas piedras de gran valor. Flotaba sobre su túnica un ancho manto oriental que brillaba con los mas ricos matices de la púrpura de Tiro, y sus sandalias, que le subian hasta la mitad de las piernas, estaban adornadas de pedrería incrustada en oro. Hubiérase dicho que iba á asistir á un triunfo; y lo era en efecto para él el ver á su rival caer bajo los golpes de su venganza para no volver á levantarse jamás.

Los hombres de un rango elevado se hacian acompañar al anfiteatro por un numeroso cortejo de esclavos y libertos. La familia de Arbaces estaba ya puesta en órden, aguardando la litera de su se-

---

(1) *Fibula* (lat. fibula), es todavía la palabra de que se sirven los anticuarios para significar un boton, una hebilla, ó un broche antiguo.

ñor. Solo faltaban en ella los esclavos encargados de vigilar á Iona y á Nydia.

«Callias, dijo el Egipcio á su liberto que le ponia el cinturon, estoy cansado de Pompeya, y si el viento nos es favorable partirémos dentro de tres dias.

—¿Y Iona?

—Vendrá conmigo.»

Habiéndose quedado solo Arbaces pasó á su gabinete de estudio y de allí al pórtico, desde donde vió á la muchedumbre que se dirigia al circo. De repente un grito terrible dominó los gritos todos de la multitud: era el rugido del leon. Hubo un momento de silencio que fué seguido de alegres risotadas.

«Brutos, murmuró Arbaces con aire desdeñoso, ¿sois acaso menos homicidas que yo? yo mato tan solo para defenderme; vosotros..... ¡oh! vosotros haceis del homicidio una diversion.»

Dirigió en seguida una mirada curiosa é inquieta hácia el Vesubio. La vasta montaña se dibujaba con sus viñedos sobre un cielo puro y sin ninguna nube.

«Tenemos tiempo de sobra antes que empiece el terremoto,» dijo para sus adentros Arbaces, y se alejó.

Al pasar por delante de la mesa donde estaban los rollos que contenian sus cálculos de astrología:

«Arte augusto, dijo, no te he vuelto á consultar desde que escapé al peligro que me habias predicho. Pero ¿qué importa? yo sé que en adelante mi existencia no será mas que una marcha triunfal. ¿No me lo han demostrado ya los acontecimientos?.... ¡Léjos de mí la duda! ¡léjos de mí la compasion! pronto quedarán cumplidos todos mis votos.»

CAPÍTULO XXVII.

El anfiteatro. — Los gladiadores.

—

Tranquilizada por el relato que le hizo Sosia á su vuelta, Nydia se entregó de nuevo á la esperanza. No cerró los ojos en toda la noche, aguardando siempre la llegada del pretor; mas pasó la noche, apareció la aurora y la ciega no oyó mas ruído que el de los pasos precipitados de los esclavos que se disponian á acompañar á su amo al circo. En esto llegó á su oído la voz imperiosa de Arbaces, y todo volvió á quedar en silencio.

El acompañamiento del Egipcio se encaminó lenta y majestuosamente hácia el circo. Arbaces salió de su litera y se dirigió á la entrada reservada á las personas de distincion, mientras que sus esclavos se confundian con el pueblo en la parte llamada *popularium*. Desde el sitio donde estaba sentado el gran sacerdote podia abarcar todo el anfiteatro de una mirada.

En las gradas superiores estaban las mujeres, cuyos vestidos de mil colores parecian las flores de un jardin. Veíanse debajo de ellas las personas de elevado rango, los magistrados, senadores y caballeros. Los pasillos para ir á estos asientos eran los que servian tambien para entrar los combatientes. Fuertes palizadas separaban en esos corredores á los que pasaban por ellos de las fieras destinadas á los juegos.

Recorrian todo el edificio conductos invisibles de donde salian olorosos chorros de agua que se derramaban sobre los espectadores, y se interceptaban los rayos de sol con espaciosos toldos (*velaria*) tejidos de las mas finas lanas de Apulia y adornadas de anchas rayas carmesíes.

Mas apesar de la calma de la atmósfera, apesar de todos los esfuerzos hechos para tender aquellas telas, no se habia podido unirlas de todos lados, y por entre el ancho espacio que entre ellas quedaba por el lado del Vesubio, veíase la cima y gran parte de los costados de esta montaña.

De repente cesó el tumulto, y los clarines anunciaron la entrada de los combatientes. Dieron lentamente la vuelta al rededor de la elipse, á fin de que los espectadores tuviesen el gusto de admirar sus miembros vigorosos y hacer las apuestas que su vista les sugeria.

En la fiesta que nos ocupa, Pansa habia creído deber hacer por manera que el sangriento drama en vez de disminuir aumentase en interés continuamente, y en su consecuencia Olinto y Glauco fueron reservados para lo último. Glauco debia presentarse en la arena con el leon y Olinto con el tigre.

El anfiteatro de Pompeya no era nada en comparacion del de Roma, donde iban á parar los gladiadores mas célebres y la mayor parte de las fieras importadas de Asia y Africa. Terrible era sin embargo é imponente el espectáculo que ofrecia entónces aquel edificio. En todas aquellas gradas, que se levantaban las unas sobre las otras, habia hacinadas de quince á diez y ocho mil personas, que habian ido allí, no para asistir á la representacion inocente de una tragedia, sino para contemplar los dolores de la agonía en su espantosa realidad; para ser testigos del triunfo sangriento ó de la muerte cruel de cada uno de los desgraciados que entraban en la arena.

Terminadas las ceremonias preliminares, empezaron los juegos por un combate fingido que se die-

ron los diversos gladiadores con espadas de madera. Era esto un preludio ordinario que no ofrecia grande atractivo á la curiosidad pública, mas en el cual sin embargo los actores daban á conocer su habilidad y destreza. Los que mas se distinguieron en él fueron Lydon y dos gladiadores que se habia mandado venir de Roma para esta ocasion solemne.

Presentáronse en seguida dos ginetes galos, los cuales dieron un paseo al rededor del circo haciendo caracolear sus caballos. Iban armados casi como los paladines de la edad media, y llevaban lanzas y escudos ricamente incrustados. Componíase su armadura de bandas de hierro, pero no cubria mas que su costado derecho; encima llevaban mantos cortos enriquecidos con brillantes bordados: cubria su cabeza un casco adornado de crines rojas, y sus piés desnudos estaban encerrados en unas sandalias que no subian mas arriba del tobillo. Corto fué el combate entre esos dos adversarios: despues de algunas escaramuzas sin resultado; el uno de los dos combatientes amenazó con su lanza, con un fingido ataque, la cabeza de su adversario, y como este, al levantar el escudo, dejase un instante el pecho á descubierto, fué atravesado de parte á parte. En el momento en que caía en la arena el pueblo, cuya ferocidad no habia sido escitada aun por la vista de la sangre, dió la señal de compasion;

mas esta vez su clemencia fué inútil: el infeliz habia dejado de existir. Su cuerpo fué en su consecuencia sujetado al gancho fatal y arrastrado al *spoliarum;* y esparcieron arena mezclada con serrin por el suelo para hacer desaparecer las manchas de sangre.

Presentáronse en seguida seis combatientes juntos en el circo, entre los cuales estaba Lydon, el cual fué el que inauguró la lucha con el adversario que le estaba designado: los otros cuatro permanecian apoyados sobre sus armas aguardando el resultado del combate, menos peligroso que los que debian darse mas adelante. El arma de los dos atletas que iban á luchar los primeros era el cesto griego, especie de guante guarnecido de plomo, y atado al brazo con fuertes correas. El antagonista de Lydon era un gladiador de gran nombradía, llamado Tetraides, cuyos miembros carnosos y robustos contrastaban con las formas débiles y delgadas del jóven hijo de Medon. Los dos rivales, casi enteramente desnudos, se acercaron el uno al otro midiéndose con la vista. Tetraides fué el que dió el primer golpe, mas Lydon dobló la rodilla, de suerte que el terrible golpe asestado por su contrario pasó por encima de la cabeza, y levantándose en seguida le dió con su cesto un golpe en el pecho, que le hizo vacilar. Alentado por los aplausos de la multitud, el jóven gladiador acosó mas y mas á su enemigo, y

si bien no pudo evitar todos los ataques tan felizmente como el primero, acabó por derribar á Tetraides á sus piés de un golpe que le dió en las sienes.

Segun las reglas del juego Lydon no habia alcanzado aun una victoria completa, sino que debia volver á luchar con el mismo adversario con espada y coraza; pero habiendo los empleados del circo declarado que Tetraides no estaba en disposicion de tomar parte en un nuevo combate, Pansa decidió que Lydon ocuparia el lugar del primer gladiador que quedase vencido.

Fijóse la atencion de los espectadores en los cuatro actores que habian permanecido hasta entónces inmóviles y que á su vez iban á ocupar la sangrienta arena. Dos de ellos eran los gladiadores romanos que hemos ya mencionado y que debian combatir el uno contra el otro: iban cubiertos de hierro y llevaban además grandes escudos, teniendo por armas ofensivas largas espadas con punta.

La otra pareja de combatientes ofrecia un aspecto mucho mas estraño: uno de ellos era un gladiador de estatura gigantesca, que solo iba armado de un tridente ó lanza de tres puntas, y cuyo cuerpo no resguardaba ninguna armadura: vestia una túnica de diversos colores y una redecilla ceñia la cabeza; mas llevaba en su derecha una larga red, doblada de manera que podia desplegarse á voluntad suya cuando

la lanzaba. Esta arma, en apariencia tan poco temible, era sin embargo fatal muchísimas veces al gladiador, que al verse aprisionado entre sus apretadas mallas, no podia ni desenredarse ni hacer uso de sus armas, y se hallaba por consiguiente á discrecion de su adversario. Llamábase *retiarius* ó el que combate con la red al atleta que adoptaba este modo de pelear. El que figuraba en el anfiteatro de Pompeya llamábase Niger: tenia por antagonista un gladiador famoso por su fuerza, llamado Esporo, el cual iba armado de una espada y de un escudo redondo: no llevaba ninguna otra arma defensiva mas que un casco con visera cerrada para resguardar su cabeza.

Esa lucha con armas tan distintas y que exigia de parte de los dos combatientes una ciencia especial, era muy particularmente del gusto de los espectadores, á quienes ofrecia una abundancia grande de emociones poco comunes.

Ya los dos combatientes se hallan en presencia el uno del otro observándose con ojos atentos. El gladiador amenaza con su espada el pecho del *retiarius* que se retira á lentos pasos. De repente cuando se cree á la distancia necesaria, se precipita hácia delante y echa su red; mas Esporo ha evitado el lazo fatal agachándose, y se precipita sobre su contrario lanzando un grito de triunfo: pero Niger ha recogido ya la red y poniéndosela en la espalda evita,

corriendo por el circo, los golpes de su adversario, que no puede alcanzarle. El pueblo rie y aplaude con una alegría frenética.

Entretanto y mientras el gigante huía, arregla su red y la lanza segunda vez sobre Esporo, que la evita de nuevo, pero mas diestro, en esta ocasion, alcanza con su espada la pierna de Niger y le hace una ancha herida. El combate toma entónces otro carácter. Niger, imposibilitado de huir, lucha de cerca y para con su tridente los repetidos golpes de su adversario: Esporo, queriendo aprovecharse de la dificultad que tiene su enemigo de cambiar de posicion, procura describir un rápido círculo á su derredor; pero no ha calculado bien la longitud desmedida del brazo de Niger: acércase demasiado al coloso, y las puntas agudas del tridente vienen á herir su pecho. El desgraciado gladiador cae bajo la violencia del golpe, y como no puede volver á levantarse, la red mortal le envuelve por todas partes, sujeta todos sus miembros y le reduce á la impotencia.

Acaba de reconocerse vencido bajando sus brazos, y el *retiarius* triunfante pasea su vista al rededor de la asamblea, aguardando que los espectadores decidan si ha de vivir ó perecer el desgraciado que enrojece la arena con su sangre. Ni una sola mano se adelanta en señal de gracia y de misericordia: en vano el mismo Esporo vuelve los ojos

apagados y suplicantes á las apretadas filas de esa multitud, para cuya diversion acaba de jugarse la vida: aquella inhumana muchedumbre permanece en una cruel inmovilidad, guarda un silencio mortal; y como el tridente de Niger no puede dar una muerte pronta, adelántase á paso lento una especie de verdugo, armado de una espada ancha y corta, á ejecutar la sentencia decretada por el pueblo. Consulta de nuevo con la vista á la asamblea que continua inmóvil: brilla la espada en el aire y es inmolada otra víctima á la feroz diversion del circo.

CAPÍTULO XXVIII.

Lydon.— Aviso dado al pretor.

—

Los cristianos no se dejaban ver nunca en estos espectáculos crueles, que mas adelante debia la religion abolir. Sin embargo, en las gradas elevadas

del anfiteatro de Pompeya hubiera podido distinguirse á un fervòroso sectario de la nueva religion, quien parecia tomar por momentos el mas vivo interés en el espectáculo que ofrecia el circo, y que en otros parecia olvidarlo completamente para caer en un ensimismamiento profundo. Era Medon que, lleno de ansiedad, seguia con indecible emocion las suertes favorables ó contrarias á su hijo. Mientras que Lydon habia combatido, el anciano padre esperimentó sucesivamente las mas crueles alternativas de la esperanza y del temor; mas durante los juegos que habian seguido, habia permanecido inmóvil y con los ojos bajos, rogando con fervor por la vida de su hijo, y sobre todo por la salvacion de su alma. En el momento en que los dos gladiadores romanos iban á hallarse en presencia el uno del otro, levantóse de repente y lanzó sobre la arena una mirada fija é inquieta; en efecto una reflexion repentina acababa de recordarle cuanto interesaba á su hijo aquella lucha en que no tomaba parte, puesto que, segun habia declarado el pretor, Lydon debia reemplazar á cualquiera de los gladiadores que quedara fuera de combate. El pobre anciano seguia por consiguiente con afan cada movimiento de los antagonistas: en la agitacion que le dominaba ni se acordaba siquiera de su libertad, que debia ser el fruto de la victoria de Lydon: solo pensaba en su hijo, y esperaba que la vista de sus

canas apartaria al jóven temerario del fatal proyecto que el cariño filial le inspirara.

Los dos adversarios puestos en frente el uno del otro y amenazándose con la espada, observábanse con recelo. Enardeciéronse poco á poco; sus movimientos fueron mas veloces y resonaron mas frecuentes los golpes sobre sus cascos y sus escudos: pronto el de mas edad, con un hábil movimiento, obligó á su enemigo menos esperimentado á descubrirse, y su espada atravesó de parte á parte el pecho del desgraciado, que espiró al momento.

El vencedor se quitó el casco para enjugarse la frente, y dejó ver un rostro varonil y severo, una tez tostada, una barba negra y corta, unos cabellos rizados, y unos ojos negros donde brillaba todo el orgullo romano realzado por la embriaguez del triunfo.

Adelantóse entónces Lydon en la arena, y fué acogido con un murmullo de aprobacion, que corrió de grada en grada, y que al propio tiempo parecia espresar el sentimiento anticipado que causaba la suerte funesta que parecia amenazarle. El mismo Pansa participó de esta emocion, puesto que, dirigiéndose á Lydon, le dijo que podia sin menoscabo de su buen nombre negarse á luchar contra un adversario tan temible y contentarse con la victoria del cesto. En aquel momento el jóven gladiador vió

por primera vez el semblante pálido de su padre que, levantando las manos al cielo, parecia implorar por él la misericordia del cielo. Al verle turbóse un momento y pareció vacilar; mas presentóse á su mente la idea de su padre esclavo, y levantando con altivez la cabeza sin mirar al lado donde Medon estaba, declaró en alta voz que combatiria con el romano para honra de los gladiadores de Pompeya. El pueblo acogió con entusiasmo semejante resolucion.

«¡Y bien! amigo, dijo el vecino de Medon al anciano esclavo, ¿qué es lo que murmuras entre dientes?

—Estoy orando, respondió Medon con calma.

—¿Ruegas?... ¡niñerías! Confia en el valor de tu hijo, mas que en el ausilio de los dioses.»

En aquel momento fué entregada al pretor una carta por uno de los empleados del circo.

«¡Bah! dijo el pretor despues de haberla leído; ¡esto es imposible! necesario es que esté borracho para inventar semejantes locuras.»

Y tiró con negligencia la carta á un lado y volvió á fijar toda su atencion en los juegos, que ofrecian en aquel instante un vivísimo interés.

En efecto, Lydon se habia puesto orgullosamente delante del romano y dado principio al combate con vigor. Su gracia, su juventud, las palabras enérgicas que pronunciara le habian atraído las sim-

patías de todos, y estaban por él todos los votos, sin embargo que las apuestas eran de tres contra uno en favor de su adversario.

El jóven gladiador habia evitado hasta entónces los rudos golpes de su rival, pero empezaba á perder terreno: su respiracion era cada vez mas fatigosa, su brazo iba perdiendo vigor, y su vista se turbaba. No se escaparon á los ojos esperimentados del romano estas señales de fatiga de su contrario.

«Jóven, le dijo en voz baja el romano, eres demasiado débil para un gladiador diestro y avezado á los combates. Renuncia á disputarme la victoria; yo te haré una herida leve, y tú dejarás caer los brazos. Has encontrado gracia ante el pueblo, y saldrás honrosamente del paso.

— ¡Y mi padre continuará siendo esclavo! dijo para sí mismo Lydon. ¡Nó! ¡será libre, ó yo moriré!»

Y viendo que tan solo un esfuerzo desesperado podia salvarle, se lanzó con furor contra su adversario. Despues de una lucha desigual se clavó él mismo en la punta del arma de este y cayó.

Oyóse un grito agudo en lo alto del anfiteatro en medio de las aclamaciones del pueblo, y Lydon fué sacado del circo con la desesperacion pintada en su semblante.

Quedaban terminados con esto los juegos de los

gladiadores; derramáronse por el anfiteatro suaves perfumes, y los empleados del circo cubrieron el suelo de nueva arena.

«¡Traed el leon y á Glauco el Ateniense!» dijo Pansa, el *editor* de los juegos (1).

Despues de estas palabras reinó un profundo silencio en la asamblea, y los espectadores parecieron retener su aliento, tan vivo era el interés mezclado de terror (porque este tambien tiene sus encantos) que esperaban encontrar en la nueva lucha que iba á empeñarse.

El pretor cogió de nuevo la carta que le entregaron antes y la leyó con mas atencion que la vez primera, aunque sin manifestar mas emocion que la de la sorpresa y el embarazo. Aquella carta era de Salustio, el único amigo acaso que quedaba á Glauco.

Aunque turbado por el vino, Salustio no habia podido arrojar de su mente la imágen del Ateniense, que le persiguió hasta en su sueño. Al volver el dia preguntó á su liberto si habia ido al espectáculo alguno de sus criados.

«Nó en verdad: vuestras órdenes eran demasiado terminantes: todo el mundo está aquí.

—Está bien. Quisiera que hubiese pasado ya el

---

(1) Llamábase *editor* aquel á cuyas espensas se hacian los juegos.

dia... ¿Qué es esa carta que veo encima la mesa?

— Es la que os entregaron anoche, y que no pudísteis leer. Si quereis os diré su contenido.

— Sí, esto me distraerá.»

El liberto desató la cinta, y leyó lo que sigue.

«Nydia, la esclava, á Salustio, el amigo de Glauco.

«Estoy presa en casa de Arbaces. Corred á ver «al pretor, venid á librarme y salvarémos aun á «Glauco. Hay entre estas paredes otro preso que «ha visto cometer el crímen de que se acusa á mi «amo, y que puede probar que el culpable es un «malvado del cual nadie se ha atrevido á sospe-«char. No perdais tiempo. Venid con hombres ar-«mados para en caso de resistencia, y con un cerra-«jero para abrir la puerta del calabozo de mi com-«pañero de cautiverio.»

«¡Dioses poderosos! esclamó Salustio estremeciéndose: ¿qué hacer? quizás sea ya demasiado tarde... Voy corriendo á casa el pretor.

— Pero, respondió el liberto, el pretor y el edil son entrambos hechuras del populacho, y este no querrá oir hablar de dilacion. Será mas sencillo que obremos por nosotros mismos. Arbaces habrá probablemente llevado con él todos sus esclavos, al paso que vos teneis en casa todos los vuestros.

— Comprendo. Es necesario armarles á todos é

ir á librar nosotros mismos á los presos. Antes empero voy á escribir al pretor para suplicarle que retarde la ejecucion de Glauco una hora. Ea, pronto, que traigan papiro y una caña.»

CAPÍTULO XXIX.

El bautismo en la cárcel. — Glauco en el circo.

—

Glauco y Olinto habian sido encerrados en la sombría celda donde aguardaban su último combate los criminales condenados al anfiteatro.

« ¿Oyes, Olinto, dijo el Ateniense, los gritos del populacho? son mas espantosos que los rugidos que lanzarán el leon y el tigre cuando los suelten contra nosotros.

—Sí; pero no los temo, respondió Olinto con la mayor calma. Siento que mi Dios me sostiene. ¿Puedes tú, Glauco, decir otro tanto?»

Glauco calló.

«¡O amigo mio! continuó Olinto, ¿porqué no quieres reconocer en esta hora suprema al único y verdadero Dios, delante cuyo tribunal tendrás que comparecer muy pronto? ¿No te he instruído en el calabozo? y mientras que dormias, abrumado por tantas y tan diversas emociones, ¿no he orado y llorado por tí? ¿No me he olvidado de mí en mis sufrimientos, para no pensar mas que en tu salvacion?

— ¡Hombre generoso! esclamó Glauco, yo te he escuchado con respeto, con admiracion y hasta con una inclinacion secreta á dejarme convencer. Si debiésemos ser puestos en libertad, te escucharia aun con interés, y acabaria por abrazar tus creencias; mas en este momento ¿no seria cobardía conceder á un terror pasajero lo que debe ser resultado de largas meditaciones? Tu mismo Dios es tan puro, que no querria aceptar la sumision de un corazon seducido por las promesas del cielo ó asustado por las amenazas del infierno.

—Te engañas, Glauco: nuestro Dios es puro, es verdad, porque es la santidad misma; pero no exige de los hombres una perfeccion superior á sus fuerzas. Si amenaza al impío con su cólera, es tan solo para inspirarle ese temor saludable que es el principio de la sabiduría: ¡cuántos pecadores han vuelto al camino de la virtud por el temor de sus juícios! ¡y sin embargo han llegado á ser santos!

Únicamente los que se endurecen bajo los golpes con que les hiere la mano de la eterna justicia, son los que no merecen perdon. El Señor te permite que le temas, Glauco; mas al temor seguirá el amor, y tú darás un dia gracias á la divina bondad, por haberse servido del terror que inspira la proximidad de la muerte para asegurar tu salvacion.»

Hubo un nuevo silencio en la celda. Glauco parecia absorbido en las reflexiones que habian dispertado en él las últimas palabras del cristiano; Olinto le contemplaba con esa espresion de amor y de tierna compasion que tendrian los ángeles si se presentasen ante nosotros en el momento en que sucumbimos á nuestras pasiones.

«Olinto, replicó en fin Glauco con un tono solemne, creo todo lo que me has enseñado; reconozco que no hay mas que un Dios, y que ese Dios se nos ha manifestado por Jesucristo su hijo.

—¡O amigo mio! ¡bendito sea el cielo! ya no dejaré esta tierra con el dolor de no haber podido convertirte. Tú vas á salir pronto de aquí para gozar por última vez de la luz del dia. No nos volverémos á ver en la tierra; ¡mas allí arriba en el seno de nuestro Dios nos reunirémos de nuevo para no separarnos jamás!»

Resonaron encima de los presos gritos mas fuertes.

«Es hora, Glauco, prosiguió Olinto, de prepararte á comparecer delante de tu Dios. Vamos á emplear en un acto mas noble el agua que nos han dado para apagar nuestra sed.

«Arrodíllate... ¿Crees de todo corazon las santas verdades que te he anunciado?

—Sí: creo que Jesucristo es el hijo de Dios, que se hizo hombre para salvarnos: creo todo cuanto nos ha enseñado, y perdono, como nos lo ha enseñado y nos ha dado él primero el ejemplo, á todos los que son causa de mi muerte.»

E inclinando la cabeza, Glauco recibió de la mano de Olinto el sacramento de regeneracion.

«Permíteme que te abrace, hermano mio, replicó el sacerdote cristiano, porque perteneces al presente á la sociedad de los santos: tú eres ya hijo de esta Iglesia que Jesucristo ha fundado en medio de un mundo perverso, para volverlo al conocimiento del verdadero Dios. Vamos á ser separados el uno del otro; mas si tú mueres primero yo rogaré al Señor para que te haga la muerte suave. Te han dejado una arma para defenderte; puedes servirte de ella, porque te debes á Iona, que no te costará trabajo, estoy convencido de ello, convertir á su vez á la fe, si es que el cielo te concede la victoria.»

En aquellos momentos solemnes, Glauco habia olvidado á Iona. Cuando oyó pronunciar su nom-

bre, tembló, porque no dudaba de que estuviese en poder de Arbaces; pero levantó los ojos al cielo y con un acento que espresaba toda la confianza de que estaba su alma llena:

«¡Dios mio! esclamó, yo la encomiendo á vuestra santa proteccion. Nada puedo hacer en favor de ella; salvadla de las manos del impío, é iluminadla con los resplandores que, en vuestra misericordia, habeis derramado sobre mí. Os encomiendo tambien á mi esclava Nydia: otorgadle la gracia de que sepa que sus votos han sido cumplidos; que su señor ha muerto en la fe y con la esperanza de los cristianos!»

Abrióse la puerta de la cárcel, y brillaron las lanzas á lo largo de sus paredes.

«Glauco el Ateniense, dijo un oficial al entrar, ha llegado tu hora..... ¡el leon te aguarda!

— Estoy pronto, respondió Glauco..... Hermano mio, un postrer abrazo y tu bendicion.»

Olinto abrió los brazos, y estrechó á su amigo sobre su seno: besóle la frente y las mejillas, y corrieron de sus ojos dulces lágrimas sobre el semblante del jóven neófito.

«¿Porqué lloras? le dijo Glauco que podia apenas retener sus lágrimas.

— Lloro de alegría. ¡O amigo mio y mi hermano, que el Señor te acompañe! ¡á Dios!

— ¡A Dios! repitió Glauco con trémulo acen-

to; y desprendiéndose de los brazos de Olinto, siguió al oficial.

Untaron su cuerpo que despojaron de todos sus vestidos, escepto un cinturon que rodeaba sus riñones; pusiéronle en las manos el arma inútil con que le era permitido defenderse, y condujéronle á la arena.

Entró en ella con la actitud noble y tranquila de un viejo guerrero que marcha al combate; tal fué al menos la idea que dispertó su vista en el ánimo de aquellos millares de espectadores que tenian los ojos clavados en él. Un cristiano hubiera encontrado una comparacion mas digna del atleta, á la vez que mas exacta.

El murmullo de odio y de horror que habia precedido su llegada se perdió en un silencio de admiracion involuntaria, y hasta de respeto mezclado de compasion; mas las miradas de los espectadores se apartaron pronto de él para fijarse en un objeto oscuro que ocupaba la estremidad de la arena: era la jaula del leon.

Habian tenido al animal en ayunas por espacio de veinte y cuatro horas: durante toda la mañana habia dejado ver un malestar estraño, que el que le guardaba atribuía al hambre. Su aspecto sin embargo mas bien revelaba terror que cólera; bajaba la cabeza, respiraba el aire á través de las barras de hierro y se echaba; levantándose despues de nue-

vo, empezaba á rugir. A la sazon estaba inmóvil y mudo, con las narices abiertas y apoyadas contra la reja.

Despues de algunos momentos de vacilacion Pansa dió la señal que la multitud aguardaba con tanta impaciencia. El guardian que estaba detrás de la jaula abrió con precaucion la reja, y el leon saltó fuera arrojando un prolongado gemido. El guardian se retiró en seguida por el pasillo reservado á este efecto, y dejó al rey de las selvas solo con su presa.

CAPÍTULO XXX.

Revolucion repentina. — Terrible catástrofe.

—

Al ver el leon nada perdió Glauco de su calma y de su valor; pero creyó deber hacer conocer á aquel pueblo sediento de sangre que le contemplaba, la fuente de donde sacaba su fortaleza y su tranquilidad de ánimo.

Volviéndose hácia las primeras filas, donde estaban sentados los magistrados, hizo la señal de la cruz, recitando en voz alta y distinta las palabras sagradas; y luego se volvió tranquilamente hácia el leon.

En cualquier otra circunstancia el público no hubiera dejado de levantar la voz contra el blasfemo; mas entónces estaba demasiado ocupado en su propio placer para prestar grande atencion al acto religioso de Glauco, y continuó siguiendo con la vista al animal que avanzaba lentamente.

Glauco habia concentrado sus fuerzas de suerte que pudiese sostener con menos peligro la primera embestida del leon, y tenia su arma levantada, con la débil esperanza de que un solo golpe bien dirigido, porque sabia muy bien que no tendria tiempo para dar otro, podia penetrar por el ojo al cerebro de su temible enemigo.

Mas ¡ó sorpresa! la fiera no manifestó siquiera advertir la presencia de la presa que le estaba destinada. Despues de haber dado muchas vueltas sobre sí mismo, se detuvo bruscamente, y levantando la cabeza aspiró el aire con suspiros como de impaciencia, y echóse de repente á correr, mas no contra el Ateniense.

Dió la vuelta al circo buscando con ojo inquieto una salida para escaparse. Probó una ó dos veces saltar el parapeto, y al volver á caer lanzó un

aullido agudo, que no era su rugido atronador.

No daba señal alguna ni de cólera ni de hambre; su cola se arrastraba por la arena en vez de azotar sus costados, y su mirada, aunque se detenia de cuando en cuando en Glauco, se dirigia al momento á otro punto; hasta que al fin, cual si estuviese cansado de sus vanos esfuerzos para escaparse, metióse de nuevo en su jaula y se tumbó en el suelo.

La multitud, viéndose burlada en sus esperanzas, empezó á murmurar, y el *editor* mandó al guardian que cogiese el aguijon, obligase al animal á salir, y cerrase en seguida la puerta de la jaula.

Mas cuando aquel se disponia, no sin temor, á obedecer, dejáronse oir grandes voces en una de las entradas del circo. Todos los espectadores se volvieron hácia aquella parte, la multitud abrió paso, y presentóse Salustio en los bancos de los senadores con los cabellos desordenados, trastornadas las facciones, y pudiendo apenas respirar.

«¡Apartad al Ateniense! esclamó, daos prisa... es inocente; y prended á Arbaces el Egipcio... ¡él fué quien asesinó á Apecides!

—¿Estás loco, Salustio? dijo el pretor levantándose: ¿qué significan estas palabras insensatas?

—¡Apartad en seguida al Ateniense! repitió Salustio con mas fuerza, ó caerá su sangre sobre vuestra cabeza. Pretor, si vacilais, respondereis de ello

ante el emperador. Traigo conmigo un testigo ocular del asesinato de Apecides..... ¡Ciudadanos de Pompeya, prended á Arbaces, que está allí!.... ¡Paso al sacerdote Caleno!»

Pálido, fuera de sí, con los ojos sin brillo como los de un buitre, sin fuerzas ni aun para arrastrarse, Caleno fué llevado hasta el sitio donde estaba sentado Arbaces. Sus libertadores no habian podido darle mas que un poco de alimento para apagar su hambre devoradora; pero sosteníale mas que todo la esperanza de vengarse.

—«Caleno, le dijo el pretor, ¿qué tienes que decir?

—Arbaces es el asesino de Apecides, respondió el sacerdote de Isis; mis ojos le han visto asestar el golpe mortal. Los dioses me han arrancado del fondo de la tumba donde me sepultó vivo, á fin de que proclamase su crímen. ¡Salvad al Ateniense; es inocente!

—¡Sí! ¡sí! gritó el pueblo, salvemos al Ateniense. *¡Arbaces al leon!*»

Y los ecos de las montañas, de los valles y de la costa repitieron este grito terrible: *¡Arbaces al leon!*

«Que se retire á Glauco, dijo el pretor, pero que se le ponga centinelas de vista.»

Apenas se hubo dado esta órden se oyó el grito de una mujer, de una jóven; pero era un grito de

alegría que resonó en todo el anfiteatro. Nada mas tierno, nada mas sagrado que esa voz de niña, y el pueblo contestó á ella con prolongadas aclamaciones.

«Silencio, dijo gravemente el pretor. ¿Quién ha hablado?

—La jóven ciega Nydia, respondió Salustio. Ella es la que ha sacado á Caleno del sepulcro y salvado á Glauco de las garras del leon.

—Verémos eso mas adelante, repuso el pretor. Arbaces, oyes la acusacion dirigida contra tí. ¿Qué respondes á ella?»

Hacia tiempo que las miradas todas estaban clavadas en Arbaces: todos habian visto su turbacion al presentarse Caleno y la palidez de su rostro al grito de muerte levantado contra él. El Egipcio sin embargo no habia tardado en recobrar su imperio sobre sí mismo, y con esa arrogancia que le era natural dijo al pretor:

«Pretor, esta acusacion es tan insensata que no merece respuesta. Mi primer acusador es Salustio, el amigo mas íntimo de Glauco; el segundo es un sacerdote, respetable por su carácter sagrado, pero de una avaricia reconocida, y el testimonio de semejante hombre puede ser comprado.

—Mas, ¿porqué lo encerrastes? replicó el pretor frunciendo las cejas.

—Escúchame. Habíame amenazado con lanzar

esa acusacion contra mí, si rehusaba comprar su silencio á costa de la mitad de mi fortuna. No pudiendo hacer que desistiese de su intento por medio de amonestaciones amistosas, le encerré en un subterráneo, donde entró porque le hice creer que era el lugar donde guardaba mis tesoros. Mi intento era soltarle luego despues de la ejecucion del verdadero criminal. Si soy culpable, ¿porqué ese sacerdote no publicó mi crímen durante el proceso? Entonces era libre todavía. Alejad de aquí al acusado y al acusador: consiento en sufrir la sentencia del tribunal legal; mas no es aquí donde la causa debe ser juzgada: ante la curia es donde únicamente quiero defenderme.

—Tiene razon, dijo el pretor. Guardias, llevad Arbaces y Caleno. Que continuen los juegos.

—¡Y que! gritó Caleno dirigiéndose al pueblo, ¡así será desdeñada la diosa Isis! ¡La sangre de Apecides clama venganza! El leon que ha perdonado al inocente, ¿será privado de la presa que le pertenece?... Un Dios, sí, siento que os habla un Dios por mi boca.... ¡Al leon... al leon Arbaces!... que muera!»

Al decir Caleno estas palabras asaltáronle horribles convulsiones: el pueblo le contempló y estremecióse.

«Un Dios inspira al santo hombre! gritó todo el concurso. Al leon el Egipcio! Arbaces al leon!»

Millares de espectadores se levantaron dando este grito, y precipitándose de las graderías superiores se dirigieron hácia Arbaces. El pueblo se habia vuelto feroz con la vista de la sangre, tenia sed de ella, y la supersticion aumentaba mas y mas su ferocidad.

En vano quiso el pretor hacer oir su voz en medio del tumulto, y envió su guardia para proteger al Egipcio. ¿Mas de qué podia servirle al gran sacerdote esa débil barrera contra las oleadas de aquel torrente furioso?

El temor y la desesperacion se habian apoderado ya del alma orgullosa de Arbaces, cuando mirando por el espacio que dejaban á descubierto los toldos (*velaria*), que como dijimos mas arriba no se les habian podido juntar completamente, vió un espectáculo horrible.

Levantando entónces la mano hácia el cielo, y con ese tono de autoridad con que habia impuesto siempre á la multitud, esclamó:

« Mirad! ved como los dioses protegen la inocencia! Los fuegos del Orco vengador se levantan contra el falso testimonio del que me acusa. »

Los ojos de la multitud siguieron los ademanes del Egipcio, y vieron con el mayor espanto una masa compacta de vapor que se elevaba de la cima del Vesubio á la manera de un pino jigantesco cuyo tronco fuese negro y las ramas de fuego.

Reinó un silencio profundo, horrible, en medio del cual retumbó de repente el rugido del leon, seguido de los aullidos mas agudos y feroces del tigre.

Levantáronse entónces de todas partes los gritos de las mujeres, mientras que los hombres se miraban con silencioso terror. Sintióse en aquel momento temblar la tierra; estremeciéronse los macizos muros del anfiteatro, y oyóse á lo léjos en la ciudad el ruído de los techos que se desplomaban.

Un instante despues dirigióse hácia Pompeya la nube de la montaña; y de aquella nube sombría y rápida como un torrente caía una lluvia de cenizas y de piedras candentes sobre las viñas, las calles desiertas, el anfiteatro, y hasta á lo léjos sobre las olas del agitado mar.

El pueblo habia olvidado la justicia y Arbaces, y nadie pensaba mas que en ponerse en salvo: todo el mundo huía. La multitud aplastaba bajo sus plantas á los que tenian la desgracia de caer; resonaba el aire con imprecaciones y gritos lamentables, y la gente se precipitaba por todos los pasillos fuera del anfiteatro.

Mas ¿de qué lado huir?... Los unos temiendo una segunda sacudida corrian á sus casas para llevarse sus efectos de mas valor; los otros, á fin de librarse de la lluvia de ceniza que continuaba ca-

yendo en las calles, se refugiaban en las casas ó en los templos que hallaban al paso.

La nube que se estendia sobre sus cabezas era de cada vez mas densa y opaca. Era aquello una noche repentina y horrible que venia á usurpar el imperio del dia.

CAPÍTULO XXXI.

Marcha de la destruccion. — Muerte de Caleno.

Admirado del respiro que se le concediera, Glauco habia sido conducido por los empleados del circo á una estrecha celda abierta en los muros del anfiteatro. Diéronle vestidos y se agolparon todos en torno de él para felicitarle.

Nydia, conducida por Salustio, llegó en seguida y se arrojó á los piés de su amo.

« ¡ Nydia !... ¡ hija mia !... ¡ mi libertadora ! dijo Glauco estrechando entre las suyas las manos de la jóven.

— ¡O mi amo! ¡cuánto temíamos llegar tarde! Creía que aquella formidable puerta no se abriria jamás, y fué además preciso aguardar que Caleno hubiese recobrado sus fuerzas agotadas por el hambre. Mas no es á mí á quien deben darse gracias; es á mi Dios.

— Dí tambien el *mio*, » respondió Glauco con entusiasmo.

La jóven ciega quedó admirada.

« Sí, Nydia, tu Dios es ya el mio. Soy cristiano: Olinto me ha bautizado.»

Nydia no contestó; levantó sus ojos hermosos, aunque privados de luz, al cielo, cuyo azul no habia contemplado nunca, y que se llenaron de lágrimas, mientras sus labios murmuraban en voz baja acciones de gracias.

Esta tierna escena fué interrumpida por el acontecimiento que acabamos de describir.

Asustados por los gritos de la multitud, los que custodiaban á Glauco huyeron como los demás, y dejaron el Ateniense en libertad de salvarse como pudiese.

Glauco se acordó entónces de su amigo, de su maestro preso todavía. Cogiendo á Nydia por la mano atravesó rápidamente los corredores y llegó al calabozo donde estaba Olinto, al cual encontraron de rodillas y orando.

« ¡ Levántate! ¡ levántate, Olinto! esclamó el

Ateniense. ¡Dios nos ha librado! ¡Huyamos!»

Condujo al sacerdote admirado fuera de su celda, y mostrándole la nube que se estendia desde el Vesubio hasta la ciudad, le dijo que escuchase los gritos y el ruído de la multitud que huía.

«¡Reconozco aquí la mano de Dios! respondió Olinto; ¡que su santo nombre sea bendito!

—Te dejo, repuso Glauco; pero nos encontrarémos de nuevo en la orilla del mar: allí es á donde debemos dirigirnos. Ve á reunir á tus hermanos.»

Y se alejó con la jóven esclava.

Olinto al irse por otro lado vió delante de sí una celda abierta. Iluminaba una lámpara el fondo de aquel recinto, y Olinto distinguió tres cadáveres desnudos tendidos en el suelo, y oyó al propio tiempo una voz débil pronunciar el nombre de Jesucristo. Entró y vió un anciano lleno de canas, sentado en la arena inundada todavía de sangre, que sostenia sobre sus rodillas la cabeza de un hombre herido y privado de conocimiento. Caían de los ojos del anciano lágrimas ardientes, mas él no las sentia. Su corazon estaba desgarrado. Oraba.

«Medon, dijo Olinto, levántate y huye conmigo. La nueva Gomorra está condenada. Huye antes que las llamas te consuman.

—¡Y mi hijo! respondió el esclavo. Pronto.... ¡oh! pronto habrá dejado de existir, y todavía no ha reconocido á su Dios.... Déjame á su lado. Yo

aguardaré que haya recobrado sus sentidos, y si el Señor me concede la gracia que espero de su bondad, moriré contento.

—Esperemos, hermano mio, contestó Olinto. Mas tú no puedes permanecer aquí. Salvarémos á tu hijo.»

Y cargando al desgraciado Lydon sobre sus espaldas, arrastró al anciano fuera del anfiteatro.

Entre tanto Glauco y Nydia atravesaban la ciudad á pasos precipitados. El Ateniense habia sabido por su jóven libertadora que Iona estaba aun en casa de Arbaces, y corria allí para salvarla.

El escaso número de esclavos que dejó el Egipcio en su morada no pudo oponer ninguna resistencia á la gente armada de Salustio; y desde la primera sacudida del terremoto habíanse aquellos refugiado al punto mas apartado de los jardines.

Habiendo entrado en las habitaciones de Arbaces, Glauco no encontró á nadie; mas apesar de las tinieblas que aumentaban con espantosa rapidez, internóse por ellas llamando á gritos á Iona. Por fin respondió á la suya otra voz que salia del estremo de una galería: era la Ateniense.

Lanzarse hácia su cárcel, romper la puerta, coger á Iona en sus brazos y alejarse de aquellas paredes, fué para él obra de un momento.

Al llegar al punto donde le aguardaba Nydia, Glauco oyó los pasos y reconoció la voz de Arbaces

que venia con sus esclavos á buscar sus riquezas y á Iona antes de dejar el país; mas las tinieblas no permitieron al Egipcio ver á su rival, que pasaba entónces cerca de él, ni el mismo Glauco pudo distinguir mas que los contornos del brillante manto del gran sacerdote.

Los tres fugitivos quisieron ir mas de prisa, mas ¡ay! no veían á dos pasos delante de sí.

El horrible cataclismo que acababa de romper todos los vínculos sociales y confundir todas las clases en una igual desolacion, habia librado á Caleno de sus guardas, como á Glauco de los suyos. Cada cual, obedeciendo á un ciego instinto de conservacion, huía hácia el punto á que le llevaban la costumbre y una vaga esperanza de salvarse. Caleno, sin que pudiese darse cuenta de su determinacion, procuraba dirigirse por entre las tinieblas hácia el templo de Isis.

Al salir del circo, una mano le cogió por su ropa, y una voz ronca le llamó por su nombre, blasfemando contra la oscuridad y el desórden de los elementos.

«¿Quién eres? esclamó Caleno; por nuestra madre comun, que no puedo verte, y tu voz me es desconocida.

—¿Has olvidado á tu amigo Tetraides, tu fiel compañero en tantas noches de orgía?»

Era en efecto el gigantesco gladiador á quien el reposo y el terror habia hecho volver en sí del

aturdimiento que le causara el cesto de Lydon.

«Y bien, repuso Caleno, esta noche que nos cubre al presente puede sernos aun favorable. Sígueme al templo de Isis, donde la necedad del pueblo ha acumulado tesoros inmensos en vasos preciosos, en oro y en pedrería: ¿quién nos impide en medio de la confusion general, cargar con esos ricos despojos y huir por mar? Nadie se acordará jamás de pedirnos cuentas de ellos.

— Admiro tu presencia de ánimo, y no te dejo: sí, gozarémos todavía de buenos tiempos.... Pero ¿ves como vomita el volcan lívidos relámpagos?

— ¡ Déjalo !... Llegamos ya : por aquí.»

El recinto del templo habia servido ya de refugio á un gran número de sacerdotes llenos de terror: los unos se revolcaban por el suelo dando gritos lamentables; los otros abrazaban llorando sus impotentes ídolos. Insolentes y sin creencias durante la prosperidad, se tornaban en el momento del peligro tan supersticiosos como los ilusos de que tantas veces se burlaran.

Caleno llevó á su compañero á un pequeño aposento situado en medio del patio, y encendió una lámpara. El espantoso ruído de que iba acompañada la horrible catástrofe de Pompeya, llegaba tan solo á aquel recinto oculto y casi subterráneo como el de una tempestad lejana. Los ojos siniestros del sacerdote de los ídolos, brillaron con el fuego de

un apetito desordenado al ver á la luz de la lámpara la mesa cargada de ricos vinos, de manjares y frutos esquisitos, restos de un sacrificio á la diosa.

«Un preso á quien han tenido á dieta dos dias, esclamó, tiene derecho de aprovecharse de semejante banquete, apesar de todos los volcanes y de todos los terremotos.»

Y al decir esto se lanzó con avidez sobre los alimentos que tenia delante, y se puso á devorarlos con un afan que en aquel momento inspiraba horror. Su compañero, apesar de su natural grosería, no pudo verlo sin disgusto.

«¿Acabarás de una vez? dijo con impaciencia. Estás colorado como si fueses á reventar, y te salen los ojos de la cabeza.

— ¡Por Júpiter! que no he tenido jamás tan fundados motivos para comer con apetito... Mas ¿qué significan esos gritos? ¿Es que el volcan vomita ahora agua? Vamos á ahogarnos aquí.»

En efecto, para colmo de horror, el Vesubio lanzaba de su cráter inflamado inmensas colunas de agua hirviendo. El líquido abrasador caía en masas compactas ó corria en torrentes impetuosos: mezclábase á la ceniza y formaba un lodo ardiente, cuyas capas iban acumulándose sin cesar las unas sobre las otras.

Uno de aquellos torrentes habia invadido de repente el templo y sepultado bajo la masa de esco-

rias que arrastraba la mayor parte de los sacerdotes reunidos allí, y cuyos últimos gritos acababan de llegar á los oídos de Caleno. Animado este por la ciega pasion de la avaricia, y temiendo no poder ejecutar mas adelante su designio, se lanzó al momento al altar: Tetraides detenido por el horrible espectáculo que tenia á la vista, vaciló, y se detuvo en el dintel de la puerta. Un instante despues vió á Caleno envuelto en un negro torbellino, rodar en medio de las abrasadoras cenizas con las riquezas que queria arrebatar. El mismo fué rechazado hasta el fondo del aposento en que estaba; mas cuando quiso salir halló la puerta obstruída por las cenizas y la lava derretida.

Apoderóse entónces del gladiador una desesperacion horrible. Lleno de rabia, cogió una hacha que halló á mano y se puso á golpear con furor las paredes que le retenian cautivo. ¡Inútiles esfuerzos! Hallóse mas tarde un esqueleto gigantesco tendido, teniendo una hacha al lado, delante de una brecha que llegaba apenas á la mitad del espesor de la pared.

CAPÍTULO XXXII.

Las bodegas de Diomedes. — Glauco y el leon.

—

Entre tanto habia ido disminuyendo la multitud en las calles. Oíase tan solo por acá y acullá la voz de algunos fugitivos que andaban con dificultad al través de las cenizas, ó bien se veía sus semblantes azorados al resplandor de los relámpagos volcánicos (1), ó de las antorchas con que procuraban alumbrarse en su marcha. Mas á cada instante el hirviente aguacero, ó el soplo de un viento misterioso que se levantaba y espiraba al momento, apagaban aquellas luces errantes, y desaparecian con ellas las postreras esperanzas de salvacion de los que las llevaban.

A medida que eran mas negras las tinieblas, alumbraban con mas siniestro fulgor los relámpagos que en torno del volcan brillaban. Ya se les veía de un

(1) Viéronse muchos de esos relámpagos en la larga erupcion de 1779.

color fuertemente azulado, como el cielo del medio dia; ya de un verde lívido, como la piel de la serpiente; ya de un rojo sombrío y espantoso.

En medio de los chubascos oíase un ruído sordo que parecia salir de las entrañas de la tierra, ó los prolongados gemidos de las olas del mar alborotado, ó el agudo silvido de los gases que se escapaban de las grietas de la montaña.

En algunos puntos estaban amontonadas las cenizas hasta la altura de las rodillas, al paso que enormes fragmentos de rocas, lanzadas por el volcan, venian á aumentar las dificultades de los caminos, impracticables ya para los carruajes: tan fuertes y repetidas eran las sacudidas que agitaban el suelo.

Pronto se declaró el incendio en muchos puntos á la vez, y las llamas que consumian las casas y las viñas, si bien servian con su resplandor de grande ausilio á los infelices habitantes, cuyas antorchas apagaban á cada instante la lluvia y el viento, contribuían á aumentar mas y mas el terror de las tinieblas.

Muchas veces al siniestro resplandor de aquellas veíanse con horror grupos de fugitivos, unos corriendo hácia el mar, otros huyendo de la playa al interior de las tierras; porque el mar se habia retirado, y profundas tinieblas cubrian las olas sobre las cuales llovian sin cesar cenizas y piedras.

En medio de aquel desórden universal, Clodio,

procurando conservar su sangre fria y su valor, proseguia solo y lleno de contusiones su camino incierto á lo largo de la calle que conducia á la puerta de Herculano. Creía que al salir de la ciudad estaria fuera del mayor peligro y podria ir facilmente á la de aquel nombre. De repente creyó reconocer una voz lastimera y medio ahogada.

«¡Socorro! ¡á mí! yo soy Diomedes, el opulento Diomedes. He caído; se han apagado mis antorchas: mis esclavos me han abandonado. ¡Socorro! ¡Dos mil, diez mil sestercios al que me ayude á salir de la ciudad!

—¿Dónde estais? dijo Clodio buscando por el suelo á su rededor. ¿Sois vos? Ea, levantaos.

—¡Ah! ¿sois vos, Clodio? ¡Benditos sean los dioses que os han traído aquí! Ya era tiempo, porque me faltaba la respiracion. ¿Hácia dónde huís?

—Hácia Herculano.

—Yo salgo tambien por este lado; pero venid conmigo á mi casa de campo. Conoceis ya las profundas bodegas sobre las cuales está construída; si podemos llegar á ellas, estarémos completamente al abrigo de esta lluvia de cenizas que nos ciega y nos ahoga.

—Es verdad, dijo Clodio; y hasta podrémos, abasteciéndonos de provisiones, aguardar allí que pase esta espantosa tempestad, aun cuando se prolongase muchos dias.

— Hénos aquí delante de la puerta de la ciudad, contestó Diomedes; la luz que debajo de su bóveda brilla todavía nos anuncia que estamos á salvo.»

Al decir estas palabras los fugitivos se apresuraban á salir de Pompeya: en el momento en que atravesaban la puerta, un relámpago hizo brillar el casco del centinela romano que la guardaba: sus facciones inmóviles revelaban todavía su terror: allí habia ido á herirle la muerte, y sin haber querido buscar su salvacion en la fuga, habia preferido perecer en su puesto antes que infringir la disciplina militar.

Fuera de las puertas los dos amigos encontraron algunos personajes conocidos suyos á quienes comunicaron pasando su proyecto; muchos se reunieron á ellos, y pronto se encontraron en bastante número en la quinta de Diomedes, que no habia invadido aun el elemento destructor. Allí encontraron algunos esclavos, á los cuales se mandó que llevasen á la bodega abundantes provisiones, lámparas y aceite; despues de lo cual creyéndose á cubierto de todo peligro, pusiéronse los fugitivos á bailar y á reir con una alegría frenética.

Regocijábanse prematuramente y esperaban en vano sustraerse al implacable fallo del cielo, que habia decretado que no debia salvarse ningun habitante de Pompeya. No tardaron en derramarse por la campiña el torrente devastador, la lluvia de ce-

nizas y los vapores sufocantes. El polvo lijerísimo que levantaba el huracan penetró poco á poco en las bodegas donde Diomedes y sus huéspedes creyeron encontrar un asilo seguro; el aire se hacia cada vez mas denso, y pronto ya no fué posible respirar en él. Los desgraciados se lanzaron entónces hácia las puertas, mas halláronlas obstruidas por defuera: y entre tanto la ceniza fina, penetrando lentamente por todas las aberturas, iba á ahogar sin tardanza á todos aquellos á quienes los subterráneos habian ofrecido un refugio momentáneo... ¡Cuán grande debió ser entónces la desesperacion de aquellos desdichados que se veían condenados á una muerte inevitable, que se adelantaba con marcha lenta, pero fatal é irresistible!

Cuando se hicieron escavaciones en las bodegas de la casa de Diomedes, se encontraron veinte esqueletos amontonados delante de las puertas y completamente enterrados en el polvo, que habia acabado por llenar todo el espacio. Cerca de ellos se veían objetos preciosos y monedas de oro, vasos que habian contenido sus alimentos, ánforas dentro de las cuales el vino se habia solidado, y candelabros que debieron de iluminar la mas terrible de las agonías.

Entre tanto y en medio de la desolacion que llenaba la ciudad, abríanse con dificultad camino Glauco y sus compañeras. De repente muchos centena-

res de personas que se dirigian hácia la playa, pasaron por su lado, y en medio del tumulto de su marcha empujaron delante de ellas á Iona y á Glauco, que no tuvo tiempo para coger y arrastrar consigo á Nydia: la pobre ciega se quedó atrás sola.

Despues que hubo pasado aquella oleada de gente, el Ateniense llamó á Nydia á grandes voces. Viendo que no respondia volvió hácia atrás con Iona: pero en vano: ¡su amiga, su guia se habia perdido! su guia, sí; porque hasta entónces les habia conducido Nydia, que estaba acostumbrada á andar por la ciudad en una noche perpétua.

Iona no tenia fuerzas para pasar adelante. Glauco la cogió en brazos, y llegó, no sin grandes dificultades, al pórtico del templo de la Fortuna, delante del cual á la sazon se hallaban.

La jóven Ateniense lanzó un grito de terror: acababa de ver dos ojos que brillaban en el fondo del rincon donde Glauco la habia dejado. Un relámpago permitió á este reconocer la causa de su espanto. Era el leon del circo.

Tendido entre dos colunas, aquel animal, lleno de terror, parecia aguardar el fin de aquella convulsion de la naturaleza. Hasta se acercó al Ateniense como para pedir su proteccion, y Glauco le dejó que se echase á sus plantas.

Mientras que se hallaban abrigados de una manera tan espantosa, pasaba por delante del templo

un grupo de hombres y de mujeres con antorchas. Eran cristianos. Animaba sus semblantes y dominaba su terror una emocion sublime. Iban cantando salmos, que interrumpian de vez en cuando para esclamar :

« ¡ Infelices ! ¡ infelices de vosotros , fuertes y poderosos de la tierra, que os prosternais delante de los ídolos!... ¡ Ay de vosotros los que derramais la sangre de los santos, y os complaceis en ver la agonía de los hijos de Dios !... ¡ Haced penitencia! llorad vuestros pecados ú os sorprenderá la eterna justicia en medio de vuestros culpables placeres.

— Sigámosles, Iona, dijo Glauco, juntarémos nuestras plegarias á las suyas. Ha cesado de llover cenizas: aprovechemos este momento. ¡Valor! pronto estarémos fuera de peligro.»

Pusiéronse de nuevo en marcha; pero por mas que los cristianos andaban despacio, Iona no pudo seguirles , y volvieron á encontrarse solos en medio de las tinieblas.

CAPÍTULO XXXIII.

Cúmplese la profecía. — Nydia encuentra de nuevo á sus amigos.

—

Nuevos relámpagos volcánicos permitieron á nuestros dos fugitivos guiarse en su camino, hasta entónces incierto: nada sin embargo que pudiese animarles se ofrecia á sus miradas. Las cenizas habian dado á la superficie de la tierra un aspecto repugnante, parecido al de la lepra: en algunos puntos veíanse escorias y rocas amontonadas por debajo de las cuales asomaban acaso los miembros de algun desgraciado aplastado por su caída.

A veces los gritos de las mujeres cubrian los gemidos de los moribundos, sin que nadie pudiese auxiliar á las víctimas de aquel horrible desastre! Pero lo que dominaba todos los demás ruídos eran las esplosiones terribles de la montaña, de donde salian continuamente un diluvio de cenizas y vapores pestilenciales y sufocantes.

«¡Huye, Glauco y déjame morir aquí! No puedo mas.

—Valor, querida Iona. Dios que nos ha protegido hasta ahora, no nos abandonará. Dirijámonos á él con confianza... ¡Ah! ¿vés allí antorchas? son nuevos fugitivos que se adelantan. Procuremos reunirnos con ellos.»

Como para animar á Iona, la montaña dejó un instante de vomitar la muerte, y la atmósfera recobró su primitiva tranquilidad.

«Nos acercamos al mar, dijo con voz tranquila el que acaudillaba el grupo que Glauco veía acercarse. Todo esclavo que sobreviva á este dia tendrá libertad y riquezas. Los dioses me han prometido nuestra salvacion. ¡Adelante!»

El resplandor rojizo de las antorchas vino á iluminar el pálido semblante de Iona á la cual Glauco sostenia en sus brazos. Muchos esclavos llevaban cestas y cofres completamente llenos. Al frente de ellos marchaba Arbaces con una espada en la mano.

«Por mis padres, dijo el Egipcio; el destino me sonrie en el seno mismo del dolor y de la muerte. ¡Retírate griego! yo reclamo á mi pupila Iona.

—Traidor asesino, respondió Glauco con voz firme, Iona no te pertenece: á mí es á quien la ha confiado ese Dios poderoso de quien blasfemas. El que me dió fuerzas para arrancarla de la cárcel en

que la tenias ençerrada, me las dará tambien para defenderla.»

La montaña encendida se levantaba como una hoguera gigantesca en medio de las tinieblas, y presentaba dos cimas, semejantes á dos demonios que se disputasen el imperio del mundo. Pero mientras que la parte superior tomaba un color de sangre, el pié de la montaña aparecia todavía oscuro y velado, escepto en tres puntos, por donde corrian serpenteando arroyos de lava derretida. Aquellos arroyos de un rojo oscuro adelantábanse lentamente en direccion á Herculano.

Los esclavos de Arbaces gritaban y se cubrian el rostro; hasta su dueño permanecia inmóvil contemplando aquel espectáculo aterrador. Detrás de él se elevaba una alta coluna que sostenia una estátua de bronce representando á Augusto. La imágen imperial parecia un espectro de fuego.

Glauco sostenia á Iona con el brazo izquierdo, teniendo el otro levantado y armado del estilo con el cual debia combatir contra el leon. En esta actitud aguardaba con pié firme el ataque del Egipcio.

Despues de haber contemplado la montaña, Arbaces puso los ojos en Glauco.

«¿A qué dudar? dijo para sí mismo; pasó ya el peligro que me anunciaran los astros... El alma, añadió en alta voz, el alma puede desafiar el naufragio del mundo y la ira de los supuestos dioses!

por la fuerza de esta alma quiero vencer hasta el fin... A mí, esclavos! »

Adelantóse un paso... fué el último que dió sobre la tierra. El suelo tembló con tal violencia que se vino abajo todo lo que quedaba en pié. La coluna y la estátua imperial cayeron, rompiéndose el bronce en mil pedazos... *La profecía de los astros quedaba cumplida!*

Cuando el Ateniense volvió en sí del aturdimiento causado por el choque, Iona estaba tendida sin sentido á su lado: mas él no la vió. Sus miradas habíanse fijado en un rostro que parecia salir, sin cuerpo ni miembros, de debajo de los fragmentos de la coluna rota.

Aquel rostro infundia espanto por el dolor y la desesperacion que en él se veían impresos. Los ojos se abrian y cerraban alternativamente, y cual si los animase aun la vida; los labios se agitaban pero sin articular ningun sonido. A poco apoderóse de aquellas repugnantes facciones una inmovilidad repentina dejándoles su horrible aspecto.

Asi pereció el grande Arbaces, el Hermes del Cinturon de fuego, el último vástago de los reyes de Egipto.

Glauco se apresuró á huir con Iona. Nuevas masas de escombros le detuvieron. Volvióse hácia el volcan. En aquel instante una de las dos crestas gigantescas en que se habia dividido la cima, vaciló

sobre su base; y en seguida con un ruído espantoso y en medio de un humo negro, derrumbóse de lo alto de la montaña como un alud de fuego.

Nuevas lluvias de cenizas, mucho mas abundantes que las primeras, derramaron de nuevo la desolacion en las calles (1). Las tinieblas envolvieron á Glauco como un inmenso sudario; vióse obligado á suspender su marcha, y se sentó bajo una arcada teniendo á Iona apretada contra su corazon.

Entretanto Nydia, guiándose con el baston que llevaba siempre, y evitando de esta suerte los escombros que obstruían las calles, habia procurado en vano reunirse con sus compañeros, á quienes llamaba sin cesar á voces, resolviéndose en fin á dirigirse hácia la orilla del mar, donde habia decidido Glauco buscar un refugio.

¡ Pobre niña!... sublime era su valor; mas sosteníala tambien esa Providencia paternal que, queriendo recompensar su fe, la habia tomado bajo su égida protectora. Ella no encontró ninguno de aquellos torrentes de agua hirviendo que corrian por las calles; los enormes fragmentos de escorias que lanzaba el volcan y que rompian en torno suyo el pa-

---

(1) Una espesa lluvia de cenizas caía sobre nosotros, dice Plinio, testigo de aquel desastre, viéndonos obligados á sacudir á cada instante nuestros vestidos, para no quedar sepultados bajo sus capas.

vimento, no llegaban á sus frágiles miembros, y cuando le caían encima las cenizas mas finas, sacudia tranquilamente sus vestidos y proseguia sin temor su camino.

Millares de personas se habian refugiado en los campos, sin saber por donde huir, cuando acaecieron la esplosion y el sacudimiento que fué tan fatal á Arbaces.

Redoblando Nydia sus esfuerzos para hallar á Glauco, encontró á Sosia que llevaba una antorcha y que la reconoció. Preguntóle al momento noticias de su amo, y Sosia le dijo que acababa de verle muerto ó moribundo bajo una arcada del Foro.

Nydia no contestó una palabra, sino que regresó á la ciudad. Llegada al Foro, dió la vuelta por él, pronunciando en alta voz el nombre de Glauco. Dejóse oir en las tinieblas otra voz débil :

« ¿Quién me llama ?

— Soy yo, Glauco. Levantaos, coged mi mano y seguidme. Yo os salvaré.

— ¡ Ah ! ¡ es mi buena Nydia ! esclamó Glauco ; y animado de una nueva esperanza, cogió otra vez á Iona entre sus brazos, y se apresuró á seguir á su guia.

Nydia se desvió con admirable instinto del sendero que conducia hácia la multitud que acababa de dejar, y procuró ganar la orilla del mar por otro camino.

Despues de haberse detenido muchas veces llegaron por fin á la playa, y se juntaron con un grupo de personas que mas atrevidas que las demás, estaban resueltas á correr los riesgos que ofrecian las olas agitadas, y no querian permanecer por mas tiempo en medio de una escena tan espantosa. Hallábanse entre ellas Salustio y Sosia.

Glauco reparó en Olinto inclinado sobre el cuerpo de Lydon, y esforzándose en volverlo á la vida, en tanto que el anciano Medon rezaba y lloraba á su lado.

«Venid, amigos mios, les dijo el Ateniense conmovido. Huyamos de esta tierra que ha maldecido el cielo.

—Nuestros hermanos han marchado ya, dijo Olinto; yo me he negado á seguirlos; temia para ese jóven el vaiven de las olas. Ahora el mar está mas tranquilo, y partirémos con vosotros.

Embarcáronse á la luz siniestra de los torrentes de fuego que no cesaba el volcan de vomitar.

Iona rendida de fatiga, se durmió cerca de Glauco, y Nydia se sentó á sus piés. Al otro estremo del buque Olinto continuaba prodigando sus ausilios á Lydon, que al fin fué recobrando lentamente los sentidos.

Entre tanto continuaba cayendo en el agua la lluvia de polvo y cenizas, y cubria la embarcacion de una capa blanca espesa, bastante parecida á la nie-

ve. Aquella lluvia, empujada por lós vientos, llegó hasta los países mas apartados, y hasta al Egipto y á la Siria.

CAPÍTULO XXXIV.

El dia siguiente. — Historia de Olinto. — Conclusion.

—

Una hermosa aurora alumbró en fin las trémulas aguas del mar. Los vientos se apaciguaban gradualmente, y recobraba su serenidad el cielo. Veíase todavía á lo léjos los restos inmóviles y pesados de la nube destructora, y rojas líneas, cuyo brillo se iba amortiguando poco á poco, anunciaban que ardian todavía los fuegos del Vesubio en aquellas masas suspendidas en medio de los aires.

Las blancas paredes y las magníficas colunas que adornaban la víspera aquellas amenas playas habian dejado de existir: Herculano y Pompeya no eran mas que montones de ruínas (1).

(1) Segun la opinion mas generalmente admitida, la destruccion de Pompeya debe atribuirse particularmente á esa llu-

La nave vogaba tranquilamente hácia Sicilia. Algunos otros buques, cargados tambien de fugitivos, iban errantes por el mar, reanimando con su presencia la esperanza de los compañeros de Glauco.

El Ateniense no habia podido resistir al sueño. Despues de algunas horas de reposo se levantó y acercóse á Olinto que velaba al lado de Lydon. El jóven gladiador, vuelto á la existencia por la fresca brisa del mar, dormia profundamente, lo mismo que los demás pasajeros.

«Olinto, dijo Glauco sentándose al lado del sacerdote cristiano, recuerdo que me dijiste que el cielo no te habia escaseado los trabajos. No he querido preguntarte qué clase de sufrimientos te obligaron á dejar la Grecia. Ahora que el Señor nos ha librado de los dientes del leon y del tigre, y nos ha arrancado de las ruínas de nuestra segunda patria, me atrevo á rogarte que satisfagas mi curiosidad, si tal nombre darse puede á un deseo que disculpa

---

via de cenizas y de agua hirviendo de que hemos hablado, al paso que Herculano parece haber sido inundada de lava derretida.

Esta espantosa catástrofe acaeció en el año 70 de nuestra éra, bajo el reinado de Tito. Hasta 1750 no se empezó á desenterrar Pompeya. Entre sus ruínas, que han conservado toda su lozanía, no se han descubierto hasta ahora mas que de trescientos cincuenta á cuatrocientos esqueletos; pero falta exhumar todavía una gran parte de la ciudad.

el interés que te tengo por el celo que pusiste en salvar mi alma.

—Este deseo, mi querido amigo, es digno de tu corazon, y consiento gustoso en satisfacerlo. No aguardes empero una relacion larga y llena de acontecimientos. Mi historia es corta y un solo suceso ha bastado para cambiar toda mi vida. Voy á contártela en pocas palabras:

«No siempre he sido lo que ahora soy. Unido por los lazos del matrimonio con una mujer piadosa y temerosa de Dios, vivia felíz, y tan solo aguardaba de la bondad divina un hijo al cual poder trasmitir el precioso dón de la fe, que habia yo recibido de los discípulos del Señor.

«El cielo oyó mis votos, dándome una hija, pero quiso al propio tiempo probar mi fe; mi hija nació ciega..... »

Glauco hizo un movimiento de sorpresa. Olinto no lo notó, y despues de un momento de silencio continuó diciendo:

«Al poco tiempo me fué arrebatada mi pobre esposa. El Señor me dió sin embargo fuerzas para llevar con resignacion y paciencia esta nueva cruz. El pesar que me causaran la pérdida de mi mujer y la enfermedad de mi hija, se desvaneció pronto en las dulces esperanzas que me inspiraron las felices disposiciones del espíritu y del corazon de aquella niña.

«Abríase ya de nuevo mi pecho á la alegría, cuando vino á herirme la última y mas sensible de todas mis desgracias.

«Un dia que Helena se entretenia en regar las flores en las cercanías de nuestra habitacion, la oí dar de repente un grito penetrante. La llamé y no recibí respuesta; recorrí como un loco el bosque que rodeaba nuestra aldea, pero tuve que renunciar á mis esfuerzos, y volvíme á casa con la desesperacion en el alma. Helena me habia sido robada!....

«La fe triunfó por fin. No teniendo nada que me ligase al mundo, quise consagrar á la felicidad de mis semejantes los últimos años de mi vida. Fuí á Efeso, y recibí la imposicion de las manos del venerable obispo Timoteo, discípulo del Apóstol de las naciones. Cambié de nombre, pasé á Italia y vine á establecerme en Pompeya donde esperaba, con la gracia del Señor, combatir á esos infames adoradores de Isis, cuyos oráculos gozaban de tanto crédito. Mas el mismo Dios les ha impuesto silencio de una manera terrible: ellos no se levantarán mas!»

Glauco habia escuchado esta relacion sin interrumpirle; Olinto habia acabado ya, y parecia sin embargo que el Ateniense aguardaba que prosiguiese. Al fin levantó los ojos, que habia tenido bajos hasta entónces, y dirigiéndose á Olinto con una voz que disimulaba mal la emocion que le agitaba, le dijo:

«Entre las mujeres que formaban parte de la asamblea de los fieles en Pompeya, ¿viste alguna vez una esclava que me pertenecia?»

Esta pregunta, que tan poca relacion tenia con el relato de Olinto, sorprendió vivamente al sacerdote: miró á Glauco y estuvo algun tiempo sin responder.

«Nó. Las mujeres asisten á nuestras reuniones cubiertas con el velo, y no hace mucho tiempo que llegué á Italia.

— ¡Pues bien! esa esclava podrá, si no me engaño, darte noticias de tu hija. Tú la viste ya, porque iba conmigo cuando abrí la puerta de tu calabozo, y va con nosotros en este buque.

— No he distinguido sus facciones. ¿Y tú crees que ella podrá decirme qué ha sido de mi hija?

— Sí; por lo que me ha contado presumo que no le es desconocida la hija que lloras perdida.

— Hazla venir, Glauco, para que la hable, bien que dudo que pueda contestar á mis preguntas de modo que calme mi dolor; porque, lo confieso, me seria menos penoso saber que mi hija ha muerto, que no que vive y que está acaso condenada á una triste esclavitud.»

Y llenáronse sus ojos de lágrimas al decir esto, y suspiró profundamente. Glauco le cogió afectuosamente la mano, y señalándole el cielo:

«Consuélate, le dijo; ese Dios que me has dado á conocer en la cárcel es, como tú has dicho, un

Dios de bondad y de amor, y si prueba á sus hijos es para que mas se revele en ellos su misericordia. Tu hija ha sido esclava, pero ya no lo es: vive con una familia cristiana que la ama tiernamente. Mas esa de quien te hablaba hace poco puede, mejor que yo, darte todos los detalles que puedas desear sobre la suerte actual de tu hija: ahora duerme: aguardarémos á su lado que despierte. Tan solo me atrevo á suplicarte que domines tu emocion á causa de Iona, que no está completamente repuesta de lo que acaba de sufrir.

— Puedes estar tranquilo, Glauco; Dios que me ha sostenido en las crueles aflicciones que le plugo enviarme, me dará tambien fortaleza para sobrellevar mi felicidad. Anda, ya te sigo.»

Dirigiéronse juntos á la popa de la nave donde descansaban Iona y Nydia, abrigadas por un lienzo que Glauco habia estendido sobre ellas. El rostro de Nydia estaba medio cubierto con su velo, y al levantarlo Glauco con cuidado aparecieron las facciones de la ciega en toda su belleza.

Apenas las vió Olinto retrocedió admirado: todo su cuerpo temblaba como la hoja azotada por el viento; quedóse sin respiracion y movíanse sus labios cual si quisiera hablar.

Acercóse á Nydia y examinó mas atentamente sus ojos, pero estaban cerrados; volvióse en seguida á Glauco que le estaba observando, y cogiéndole

por el brazo, le dijo al oído y con una voz apenas perceptible:

«¡Es Helena!.... ¡es mi hija!.... Pero ¿no será un sueño? ¡Ah! ¡cuánto me tarda oir su voz para asegurarme de que no soy juguete de una ilusion!»

Nydia hizo entónces un lijero movimiento, sus ojos se entreabrieron, y pronunció algunas palabras sueltas que anunciaban que estaba soñando.

Pronto sus palabras se hicieron mas perceptibles, y se la oyó esclamar:

«¡Glauco!.... ¡Glauco!.... henos ya en nuestra patria..... voy á encontrar á mi padre..... Nos aguarda..... viene..... le veo..... ¡Ah! ¡padre mio!»

Y dispertándose sobresaltada, se levantó bruscamente y cayó en los brazos de Glauco.

«Tranquilízate, mi niña, le dijo el Ateniense; no estás aun en tu patria, pero pronto llegarás á ella; ten paciencia.

—Sin embargo aquí estaba mi padre, y yo, aunque ciega, le veía delante de mí.

—Tu padre te aguarda en efecto, repuso Glauco, y no tardarás en estrecharle contra tu corazon.

Esta respuesta no satisfizo á la cieguecita: alargó los brazos hácia delante para buscar á aquel cuya presencia, por decirlo así, sentia. Olinto no pudo dominar por mas tiempo su impaciencia; adelantó-

se hácia Nydia, y dándole la mano, dijo con voz trémula y entrecortada:

«Tú debes reconocerme, hija mia..... ¡Yo soy Olinto!....

—¡Oh! ¡que yo oiga otra vez esta voz!.... Sí, la reconozco; es la del venerable sacerdote que estaba al frente de la congregacíon de los fieles de Pompeya: ella me ha recordado siempre la de mi padre. Mas ¿porqué suena hoy tan trémula la que he oído hasta ahora tan tranquila y sonora? ¿Porqué llorais? ¡Ah! si.....

— Helena, repuso Olinto con dulzura.

—¿Quién me llama?... ¿Sois vos, ó es mi padre?... ¿Quién os ha dicho mi nombre?

—El que te lo dió.

—¿Mi padre?... ¿dónde está?

—¡A tu lado!.... Ven, Helena, déjame que te estreche sobre mi corazon: ¡soy tu padre!»

Helena ó Nydia dió un grito al arrojarse al cuello de su padre: no podia articular una sola palabra y derramaba torrentes de lágrimas.

Su grito dispertó á Iona y á los demás pasajeros. Agrupáronse todos entorno del padre y de la hija; los marineros interrumpieron sus maniobras, y hasta el piloto abandonó la barra del timon. Nos abstendrémos de describir los detalles de esta escena: nuestros lectores comprenderán fácilmente todo lo que tuvo de tierna.

Despues de una breve pausa, Helena se desprendió de los brazos de Olinto, como para contemplarle y dijo con dolor:

« ¡ Ah ! ¡ porqué he de ser ciega ! ¡ seria tan felíz si pudiese ver á mi padre!... Mas ¡ cúmplase la voluntad de Dios !

— Sí, hija mia, replicó el sacerdote, hágase su santa voluntad.»

Luego, como cediendo á una inspiracion divina, añadió con solemne tono:

« Helena, el que concedió el beneficio de la vista al ciego de nacimiento, en recompensa de su fe, tambien á tí puede concederlo. Dirijámonos á él y esperémoslo todo de su bondad.»

Arrodillóse: Helena, Glauco y Medon imitaron su ejemplo, y Iona, aunque pagana, hizo lo mismo.

Despues de haber orado algun tiempo en silencio, Olinto se levantó y puso las manos sobre la cabeza de su hija. Veíase brillar la fe mas viva en los ojos del sacerdote: su frente, que iluminaban los rayos del sol, alzábase radiante: hubiérasele tomado por un ángel que hubiese descendido entre los hombres.

« ¡Qué nuestro señor Dios te bendiga ! dijo con un acento que no parecia el de un mortal. Levántate, Helena, tu fe te ha salvado.»

Helena obedeció..... y ¡ ó prodigio ! ¡ habíanse

abierto sus ojos á la luz!... Vió delante de sí á su padre que la sonreía, como le viera en sueños. Echóse segunda vez en sus brazos, é inundaron dulces lágrimas el seno paternal.

Helena se volvió en seguida hácia Glauco y Iona, que estaban todavía arrodillados, y que permanecian sobrecogidos de admiracion ante un espectáculo para ellos tan nuevo. Ella recibió tambien sus abrazos y sus felicitaciones.

No tardó Olinto en recordar á sus amigos el agradecimiento que debian á Aquel cuyo poder acababan de admirar, y pronto resonaron á lo léjos en la superficie de las aguas cánticos de gracias.

Antes de que nuestros viajeros llegasen á Grecia, Iona, Salustio y un gran número de pasajeros y de marinos habian abrazado la fe cristiana.

Olinto bendijo la union de Glauco y de Iona, dejándoles algun tiempo despues para continuar el ministerio de su apostolado. Llegado á una edad avanzada, volvió al lado de sus amigos, y murió en sus brazos, lleno de merecimientos delante de Dios, y llevando consigo las bendiciones de todos aquellos á quienes apartara del camino del error.

Helena permaneció al lado de los dos esposos, que no olvidaron jamás la fidelidad con que los habia salvado de tantos peligros.

Un año despues de la muerte de su padre fué á reunírsele en el seno de la Divinidad, y Glauco y Iona la lloraron largo tiempo como una tierna hermana.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

